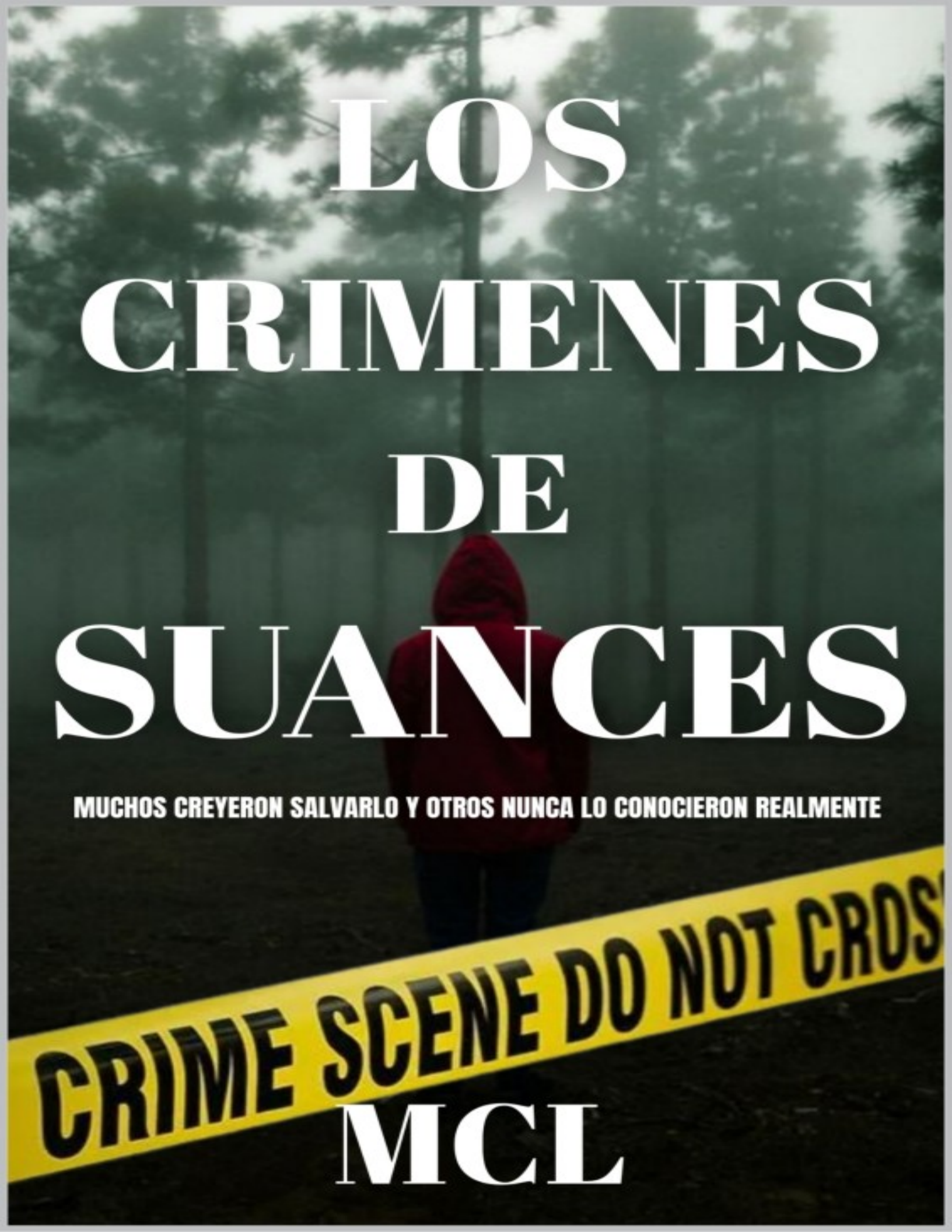

LOS
CRIMENES
DE
SUANCES
MUCHOS CREYERON SALVARLO Y OTROS NUNCA LO CONOCIERON REALMENTE
CRIME SCENE DO NOT CROS
MCL

LOS CRIMENES DE SUANCES

La sombra de Itziar Arregui

MCL

Copyright © FEBRERO 2026 MCL

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

CONTENTS

Title Page
Copyright
Los
PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
AGRADECIMIENTOS

Los crímenes de Suances
© 2026 **MCL**

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de propiedad intelectual. Queda terminantemente prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública, transformación, adaptación o cualquier otra forma de explotación de la totalidad o parte de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa, expresa y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente previstos por la ley.

La infracción de los derechos de autor puede constituir un delito o falta y dar lugar a responsabilidades civiles y penales conforme a la legislación vigente.

Esta obra es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, así como con hechos o situaciones reales, es pura coincidencia y no intencionado.

Primera edición: marzo de 2026
Fecha de publicación: 1 de marzo de 2026

Derechos reservados a favor de la autora.
Diseño y maquetación: MCL

Publicado por Amazon.

LOS CRIMENES de SUANCES

PRÓLOGO

Siete años después, Madrid

La oficina de homicidios estaba en calma. Un caso reciente había mantenido a todos ocupados durante días.

Velasco se desperezó en su silla, sintiendo la tensión en la espalda, y después de un movimiento más, notó crujir alguna vértebra.

Cuando pasó por la recepción antes de marcharse para recoger su correspondencia, el sobre blanco le llamó la atención. No tenía remitente. Solo su nombre, escrito con una caligrafía torpe pero sin errores de ortografía.

Lo guardó en su mochila sin abrirlo. Salió de la comisaría, agotado, con ganas de llegar a casa.

Se encendió un cigarro mientras caminaba hacia su coche, pero el móvil vibró en su bolsillo antes de poder subir. Era Lara.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios antes de responder.

—Dime, inspectora —quiso sonar divertido.

Su voz al otro lado sonaba cálida.

—¿Ya has salido?

—Sí. Voy de camino a casa.

—¿Cómo fue el día?

Velasco bufó.

—Tres informes de homicidio, un testigo que no se calla, y un jefe que cree que mi talento está mejor aprovechado firmando papeles.

Lara rio suavemente.

—Pobre subinspector Velasco.

Él sonrió.

—Compadéceme en persona. Voy para tu casa.

Lara tardó un segundo en responder. Y luego su voz bajó un tono.

—Aquí te espero.

Velasco se metió en el coche, pero antes de arrancar, sacó el sobre blanco de la mochila y lo abrió para ver qué guardaba.

Subinspector Velasco

No sé si esto llegará a sus manos, pero tenía que intentarlo.

Han pasado siete años desde aquella tarde en el bosque. Todavía la sueño algunas veces. A veces me despierto con la sensación de que todo sigue ocurriendo, de que Ander sigue allí, con el cuchillo en la mano. Pero luego abro los ojos, y sé que no es así. Estoy vivo.

Sé que estoy vivo. Y sé que es gracias a usted.

Quiero que sepa que no me he convertido en mi hermano. No soy como él, quiero que eso le quede claro. Gabriel me ha cuidado todo este tiempo, ha estado conmigo en cada momento. Me ha enseñado que la vida sigue, aunque haya días en los que me cueste creerlo.

Estoy bien.

Voy al colegio. Tengo amigos. Juego al fútbol como antes.

Gabriel dice que la vida es un montón de decisiones, y que la mejor que tomé fue seguir adelante.

No sé qué habría sido de mí si me hubieran separado de él. Tal vez habría terminado en un sitio lleno de niños rotos, y yo me habría roto también.

Pero usted no lo permitió.

Usted me salvó.

No solo en aquel bosque.

También después.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace siete años. Nunca la olvidaré.

Aunque… quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Asier.

Pensó en aquel muchacho y se le dibujó una media sonrisa. Volvió a doblar la carta y la metió de nuevo en la mochila.

Pasó algo por alto.

Cuando Velasco llegó al apartamento de Lara, ella ya lo esperaba en la puerta.

No hubo palabras al principio. Solo un beso. Un beso largo, que tenía más de alivio que de deseo.

Cuando se separaron, Lara le miró a los ojos con algo parecido a ternura.

—Pareces cansado.

Velasco sonrió de lado.

—Ha sido un día largo, sí.

Ella asintió y lo tomó de la mano, llevándolo al sofá. Se dejó caer a su lado, apoyando la cabeza en su hombro mientras él encendía el televisor.

Las luces de la pantalla iluminaron la sala en tonos fríos.

Era un canal de noticias.

Velasco dejó caer la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos un segundo, mientras Lara deslizaba los dedos por su brazo en un gesto distraído.

Pero entonces, una frase en la televisión los hizo tensarse.

Última hora desde Suances.

Lara se enderezó.

Velasco abrió los ojos.

El noticiero mostraba imágenes de una zona acordonada. Luces de patrullas iluminaban el bosque.

Acaban de encontrar el cuerpo de una mujer degollada con un solo corte. La policía ha iniciado una investigación y aún no se han dado a conocer detalles sobre su identidad.

Lara y Velasco se quedaron en silencio.

En la pantalla, la imagen cambió a un periodista de pie frente a la escena del crimen.

Según el testimonio de la persona que encontró el cadáver, justo en el momento en que se inclinó para verificar si aún tenía signos vitales, vio algo moverse entre los arbustos.

Velasco endureció la mandíbula.

La descripción que pudo dar a la policía es algo escasa, pero indicó que la persona no era muy alta, llevaba una chaqueta roja y zapatillas blancas.

Lara se llevó una mano a la boca.

Velasco no parpadeó.

La localidad de Suances está conmocionada con la noticia.

Lara giró lentamente la cabeza hacia Velasco.

Velasco seguía con la mirada fija en la pantalla.

Sin parpadear.

Sin respirar.

Y entonces, sin decir nada, metió la mano en su mochila y sacó la carta de Asier y fue justo al final de esta.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace siete años.

Aunque… quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Los dedos de Velasco se apretaron contra el papel.

El televisor seguía emitiendo la noticia en segundo plano, pero ya no hacía falta escuchar.

El mensaje ya estaba claro.

Lara se giró hacia él.

—Dime que no estás pensando lo mismo que yo.

—Tengo algo que enseñarte —murmuró.

Velasco le entregó la carta, Lara la tomó con suavidad y la abrió.

Sus ojos recorrieron las palabras con rapidez, su ceño se fruncía más con cada línea que leía.

Velasco no la interrumpió.

Solo la observó.

Y entonces, vio el momento exacto en el que lo entendió.

Su respiración se volvió más lenta. Su expresión se endureció. Sus labios se separaron ligeramente, como si fuera a decir algo pero no encontrara las palabras.

Y luego, llegó a la última línea.

Gracias por la oportunidad de vida que me dio hace siete años.

Aunque… quizá, si supiera más de mí ahora, se arrepentiría.

Lara levantó la vista.

Velasco sintió como un nudo en el estómago se formaba.

Ahora lo veían claro.

La carta no era una despedida, ni era gratitud, era un aviso.

Un mensaje oculto entre palabras amables.

Un mensaje que ahora entendía perfectamente.

Asier no solo había aprendido a sobrevivir.

Había aprendido a matar. Aquel día se había despertado en él algo que al parecer estaba dormido.

Y ahora, todo era un problema.

Porque si Asier era un asesino…

Si ahora hablaban y decían la verdad de lo que realmente había ocurrido aquel día en el bosque…

Si contaban que Velasco no había sido quien mató a Ander…

Entonces, todo se derrumbaría.

La investigación, la versión oficial.

Su carrera.

Su vida.

Lara pareció llegar a la misma conclusión.

Porque cuando Velasco levantó la vista, sus ojos se encontraron con los de ella.

Y vio lo mismo que sentía él.

Miedo.

No por Asier.

Sino por lo que pasaría si decían la verdad siete años más tarde.

Lara respiró hondo.

—¿Qué vamos a hacer?

Velasco cerró los ojos por un segundo eterno.

Cuando los abrió, su decisión ya estaba tomada.

—Nada.

Lara frunció el ceño.

—¿Nada?

Velasco se pasó una mano por la cara.

—No podemos hacer nada.

Lara abrió la boca para discutir.

Pero se quedó en silencio porque sabía que tenía razón, si hablaban, si confesaban que Asier había matado a su hermano, si admitían que Velasco había alterado la escena, todo se acabaría.

Velasco se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Hicimos lo que creímos correcto —dijo en voz baja—. No podemos volver atrás.

Lara se mordió el labio.

No le gustaba.

Nada de eso le gustaba.

Pero no tenían otra opción.

Velasco se dejó caer contra el respaldo del sofá. Sus ojos se quedaron clavados en el televisor. En las luces de las patrullas en Suances. En la imagen borrosa de la escena del crimen. En el monstruo que quizá ayudaron a crecer. Y, por primera vez en esos años, se preguntó si había cometido el peor error de su vida.

CAPÍTULO 1

Dos semanas después

Lara se estiró perezosamente en el sofá mientras pensaba en cómo iba a recoger todo aquel desastre. En el momento en que su casa se empezó a llenar de gente supo que aquella fiesta no había sido tan buena idea como Velasco le aseguró.

Unos ladridos la sacaron de sus pensamientos, y acercándose a la ventana para mirar tropezó por el camino con todos esos vasos de plástico que habían desparramados por todo el suelo.

—Maldita sea, ni que fueran adolescentes —gruñó enfadada.

Nada más ver a Raúl abrir la verja del apartamento sonrío. Supo que su pesadilla, esa en la que se encontraba sola recogiéndolo todo, al menos sería como poco la mitad de terrorífica de lo que esperaba.

—Hola cielo —dijo Raúl al abrir la puerta y ver allí a Lara.

—No tienes ni la menor idea de lo que me alegro de verte —respondió ella con la escoba en la mano.

—No creo que te alegres tanto después de lo que vengo a decirte —dijo Raúl negando con la cabeza, mientras le quitaba la escoba a Lara para dejarla apoyada en una pared.

—Después, después, cuanto antes acabemos con esto antes podremos ocuparnos de lo demás.

—No, Lara, lo demás ahora no tiene importancia.

Lara conocía bien que aquella forma de hablar no era la de Raúl, era la del inspector Velasco. Había momentos que podían marcar un antes y un después en toda historia, y aquel era uno de esos momentos.

Lara lo miró atenta, asintió con la cabeza y le pidió que hablara.

—Tenemos que regresar a Santander. No hay motivo para que sigamos ajenos a todo lo que está ocurriendo, Lara, esta mañana hablé con el jefe.

A Lara la cara se le transformó al oírle decir aquello.

—¿Qué has hecho? —Se echó las manos a la cabeza.

—De momento lo único que le he dicho es que nosotros conocemos bien aquel lugar, y que si todo lo que ahora está pasando allí tiene algo que ver con el caso Itziar Arregui, quién mejor que nosotros para ocuparnos de la investigación.

—Estás loco.

—Mira, Lara, loco o no, si no somos nosotros y esto tiene algo que ver con él, tarde o temprano saldrá a la luz todo.

En ese instante Lara dejó de escuchar sonido alguno a su alrededor. Solo pensaba en que la vida era injusta, que ahora que empezaba a ser feliz el pasado le recordaba que no podía escapar de la desgracia.

Acababan de llegar a Santander, el vuelo había sido tranquilo, seguramente por aquella sensación de miedo que ambos compartían. Ninguno lo había mencionado pero la carta recibida semanas anteriores les provocaba arcadas, y aunque se habían desecho de ella quemándola, los dos sabían que eso no era lo más terrorífico de todo.

Al bajar del avión cruzaron un par de miradas que ni de lejos tranquilizaban. Una compañera del cuerpo estaba esperándolos para llevarlos a comisaría, donde les pondrían al corriente de los últimos avances.

—Bienvenidos, espero que el vuelo haya sido tranquilo —estiró una mano para saludar formalmente—, mi nombre es Eider.

Sin esperar respuesta se giró y comenzó a caminar hacia fuera, donde otro compañero esperaba en un coche patrulla.

El trayecto hasta la comisaría se hizo corto, aunque ninguno de los dos tenía la sensación de haber llegado a ningún sitio. El

coche patrulla avanzaba entre calles conocidas, fachadas que parecían las mismas de siempre, pero que ahora tenían algo distinto, como si el lugar se hubiera desplazado un par de centímetros hacia una realidad que ya no les pertenecía.

Velasco observaba por la ventanilla con la mandíbula tensa. Reconocía cada esquina, cada cruce. Demasiados recuerdos atrapados en aquellas calles.

Eider rompió el silencio.

—Han sido semanas movidas por aquí —comentó sin girarse—. La gente está nerviosa. Suances nunca ha sido un sitio tranquilo del todo, pero esto…

No terminó la frase.

Cuando llegaron a la comisaría, el edificio los recibió con ese olor inconfundible de siempre, papel viejo, café, y horas de cansancio acumulado. Un par de agentes levantaron la vista al verlos entrar.

—Mirar quién ha vuelto —murmuró uno de ellos.

Velasco forzó una media sonrisa educada. Lara se limitó a asentir, más seria de lo habitual.

Un hombre de unos cincuenta y pocos, con ojeras marcadas y camisa arremangada, salió de uno de los despachos al fondo del pasillo.

—Velasco. Lara —su tono fue cordial, sin excesos—. Me alegra ver caras conocidas por aquí.

—Gracias por recibirnos tan rápido, comisario —respondió Velasco, estrechándole la mano—. Venimos a echar una mano en lo que haga falta.

El comisario los observó un segundo de más, como si midiera algo que no terminaba de cuadrarle.

—Eso espero. Aquí nadie sobra últimamente, como podréis imaginar.

Les hizo un gesto para que lo siguieran. Caminaron por el pasillo mientras el murmullo de teléfonos, teclados y conversaciones los envolvía. Todo parecía funcionar… pero con una tensión difícil de ignorar.

Entraron en una sala de reuniones pequeña. En la mesa había varias carpetas abiertas, fotos impresas y un mapa de la zona de Suances con chinchetas marcando distintos puntos.

—Os pondré al día desde el principio —dijo el comisario mientras se sentaba—. Cuerpo encontrado hace dos semanas en una zona boscosa, a las afueras. Mujer, treinta y pocos, sin antecedentes relevantes. Degollada con un solo corte limpio.

Lara se acercó a la mesa y observó las fotografías sin tocarlas.

—¿Ritual? —preguntó.

—Eso intentamos averiguar. No hay signos de agresión sexual, ni robo. El bolso estaba a unos metros, con la documentación dentro. Nada que indique un móvil claro.

Velasco frunció ligeramente el ceño.

—¿Testigos?

—Uno. Un vecino que paseaba al perro de madrugada. Dijo haber visto a alguien moverse entre los arbustos. No pudo dar muchos detalles: chaqueta roja, zapatillas blancas. Complexión menuda. Poco más.

Lara intercambió una mirada fugaz con Velasco. Apenas un parpadeo. Lo justo para no levantar sospechas.

—¿Y el forense? —preguntó ella.

—Hora de la muerte entre las dos y las tres de la madrugada. Corte preciso, profundo. Alguien que no dudó. —el comisario suspiró—. Y no es el único caso. Hay otro intento fallido, misma zona, mismo tipo de herida. La víctima sobrevivió.

Velasco se incorporó ligeramente en la silla.

—¿Tenéis ya el perfil?

—Estamos en ello. Por ahora, hablamos de alguien que conoce la zona, que se mueve con soltura por el bosque y que actúa con una calma preocupante.

Se hizo un silencio breve. Lara cruzó los brazos.

—Entonces empezamos desde cero por lo que veo —dijo—. Queremos ver los informes completos, hablar con el testigo y revisar la escena si es posible.

El comisario asintió.

—Lo que necesitéis. Aquí no hay versiones oficiales cerradas. Solo un problema grande… y poca gente para resolverlo.

Velasco sostuvo su mirada.

—Para eso estamos aquí.

Nadie en aquella sala podía imaginar que la verdad no estaba en los informes, ni en las fotos, ni en el mapa clavado de chinchetas.

Estaba sentada frente a ellos, respirando hondo. Haciéndose pasar por alguien que había vuelto solo para ayudar.

Lara carraspeó suavemente antes de hablar.

—Comisario me gustaría hablar con la otra víctima. La que logró escapar.

El hombre dejó el bolígrafo sobre la mesa, pero no levantó la vista de inmediato. Sus hombros parecieron hundirse un poco.

—¿Necesitáis que esté presente algún psicólogo del equipo? —preguntó, ganando tiempo.

Velasco frunció el ceño.

—¿Ocurre algo?

El comisario respiró hondo por la nariz y, entonces sí, alzó la mirada.

—Es una niña —dijo al fin—. Tiene nueve años.

El silencio después de aquella frase les caló los huesos.

—Después de escapar… —continuó— no ha vuelto a hablar. Nada. Ni una palabra. Ni con sus padres, ni con los médicos, ni con nosotros.

Lara sintió un nudo, y tragó saliva para asegurarse de que su garganta no se había cerrado, pero no apartó la mirada.

—Aun así, necesito verla. —su voz fue firme—. No para interrogarla como a un adulto, sino para hacerle unas preguntas, y si no responde al menos ver su reacción. A veces los niños dicen más con lo que callan que con lo que cuentan.

El comisario dudó unos segundos.

—Está en su casa. Sus padres no se separan de ella ni un minuto.

—Lo entiendo —respondió Lara—. Iremos con cuidado. Si en algún momento vemos que es demasiado, nos marchamos.

El hombre asintió lentamente.

—Hablaré con ellos antes. Eider os llevará.

Salieron de la sala y Eider, que estaba revisando unos informes apoyada en una mesa, levantó la vista al verlos acercarse.

—¿Me toca a mí, no? —preguntó con una media sonrisa.

—Si no te importa —dijo el comisario—. Llévalos a casa de la niña.

—Faltaría más, jefe.

Lara negó con la cabeza.

—Podemos coger un coche nosotros, no hace falta que te molestes.

Eider soltó una pequeña risa.

—Créeme, prefiero mil veces hacer de conductora que quedarme archivando informes en ese agujero sin ventanas. —alzó las llaves del coche patrulla—. Además, así os pongo al día del ambiente del pueblo. Que aquí las paredes oyen, y hablan más de lo que deberían.

Velasco esbozó una sonrisa cansada.

—Gracias, Eider.

—No hay de qué. —les hizo un gesto para que la siguieran y caminaron a la puerta de la comisaría donde estaba el coche aparcado—. Subid, que la familia vive al otro lado del puerto y el tráfico hoy está imposible.

El coche arrancó poco después. Mientras salían del aparcamiento, Lara apoyó la frente un segundo contra el cristal.

Nueve años.

Nueve años tenía la niña.

La misma edad que tenía Asier cuando el bosque cambió sus vidas para siempre.

La casa era pequeña, de esas que parecen encogerse cuando el miedo se instala dentro.

La madre abrió la puerta solo unos centímetros, con el cuerpo colocado de forma protectora, como si temiera que el aire de fuera pudiera hacer daño a su hija.

—Somos de la policía —dijo Eider con suavidad—. Venimos con los inspectores que se han incorporado hoy al caso.

La mujer los observó con desconfianza antes de abrir más la puerta y apartarse lo justo para dejarles pasar.

El salón estaba en penumbra. Las persianas medio bajadas. La niña estaba sentada en el sofá, abrazando un peluche contra el pecho. Tenía la mirada perdida en algún punto indeterminado del suelo.

Lara se agachó frente a ella despacio, colocándose a su altura, sin invadir su espacio.

—Hola, cariño… soy Lara. —sonrió con dulzura—. No tienes que decir nada si no quieres, ¿vale? Solo quería saber si estás bien.

La niña no reaccionó.

Ni un parpadeo.

—¿Me oyes? —preguntó Lara en un susurro.

Nada.

Era como si la voz de Lara no llegara hasta ella, como si estuviera encerrada detrás de un cristal invisible.

La madre dio un paso al frente, tensa.

—Ya es suficiente.

Lara alzó las manos en señal de calma.

—No quiero asustarla. Solo intento…

—Ya han venido otros como ustedes —interrumpió el padre desde la puerta del pasillo—. Ya hemos contestado a todas esas preguntas. No vamos a repetirlo todo otra vez.

Lara se incorporó lentamente.

—Lo entiendo, de verdad. Pero necesitamos reconstruir lo que pasó. Saber dónde estaba su hija ese día, cómo fue que…

—Eso ya está en los informes —la cortó la madre—. Hagan el favor de leerlos y no molesten más a mi familia.

Lara frunció ligeramente el ceño. Se giró hacia Eider.

—No hay constancia de esas entrevistas en el expediente. No hay declaración de los padres, ni reconstrucción detallada del recorrido de la niña ese día.

Eider apretó los labios. Miró un segundo al techo y luego hizo un leve gesto con la cabeza hacia la puerta.

—Será mejor que salgamos.

Velasco dio un paso adelante.

—Perdonen las molestias. No era nuestra intención incomodarles.

El padre no respondió. La madre ya había vuelto a colocar el cuerpo suyo delante de la niña, como un muro protector.

Salieron al exterior con un nudo en el estómago. El aire frío de la calle se sintió casi como un alivio después de aquella casa cargada de silencio.

—¿Qué demonios pasa, Eider? —preguntó Lara en cuanto cerraron la verja tras ellos—. No hay nada de lo que dicen que han contado en el expediente.

Eider tardó unos segundos en responder.

—Hay… cierta documentación que se ha perdido.

Lara se giró hacia ella, incrédula.

—¿Perdido?

Eider bajó la mirada.

—Yo estaba al cargo del archivo cuando ocurrió. Entrevistas, algunas fotografías, un par de pruebas… todo desapareció. Por eso ahora me tienen castigada clasificando hasta los *pos-it* del despacho del jefe.

Velasco y Lara intercambiaron una mirada cargada de incredulidad.

—¿Documentación robada? —preguntó Velasco despacio.

Eider negó con la cabeza, incómoda.

—No diría tanto… —hizo una mueca—. Más bien me atrevería a decir: extraviada. Robada no lo creo. O quiero creer que no.

Lara sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo. Porque en su experiencia, en una investigación así, las cosas no se extraviaban con esa facilidad.

Los tres regresaron a comisaría, y nada más cruzar la puerta, el ambiente pareció tensarse de inmediato.

Un agente que estaba apoyado en el mostrador descolgó el teléfono. Al segundo, se irguió en la silla y chasqueó los dedos en el

aire, llamando la atención de uno de sus compañeros.

Velasco y Lara se detuvieron casi al unísono.

No se miraron de inmediato. Primero escucharon. El agente se apartó unos pasos del mostrador, dándole la espalda a la sala, pero su tono alterado era imposible de ignorar.

—Tranquilo, tranquilo… dime despacio qué ha pasado.

El murmullo habitual de la comisaría pareció bajar un par de tonos.

—¿Que no responde al móvil? ¿Desde cuándo? —el agente pasó una mano por su frente—. Vale, vale… ¿habíais quedado y no ha aparecido?

Velasco giró ligeramente la cabeza hacia Lara. Ella ya estaba observando la escena con atención, y el cuerpo tenso.

—Escúchame —continuó el agente—. ¿Has ido a su casa? ¿Has hablado con alguien que pueda saber dónde está?

El comisario salió en ese momento de su despacho con una carpeta gruesa bajo el brazo.

—Aquí tenéis el informe completo de la mujer degollada —dijo, extendiéndoselo a Velasco—. Autopsia, entorno, últimas horas conocidas. De momento es la única víctima mortal confirmada. La niña… —se interrumpió un segundo— la niña sobrevivió, aunque aún no sabemos si escapó o si el agresor decidió dejarla marchar. Y todavía no podemos hablar de un patrón claro. Puede ser un homicidio aislado… o algo más.

Velasco tomó la carpeta, pero Lara le apoyó la mano en el antebrazo, deteniendo cualquier movimiento.

—Espera.

El agente al teléfono alzó la voz un poco, involuntariamente.

—¿Dieciséis años? —repitió—. Vale… mira, lo más probable es que esté en casa y no haya oído el móvil. Llama allí primero. Si en unas horas no sabes nada, vuelves a llamarnos, ¿de acuerdo?

Colgó.

El silencio que quedó después fue incómodo.

Velasco y Lara intercambiaron una mirada cargada de lo que no se atrevieron a decir en voz alta.

Podía ser una desaparición momentánea. Un malentendido. Un pueblo nervioso por lo que se ve en las noticias, por lo que se murmura en los bares, por el miedo que empieza a hacer estragos, pero a la vez aquella llamada no les había dejado indiferentes.

El comisario observó a ambos, notando el cambio en su expresión.

—¿Pasa algo?

Lara negó despacio, sin apartar los ojos del agente que había colgado la llamada.

—No. —mintió—. Nada.

Minutos más tarde Velasco dejó la carpeta sobre la mesa con un golpe seco. No fue demasiado brusco, pero el sonido resonó en el despacho pequeño.

—Vamos a ver esto despacio —dijo, abriéndola—. Sin prisas, porque algo me dice que aquí las cosas se han hecho muy a la ligera, y más después de saber que han desaparecido pruebas y nadie parece que le dé mucho importancia.

Lara se acercó y se inclinó sobre la mesa. Antes de ojear las fotografías miró la portada del informe, como si se tomara su tiempo.

—Siempre me digo que ya no me afectan —murmuró—. Y siempre me engaño.

Velasco esbozó una mueca que no llegó a sonrisa.

—No te acostumbras. Aprendes a disimularlo imagino—dijo él.

Pasó la primera fotografía.

La imagen del cuerpo en el bosque les obligó a mirarse. El cuello abierto, la sangre oscurecida mezclado con la tierra húmeda del suelo.

Lara tragó saliva.

—No hay señales de arrastre.

—No —asintió Velasco—. Cayó donde la atacaron. O se dejó caer. Mira el ángulo del corte.

Lara se inclinó un poco más.

—Es limpio. No es un corte hecho con mucha fuerza, debió elegir el arma con bastante conocimiento de lo que pensaba hacer.

No hay varios intentos. Es… decidido.

—Sí, el asesino sabía lo que iba a hacer —añadió él.

Lara giró la cabeza hacia él.

—¿Estás pensando en alguien?

—Estoy pensando en alguien que no dudó en hacerlo, quizá alguien que ya lo había hecho antes —respondió Velasco—. Y eso siempre da miedo.

Pasaron una página.

Apareció la fotografía del bolso a unos metros del cuerpo.

—El bolso estaba lejos —observó Lara—. Queda claro que no era el móvil. Debió de tirarlo para salir huyendo más rápido.

—O el asesino se lo intentó quitar y si ella se resistió después la mató —replicó Velasco—. Pensemos en todas las hipótesis posibles.

—Eso implicaría que el agresor era desconocido para ella.

—También es posible que el asesino lo dejase lejos porque quería que pensásemos eso.

Velasco asintió despacio.

—Eso es demasiado pensar, no estaríamos ante un homicidio normal, sino uno muy meditado.

Lara se enderezó.

—Vale. Empezamos mal, no tenemos nada seguro.

Velasco cogió el folio donde estaba escrita la declaración del marido.

—Veinte años casados. Rutina estable. Trabajos normales. Cero antecedentes. Discusión esa mañana por una tontería. Ninguno de los dos podía llevar al perro al veterinario a su vacunación rutinaria.

Lara bufó.

—Nunca es una tontería. Cuando alguien lo llama así, suele ser porque no quiere decir de qué discutieron de verdad.

—Exacto. —Velasco alzó el informe—. Aquí no concreta como terminó esa discusión. Dice que ella salió a despejarse. Que él se quedó en casa y minutos después se fue.

—¿Nadie vio a la mujer salir?

—Un vecino la vio cruzar la calle sobre las siete de la tarde. Nada más.

Lara se sentó al borde de la mesa.

—Hora de la muerte entre las dos y las tres de la madrugada… —murmuró—. Eso son horas en las que pudo haber pasado cualquier cosa.

—¿Qué hacía ella a esas horas fuera de su casa? Aquí dice que sus horarios de trabajo empiezan ambos a las siete de la mañana, deberían estar durmiendo. Tenemos que saber si era algo normal que saliera un martes cualquiera hasta tan tarde.

Velasco pasó a la autopsia.

—Aquí hay algo que no sabíamos nosotros y que responde a eso. Embarazada de ocho semanas.

Lara levantó la vista de golpe.

—¿Cómo que embarazada?

—Ocho semanas. Lo suficiente para que ella lo supiera. Lo suficiente para que alguien más pudiera saberlo también.

—¿El marido?

—Según él, no. —Velasco pasó la hoja—. Pruebas genéticas posteriores: el nonato no comparte ADN con su marido.

El silencio les invadió.

—Joder… —susurró Lara—. Vale. Esto lo cambia todo.

Velasco apoyó los codos en la mesa.

—Una mujer casada, embarazada de otro hombre. O estaba a punto de explotar una bomba en su matrimonio… o ya había explotado.

—Si él se enteró… —Lara no terminó la frase.

—Tiene un móvil clarísimo —asintió Velasco—. Celos, rabia, sensación de humillación. Crímenes así los hemos visto mil veces.

—Pero el corte es demasiado limpio para alguien que pierde los nervios —replicó Lara—. Cuando alguien mata en caliente, se nota. Hay más violencia, más descontrol.

Velasco ladeó la cabeza.

—A no ser que no fuera en caliente.

—¿Crees que había sido capaz de organizarlo? ¿Premeditación?

—Eso o se trata de que alguien más la estuviera esperando, como por ejemplo el padre del bebé —dijo él—. Una discusión. Es posible que le dijese que tenía que decirle la verdad a su marido, ella se negase.

—¿Y tenía un cuchillo preparado?

—O también es muy probable que alguien decidió que ella era un problema que había que eliminar —añadió Lara.

Se quedaron unos segundos en silencio, cada uno siguiendo su propio hilo mental.

La puerta se abrió.

—¿Interrumpo? —preguntó Eider, entrando con cautela.

—No —dijo Lara—. Justo a tiempo.

Eider se apoyó en el marco de la puerta.

—Si sirve de algo, yo no creo que el marido supiera lo del embarazo. Cuando le dimos el pésame y mencionamos también al hijo que esperaba… su reacción fue muy clara. Preguntó dos veces de qué hablábamos.

—La gente actúa bien cuando sabe que puede ir a la cárcel —apuntó Velasco.

—Sí, pero no tan bien, a mí no me pareció que estuviese actuando —replicó Eider—. He visto a muchos fingir. Él estaba… roto. No enfadado. Roto.

Lara la miró con atención.

—¿Tienen hijos?

—Uno —respondió Eider—. Dieciocho años. Un chico.

—Aquí dice que no se le tomó declaración —señaló Lara.

—No estaba en Santander —explicó Eider—. Estaba en Alemania, con un familiar. Se le llamó para informarle de la muerte de su madre, nos lo pidió su padre. Cuando supimos que estaba fuera, se decidió no hacer nada más. Bastante tenía el chaval.

Velasco cerró la carpeta despacio.

—Quiero hablar con el marido en persona.

Eider frunció el ceño.

—¿Otra vez? Pero si ya está todo ahí. Declaró dos veces. No cambió su versión en ningún momento.

—No me interesa su versión —respondió Velasco con calma—. Me interesa su cara cuando hable conmigo. Cómo reacciona a ciertas preguntas. Cuál es su postura corporal cuando le hablemos del embarazo y sobre todo necesito saber si intuye quien era el padre biológico de esa criatura.

Eider dudó.

—No sé si el comisario…

—Llámale —la interrumpió Velasco, mirándola fijamente—. Dile que necesitamos verle. Gracias.

Eider sostuvo su mirada un segundo, como si fuera a discutir, pero al final asintió.

—De acuerdo. Le llamaré.

Cuando salió, Lara se dejó caer en la silla.

—No es un caso sencillo, pero al menos parece que poco tiene que ver con lo que creíamos.

Velasco negó.

—Ningún caso en el que hay secretos lo es.

Lara lo miró.

—Y aquí hay demasiados secretos para una sola muerte.

Velasco cerró la carpeta.

—Por eso quiero empezar por el más cercano. El marido.

CAPÍTULO 2

Lara se frotó la nuca, cansada.

—Voy a salir a fumar —dijo al poco tiempo de haberse quedado a solas y en silencio.

Velasco asintió.

—Te acompaño.

Se pusieron las chaquetas casi al mismo tiempo, un gesto automático de dos personas que llevaban demasiados años compartiendo turnos, casos y silencios en los que sabían bien que en ocasiones eran más necesarios que cualquier conversación vacía.

Salieron al exterior por la puerta lateral de la comisaría. El aire frío de la tarde les obligó a subir las cremalleras hasta la barbilla.

Lara encendió el cigarro con manos algo más tensas de lo normal. Dio una calada larga antes de hablar.

—¿Crees que deberíamos avisar a Gabriel Arregui de que estamos aquí?

Velasco tardó un segundo en responder. Miraba al frente, hacia la calle, como si la pregunta no fuera con él.

—No hemos venido de visita turística —dijo por fin—. Hemos venido a trabajar.

Lara soltó el humo despacio.

—Ya lo sé. Pero no estamos en cualquier sitio. —bajó la voz—. Aquí todo el mundo se conoce. Lo que se dice en el pueblo también es parte del caso. Y sabes bien que nadie nos contará nada si no nos conoce.

Velasco se giró ligeramente hacia ella.

—Lo que se dice en el pueblo es ruido. Son solo rumores, versiones deformadas, todos tienen miedo. No nos va a ayudar.

—No estoy de acuerdo —replicó Lara—. A veces el ruido es justo lo que te dice por dónde va la corriente.

Velasco negó con la cabeza.

—No mezclemos cosas.

Lara lo miró de frente.

—No las estoy mezclando. Estoy diciendo que Gabriel vive aquí. Que conoce a la gente. Que sabe cómo funcionan las cosas en Suances cuando pasa algo gordo. Y, de paso… —dudó un instante en si debía decirlo o no— creo que deberíamos preguntarle por Asier.

Velasco apretó la mandíbula.

—Eso no es buena idea.

—¿Por qué? —preguntó ella en voz muy baja—. No podemos fingir que esa carta no existió. No podemos fingir que Asier no forma parte de todo esto. Fue lo que nos trajo aquí, aunque ahora tengamos otro camino por el que andar.

Velasco dio una calada a su cigarro.

—Porque si abrimos esa puerta no la vamos a poder cerrar. Y ahora mismo no necesitamos más frentes abiertos.

—Lo que no necesitamos es seguir mirando hacia otro lado —insistió Lara—. Gabriel ha estado con él todos estos años. Si alguien puede decirnos cómo está Asier ahora, es él. Y estoy convencida de que en el pueblo alguien sabe con quién engañaba la victima a su marido.

Velasco la miró por fin.

—Con respecto a Asier nos va a decir lo que quiere que oigamos. No nos olvidemos de que es como si fuese su hijo.

Velasco suspiró, cansado.

—¿Entonces no? —preguntó Lara.

—No es el momento.

Lara apagó el cigarro con el pie, antes de fumárselo del todo.

—Pues si no vamos juntos… iré yo.

Velasco giró la cabeza hacia ella de golpe.

—No hagas eso.

—No me digas lo que tengo que hacer —replicó en el mismo tono bajo—. Esto también me afecta. Y no pienso quedarme quieta esperando a que todo nos explote en la cara.

Durante unos segundos se miraron sin decir nada. El ruido lejano del tráfico, una sirena a lo lejos, la vida normal siguiendo su curso mientras ellos estaban atrapados en algo que no podían nombrar.

Velasco bajó la voz.

—Esto no es solo un caso, Lara.

—Nunca lo fue, y menos cuando aquel día decidiste hacer aquello —respondió ella—. Y por eso mismo no pienso hacer como si nada.

Se quedaron ahí, de pie, con el humo disipándose entre ellos, sabiendo que aquella conversación no había terminado.

El marido de la víctima llegó a la comisaría con el gesto endurecido y los hombros tensos, como si llevara días caminando con un peso que no sabía dónde dejar. No miró a nadie a los ojos. Le acompañaron hasta el despacho donde los inspectores se encontraban, se sentó frente a Lara y Velasco sin quitarse la chaqueta.

—Ya hablé con la policía —dijo nada más sentarse—. No sé qué más quieren de mí.

Velasco cerró la puerta del despacho tras él y se apoyó un instante en ella antes de hablar.

—Queremos volver a repasar algunos detalles. A veces, cuando uno habla por primera vez… se deja cosas fuera sin darse cuenta.

El hombre soltó una risa, sin humor.

—¿Ahora resulta que el culpable soy yo?

—Nadie ha dicho eso —intervino Lara, con tono calmado—. Estamos intentando entender qué hacía su mujer, con quién se relacionaba, si había algo en su vida que no conociéramos.

—¿Algo que yo no conociera? —repitió él, con un deje amargo—. Ya lo creo que sí, había muchas cosas que no conocía.

Velasco mantuvo la voz neutra.

—Entendemos que esté enfadado. Es normal. Pero si quiere que atrapemos a la persona que mató a su mujer, necesitamos que nos ayude.

El hombre se removió en la silla.

—¿Ayudar? —bufó—. La muy… —se mordió la lengua, pero la rabia se le notaba en la mandíbula apretada—. Me engañaba en mi propia cara y yo ni me enteré. Veinte años juntos, ¿saben? Veinte años. Y resulta que yo era el idiota del matrimonio.

Lara inclinó un poco la cabeza.

—Eso duele. Y mucho. Pero ahora no estamos aquí para juzgar su relación, sino para intentar que esto no vuelva a pasar.

El hombre los miró con una mezcla de cansancio y desprecio.

—Pues igual se lo merecía —escupió al fin—. Por guarra.

El silencio que siguió fue esclarecedor.

Lara respiró hondo antes de responder.

—Entiendo que esté dolido y humillado. De verdad. Pero lo que le hicieron fue asesinarla. Y hay una niña que estuvo a punto de morir. No parece un hecho aislado.

El hombre desvió la mirada un segundo.

—¿Qué quieren saber ahora? —preguntó al fin, con la voz más baja, pero igual de cargada de rencor.

Velasco abrió su libreta.

—Todo lo que hacía su mujer fuera del trabajo. Rutinas, aficiones, lugares que frecuentaba. Si iba al gimnasio, si salía con amigas, si tenía algún sitio que frecuentase con habitualidad.

—No era de salir —respondió él—. Trabajaba, volvía a casa, hacía la cena, veía la tele conmigo. Eso era su vida. O eso creía yo.

—¿Amigas? —preguntó Lara—. ¿Con quién se veía?

El hombre se encogió de hombros.

—Dos o tres del barrio. Marisa, la mujer del panadero, y la otra es Eider creo que se llamaba, ellas son vecinas. Y otra… Ana. No recuerdo el apellido. No eran de salir mucho. Tomaban café alguna tarde.

Velasco tomó nota.

—¿Practicaba algún deporte? ¿Caminaba por zonas concretas? ¿Le gustaba pasear por el monte, por la costa?

—Le gustaba andar —admitió él—. Decía que le despejaba la cabeza. A veces se iba sola.

Lara intercambió una mirada rápida con Velasco.

—¿Alguna vez mencionó la zona del faro de Suances?

El hombre frunció el ceño.

—No que yo recuerde. ¿Por qué?

—Por nada en concreto —respondió Lara—. Es una zona por la que pasa bastante gente. Queremos descartar si podía frecuentarla.

—No sé —repitió él, incómodo—. Igual pasó alguna vez. No me contaba cada paso que daba.

Velasco cerró la libreta.

—¿Cree que su mujer podría haber tenido una relación con alguien de la zona?

El hombre apretó los labios.

—Ahora mismo creo que no la conocía en absoluto.

El silencio volvió a instalarse en aquel despacho.

Lara se levantó despacio.

—Gracias por venir y por responder. Sé que no es fácil. Y de nuevo lamento lo ocurrido.

—No lo sienta —respondió él, levantándose también—. Yo no lo siento. —la miró con dureza—. A veces pienso que tiene lo que se merecía por engañarme.

Velasco frunció el ceño. Hubo algo en ese tono, en esa frialdad, que no le gustó en absoluto. Mientras el hombre salía del despacho, Velasco anotó algo rápido en su libreta.

Riesgo de conducta violenta por venganza.
Perfil emocional inestable.

Cuando la puerta se cerró, Lara se apoyó en la mesa.

—No es el asesino —murmuró—. Pero podría haberlo sido, de haberse enterado de que le era infiel no dudo de que él mismo la habría matado.

Velasco asintió despacio.

Lara cerró la carpeta.

—Empecemos por las amigas que ha mencionado. Si realmente llevaba una doble vida, alguien tenía que saberlo.

Velasco se levantó de la silla, estirando el cuello.

—La mayoría de las veces, alguien lo sabe. Aunque quieran mirar hacia otro lado.

Salieron al pasillo. El murmullo habitual de la comisaría sonaba de fondo: teléfonos, pasos, una impresora atascada en algún despacho. Lara caminaba deprisa, como si el edificio se le hubiera quedado pequeño y quisiera salir de allí cuanto antes.

—Primero Marisa —dijo—. Si vive tan cerca de ella lo más probable es que sepa algo, o al menos nos puede decir si la veía ir a algún sitio que no fuera habitual.

Velasco sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Y luego la otra. Cuantas más contradicciones encontremos, mejor.

No habían llegado aún a la puerta principal cuando la voz del comisario los frenó en seco.

—Inspectores. Un momento.

El comisario se acercó con paso firme. No levantaba la voz, pero había en su tono ese peso que hacía que todo el mundo se callara.

—Acabo de recibir otra llamada de los padres de la chica que ha desaparecido. La menor de dieciséis años.

Lara se giró del todo hacia él.

—¿Qué ocurre ahora?

—Que la desaparición ya no es "no responde al móvil". —el comisario respiró hondo—. El novio no se equivocaba. La chica no ha vuelto a casa. De hecho, según los padres, hace dos días que no pisa su habitación. Ellos creían que estaba durmiendo en casa de una amiga. Nadie había contrastado nada. Ya sabe cómo funcionan estas cosas en los pueblos: "estará con fulanita, no pasa nada".

Velasco frunció el ceño.

—¿Hay denuncia formal?

—La están poniendo ahora mismo. Y quiero que vayáis vosotros. No quiero agentes uniformados preguntando a gritos por la calle. Esto aún es… delicado.

Lara notó cómo algo se le encendía por dentro.

—¿Cree que puede estar relacionado con el otro caso?

El comisario no respondió de inmediato. Se pasó la mano por la barbilla, pensativo.

—No lo sé. Y precisamente por eso quiero que seáis prudentes. Oficialmente, estáis comprobando una posible desaparición voluntaria. Nada más. Ni asesinos, ni secuestros, ni hipótesis que puedan correr de boca en boca en un pueblo que ya está nervioso de por sí. —los miró a los dos—. Lo que sea que averigüéis, me lo comunicáis primero a mí. Y lo manejamos con cabeza. No quiero pánico, no quiero filtraciones y no quiero a medio Santander creyendo que hay un monstruo suelto si aún no sabemos qué demonios está pasando.

Velasco asintió.

—Entendido.

—Bien. —el comisario dio un paso atrás—. Y cuidado con lo que preguntáis y cómo lo preguntáis. La familia ya está bastante alterada.

Lara apretó los labios.

—Vamos ahora mismo.

Se dirigieron de nuevo hacia la puerta. Velasco ya llevaba las llaves en la mano cuando, desde el fondo del pasillo, se escucharon pasos apresurados.

—¡Lara! ¡Espera!

Eider apareció casi corriendo, esquivando a dos agentes que salían de una oficina. Llevaba las llaves del coche patrulla en la mano, apretadas con fuerza, y respiraba agitada.

—Espera un segundo, por favor…

Lara se giró, visiblemente molesta por el retraso.

—¿Qué pasa ahora, Eider?

Eider tardó un par de segundos en coger aire.

—Ha… ha llamado Gabriel Arregui.

Lara se quedó rígida.

—¿Gabriel?

—Sí. —Eider asintió—. Ha preguntado directamente por ti. Le he dicho que no estabas disponible, que estábamos con un caso en curso… pero ha insistido. Dice que viene para aquí. Que necesita verte.

Velasco miró a Lara de reojo. Ella apretaba sus puños inconscientemente.

—¿Y por qué ibas tú corriendo con las llaves? —preguntó Lara, más seca de lo que pretendía.

—Porque… —Eider bajó un poco la voz— pensaba alcanzaros antes de que os fuerais. No quería que te enteraras cuando ya estuvieras fuera. Sé que… bueno, sé que no es precisamente una visita que te apetezca.

Intentó esbozar una sonrisa torpe.

—No sé, igual… os hicisteis muy amigos hace siete años y yo no me he enterado.

Lara soltó una risa breve, amarga.

—Sí. Muy amigos. Íntimos. De esos que se hacen cuando te pasas meses mirándole a la cara a un padre destrozado mientras investigas quién mató a su hija pequeña.

El silencio se volvió incómodo.

Eider bajó la mirada.

—Lo siento. No era mi intención…

Lara dio un paso al frente y, sin pedir permiso, le cogió las llaves de la mano.

—No pasa nada, Eider. No es contigo.

Eider levantó la vista, sorprendida.

—¿No quieres…?

—No. —Lara ya se estaba girando hacia la puerta—. No quiero verle ahora. Y no quiero que piense que he venido aquí por él.

Velasco abrió la puerta del coche.

—¿Vamos?

—Vamos. —respondió Lara, subiendo al asiento del copiloto—. Y rápido.

Velasco arrancó el coche patrulla.

—¿No te parece que Eider presupone cosas que están fuera de lugar? —dijo Velasco.

—Imagino que debe ser la edad…

Mientras se alejaban de la comisaría, Lara miró por la ventanilla sin decir nada. En su cabeza no solo estaba la chica desaparecida.

También estaba Gabriel Arregui.

Y la carta.

Y todo lo que llevaba siete años intentando no recordar pero que no podía olvidar.

CAPÍTULO 3

El coche patrulla se internó en la urbanización con la lentitud cautelosa de quien sabe que, en ciertos lugares, la tranquilidad es solo una fachada bien cuidada. Las casas que flanqueaban la calle parecían casi intercambiables: chalets de dos plantas, jardines arreglados con un esmero que no siempre nacía del gusto sino de la costumbre, setos podados hasta la perfección y verjas que delimitaban propiedades privadas.

Hasta que la vieron.

La casa de los Etxeberria no solo era más grande: imponía su presencia solo al mirarla. La fachada de piedra clara, las amplias cristaleras que rodeaban el porche y el terreno que se extendía a ambos lados hacían que la vivienda pareciera respirar con una holgura que ninguna de las otras casas del entorno podía permitirse. No había ostentación vulgar en su diseño, pero sí una sensación de poder, de dominio, como si aquel lugar hubiera sido concebido para recordar a cualquiera que se acercara que allí vivía alguien acostumbrado a no pedir permiso nunca.

—No encaja demasiado con el resto de la zona —comentó Velasco, mientras Lara reducía la velocidad del coche.

Ella asintió, con la mirada fija en la propiedad.

—No. Y cuando algo no encaja, suele ser porque esconde más de lo que enseña.

Fue entonces cuando vieron el coche mal aparcado, cruzado en el camino de la entrada como un obstáculo. No estaba simplemente mal colocado: bloqueaba parte del acceso, como si quien lo hubiera dejado allí hubiera salido con prisas, sin pensar en nada más que en llegar cuanto antes a la casa.

Lara frenó a unos metros, sintiendo cómo una tensión familiar le recorría la espalda.

—Eso no me gusta nada —dijo, mientras apagaba el motor.

Velasco ya había llevado la mano a la empuñadura de su arma.

—A mí tampoco. Demasiado oportuno.

Ambos descendieron del vehículo con movimientos medidos, sincronizados por años de trabajo conjunto. Lara desenfundó su arma reglamentaria con un gesto automático, casi inconsciente, y avanzó por el sendero de grava que conducía al porche. Velasco caminaba un paso por detrás, atento a cualquier sonido que no encajara con el silencio extraño que parecía envolver la casa.

Fue entonces cuando escucharon los gritos.

Parecían peticiones de auxilio, palabras mal articuladas, un lamento quebrado, un sonido que parecía nacer del fondo del pecho de alguien que ya no tenía fuerzas para sostener el dolor. A Lara se le erizó la piel de los brazos.

—¿Eso no te suena a alguien pidiendo ayuda? —murmuró.

—Sí —respondió Velasco en voz baja—. Suena a alguien que tiene problemas serios.

El porche estaba rodeado de cristaleras, y desde el interior se adivinaban sombras en movimiento. Velasco no esperó a comprobar si la puerta estaba cerrada o no. Levantó el arma y disparó a la cerradura. El estallido resonó en el espacio cerrado, y la puerta cedió con un crujido seco.

Entraron con rapidez, esperando encontrarse con una escena de violencia en pleno desarrollo.

Lo que encontraron fue otra clase de violencia.

En el centro del porche, frente a la puerta principal de la casa, había una pequeña caja de cartón abierta. Dentro, dobladas sin ningún cuidado, estaban las bragas de una adolescente. No hacía falta ser policía para entender lo que aquel gesto significaba: no era un objeto sin más, sino un mensaje. Un recordatorio cruel de una presencia que había entrado allí sin permiso, no para robar, sino para herir.

Sobre la caja descansaba un papel recortado de algún folleto publicitario, con letras mal pegadas que componían una única palabra: **SUCIA**

El grito que habían escuchado procedía de la mujer arrodillada junto a la caja. Tenía el cuerpo encogido, los hombros sacudidos por sollozos que no parecían encontrar descanso. Sus manos temblaban tanto que apenas lograban tocar el cartón, como si incluso rozarlo pudiera hacerle daño.

—No… por favor… no… —repetía, con la voz rota, atrapada en un bucle de negación inútil—. No puede ser verdad… no puede ser…

Lara sintió un nudo apretándole el estómago. Bajó lentamente el arma, consciente de que allí no había nada contra lo que disparar.

Fue en ese momento cuando lo vio.

Un hombre estaba junto a la mujer, arrodillado, sosteniéndola con una torpeza desesperada, como si temiera que, si la soltaba un segundo, ella pudiera deshacerse en pedazos. Murmuraba palabras que no alcanzaban a escucharse, intentando anclarla a la realidad, aunque él mismo parecía al borde de perder el equilibrio.

Gabriel Arregui.

La imagen le resultó tan inesperada que, durante un instante, Lara no supo cómo reaccionar. Aquel rostro le devolvió de golpe recuerdos que creía haber olvidado: noches de interrogatorios, silencios cargados de reproches, la sombra de una niña muerta que aún pesaba entre ambos.

Velasco fue quien rompió el silencio.

—Somos policías. Tranquilos, estamos aquí para ayudarles.

Gabriel levantó la vista. Sus ojos estaban enrojecidos, no solo por el llanto, sino por una rabia que parecía no saber hacia dónde dirigirse. Cuando reconoció a Lara, su expresión se endureció un segundo, como si comprendiera que la presencia de aquella mujer en esa casa no era una coincidencia más, sino el anuncio de que la pesadilla que creía ajena acababa de cruzar definitivamente su puerta.

Y Lara, al sostenerle la mirada, supo que aquel encuentro no solo iba a complicar la investigación, sino que iba a obligarla a

enfrentarse, una vez más, a un pasado que nunca había terminado de cerrarse.

Velasco fue el primero en recuperar la compostura. Bajó el arma, pero no la guardó de inmediato. Sus ojos recorrieron la escena con rapidez: la caja en el suelo, la nota, la mujer rota, Gabriel demasiado cerca de ella.

—Señora, por favor, aléjese de la caja —dijo con voz firme, pero siendo consciente de lo que estaba ocurriendo lo hizo sin alzar el tono—. No la toque. Necesitamos que no se contamine nada.

La mujer alzó la cabeza como si no hubiera escuchado bien.

—¿Contaminar? —repitió, con la voz quebrada—. ¿Qué más da ya eso? Es de mi hija… es lo único que me queda ahora mismo de ella…

Lara se agachó lentamente frente a ella, procurando no invadir su espacio, pero obligándola a mirarla.

—Lo sé. Y precisamente por eso no podemos permitir que nadie la toque. Si alguien ha dejado eso aquí, ha entrado en su casa. Y esa persona ha dejado huellas, rastros, algo que puede ayudarnos a encontrar a Noa. Pero solo si no lo estropeamos.

A la mujer le tembló el labio inferior. Tardó unos segundos en reaccionar, pero al final asintió y se dejó ayudar para apartarse unos pasos, aunque sus ojos no se despegaban de la caja.

Velasco se giró entonces hacia Gabriel.

—¿Qué hace usted aquí, Gabriel?

Gabriel levantó la mirada despacio. Durante un segundo, la hostilidad fue tan evidente que casi se podía tocar en el aire.

—¿Eso es lo que te importa ahora? —espetó—. También me gustaría saber a mí por qué narices habéis entrado disparando.

Velasco no se movió. Lo sostuvo con la mirada, sin elevar la voz.

—Soy policía, es lo que hacemos nosotros cuando creemos que alguien está en peligro. Y acaba de aparecer una amenaza en el porche de esta casa relacionada con la desaparición de una menor. Así que sí, me importa todo lo que tiene relación. Y mucho.

Gabriel apretó la mandíbula. Su mirada se desplazó hacia la mujer, que seguía llorando en silencio, y algo en su expresión se

rompió.

—Soy amigo de la familia —dijo al fin—. Muy amigo de la familia.

Lara frunció ligeramente el ceño.

—Curioso —intervino—. Hace siete años, cuando estuvimos aquí, nadie mencionó a los Etxeberria. Y ahora resulta que sois íntimos.

Gabriel la miró, molesto.

—Las cosas cambian, inspectora. La vida sigue para algunos, aunque nunca igual, pero uno intenta seguir viviendo.

Lara no respondió, pero se guardó aquella respuesta en un rincón de la memoria.

Cuando la tensión inicial se fue diluyendo y la escena quedó más contenida —salvo por la madre, que parecía incapaz de procesar nada de lo que estaba ocurriendo—, la mujer comenzó a hablar. Las palabras salían atropelladas, como si necesitara vaciarse por dentro para no romperse del todo.

—Mi hija… Noa… hace dos días que no vuelve a casa. No ha dormido aquí. Yo pensaba que estaba con alguna amiga, luego su novio me dijo que no, que habían quedado para irse de acampada… al bosque… —tragó saliva—. Y ahora esto… ¿qué clase de monstruo manda esto a una madre?

Lara levantó la vista.

—¿De acampada con su novio? —preguntó, con un deje de incredulidad—. ¿Ella tiene dieciséis años, verdad?

La mujer negó con la cabeza, cansada incluso de justificarse.

—No es lo normal, lo sé. Pero Noa siempre ha hecho lo que ha querido. Es buena chica, de verdad que lo es, pero desde que su padre y yo nos separamos aprendió rápido a jugar con eso. Si le prohíbo algo, se escapa. Si la controlo demasiado, me miente. Al final una acaba creyendo que es mejor saber dónde está que obligarla a irse a escondidas.

Velasco anotó aquellas palabras en su libreta con trazos lentos.

—¿Dónde exactamente iban a acampar? —preguntó.

—En una zona del bosque, no sabría decirle… es donde suelen ir los chicos del pueblo.

Velasco levantó la vista hacia Gabriel.

—¿Cuándo llegó usted a la casa?

Gabriel dudó un segundo antes de responder.

—Un poco antes que vosotros.

Lara sintió un pequeño pinchazo de alerta. Recordó el coche mal aparcado, el capó helado bajo su mano al pasar a su lado.

—¿Quién le llamó? —preguntó ella, sin rodeos.

—Nadie. Vine porque… —hizo un gesto vago—. Mi amiga está pasando por un mal momento y no quería que estuviera sola.

Velasco volvió a escribir algo en su libreta. El rasgueo del bolígrafo sonó casi acusador en el silencio.

—¿Y su exmarido? —preguntaron casi al mismo tiempo Lara y Velasco.

La mujer vaciló.

—Se fue —respondió al cabo—. Al pueblo de al lado. Cree que puede arreglar esto por su cuenta.

Lara se irguió ligeramente.

—¿Arreglarlo cómo?

—Mi exmarido es de los que piensan que todo se soluciona a golpes o con dinero —dijo la mujer, con un amargor resignado—. Ha ido a contratar a gente. Dice que hay hombres que saben cómo encontrar personas cuando la policía tarda demasiado en hacerlo.

A Lara se le tensó la mandíbula.

—¿Dónde ha dicho que iba exactamente?

La mujer inspiró hondo.

—Mencionó un bar, a la entrada de Santillana del Mar. No recuerdo el nombre.

Lara ya estaba sacando el móvil del bolsillo.

—Vale. Gracias por decírmelo. Eso es importante.

Y mientras tecleaba un mensaje rápido para pedir refuerzos, no pudo evitar la sensación de que el tiempo se les estaba escapando entre los dedos, y que alguien más, en algún lugar del bosque, llevaba dos días jugando con ventaja.

CAPÍTULO 4

El chico llevaba apenas diez minutos sentado en la sala de interrogatorios y ya parecía que necesitaba salir a respirar. No paraba de mover la pierna derecha bajo la mesa, y cada vez que levantaba la vista para mirar a Lara o a Velasco, lo hacía como quien espera un golpe que no termina de llegar.

—Tranquilo —dijo Lara, con un tono más suave del que acostumbraba a usar en la sala de interrogatorios—. Nadie te está acusando de nada. Solo queremos entender qué pasó.

El chico asintió, tragando saliva.

—Y-yo… yo ya lo he dicho por teléfono… —balbuceó—. Noa y yo habíamos quedado para irnos de acampada, p-pero… pero ella no vino.

Velasco apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—Cuéntanoslo desde el principio. ¿Dónde habíais quedado exactamente?

—En… en mi casa. Íbamos a salir desde allí —respondió el chico—. Yo llegué a la hora que habíamos dicho y, y no estaba. Llamé, le escribí, la llamé al móvil… nada. Pensé que a lo mejor se había quedado dormida o que su madre la habían castigado o algo así.

—¿Y por eso no fuisteis al bosque? —preguntó Lara.

—Claro, yo no iba a ir solo. Además, era nuestro plan juntos. Si no venía ella… —se encogió de hombros, nervioso—. A las pocas horas volví a llamarla, y luego otra vez. Y nada. Ahí fue cuando me empecé a poner nervioso de verdad.

Velasco tomó algunas notas.

—¿Dónde exactamente pensabais acampar?

El chico dudó.

—Es que… no sé cómo explicarlo. No hay calles ni señales ni nada. Es, es un sitio dentro del bosque. Tienes que meterte por un camino de tierra, luego girar por otro que apenas se ve, y después caminar un rato. No sabría decirles: cojan la tercera a la derecha o algo así.

Lara intercambió una mirada rápida con Velasco.

—¿Podrías llevarnos tú?

El chico abrió la boca para responder, pero se detuvo.

—S-sí… supongo que sí. Pero ahora mismo, no sé… —se pasó una mano por la frente—. Estoy hecho polvo, ¿han sabido algo más de ella?

—No te preocupes —dijo Velasco—. Eso lo dejamos para después. De momento, queremos que estés localizable. Quédate en casa, con el móvil encendido y con cobertura. Te llamaremos.

—¿P-pero… la vais a encontrar, no? —preguntó el chico, con un hilo de esperanza en la voz.

Lara sostuvo su mirada.

—Vamos a hacer todo lo posible.

No le prometió nada más. No era justo prometer lo que quizá no podrían cumplir.

Media hora después la patrulla que había enviado Lara, encontró al padre de Noa exactamente donde su exmujer había dicho: en un bar a la entrada de Santillana del Mar, sentado en una mesa apartada, con tres hombres que no parecían del pueblo. No discutían ni bebían en exceso, simplemente hablaban en voz baja, con la seriedad de quienes están negociando algo que no debería negociarse.

Cuando los agentes se acercaron, el hombre no opuso resistencia.

—Señor Etxeberria, debe acompañarnos a comisaría.

—Claro, claro, no hay problema —dijo, levantándose con una calma que resultaba casi inquietante—. Déjenme despedirme de mis amigos.

Les estrechó la mano a los tres hombres y salió con la patrulla como si aquello fuera una quedada entre amigos.

En la sala de interrogatorios, frente a Lara Martínez y el subinspector Velasco, el hombre mantuvo esa misma serenidad.

—¿Qué hacía en ese bar con esos hombres? —preguntó Lara, sin rodeos.

—Son amigos —respondió él, encogiéndose ligeramente de hombros—. Les he pedido que me ayuden a buscar a mi hija.

Velasco alzó una ceja.

—¿Y desde cuándo se busca a una menor desaparecida contratando a terceros?

—¿No puedo buscar ayuda? —replicó él, con un deje de indignación—. ¿No es lo normal en estos casos? No estoy haciendo nada ilegal. Cualquiera en mi situación haría lo mismo. La policía va despacio, con protocolos, con papeleo… yo no puedo permitirme esperar sentado.

Lara se inclinó un poco hacia delante.

—Espero que no lamente meterse en líos, señor Etxeberria. Porque si interfiere en mi investigación, puede acabar en la cárcel. Y no creo que su hija necesite eso ahora mismo.

El hombre apretó los labios, molesto, pero no respondió.

Velasco tomó el relevo.

—Háble me de su relación con Noa. ¿Cómo es?

El hombre suspiró.

—Complicada. Como la de casi todos los padres con hijas adolescentes. Discutimos, claro. Pero la quiero, aunque ella se empeñe en creer que deseo hacerle la vida imposible, pero la quiero.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Velasco.

—Hace unos días. Antes de que se fuera con ese chico. —hizo un gesto vago con la mano—. Su novio.

—Debe saber que su novio nunca la vio después de que usted se despidiese de ella.

—¿Sabe con quién se junta su hija? ¿Quiénes son sus amigos? ¿Por dónde se mueve? —preguntó Velasco.

—Sé lo justo. No es que me cuente demasiado. Desde que su madre y yo nos separamos, Noa se volvió más… hermética conmigo.

Velasco asintió lentamente, anotando.

—Y ahora dígame algo —añadió, levantando la vista—. ¿Quién es Gabriel Arregui para usted?

El silencio que siguió no fue largo, pero sí lo bastante denso como para resultar incómodo.

El hombre parpadeó una vez, despacio.

—Un conocido —respondió al fin—. Un viejo conocido del pueblo.

Velasco no apartó los ojos de él.

—Curioso. Porque para su exmujer parece algo más que un simple conocido.

Y en ese pequeño desajuste entre palabras y miradas, Lara tuvo la sensación de que acababan de tocar una cuerda que parecía demasiado tensa para no romperse.

—Gabriel Arregui es el hombre por el que mi mujer y yo nos separamos. Imagino que soy un hombre con suerte —dijo Etxeberria.

—¿Suerte? ¿Quiere que entendamos que su mujer era un lastre y que gracias a Gabriel se lo ha sacado de encima? —preguntó Lara.

—Es usted muy lista, espero que utilice toda esa inteligencia en dar con mi hija.

CAPÍTULO 5

Regresaron a la casa de los Etxeberria con la excusa formal de revisar la habitación de Noa. No fue una excusa forzada: era un paso lógico dentro de la investigación, una forma de conocer mejor a la chica, de ver su mundo detenido en el instante exacto en que había desaparecido. Aun así, Lara sabía que, en el fondo, aquella visita tenía otro propósito.

Velasco se encargó de explicarlo con la serenidad profesional de quien no quiere añadir más angustia a la que ya existe.

—Señora Etxeberria, necesitamos ver la habitación de su hija. Cualquier detalle puede ser relevante: cuadernos, el ordenador, notas, lo que sea.

Rita asintió con un cansancio que parecía habérsele instalado en los huesos.

—Está arriba. Segunda puerta a la derecha. Si… si necesitan algo, díganmelo.

Velasco miró a Eider.

—¿Vienes conmigo?

Eider asintió de inmediato, agradecida por tener algo concreto que hacer en lugar de quedarse observando como la tensión del salón crecía.

Subieron las escaleras en silencio, dejando atrás la planta baja.

Gabriel, que hasta entonces había permanecido de pie, inquieto, se aclaró la garganta.

—¿Te apetece un café, Lara? —preguntó, señalando la cocina—. No es gran cosa, pero… algo caliente siempre ayuda.

Lara dudó un instante, pero aceptó.

—Vale. Gracias.

Rita los siguió hasta la cocina, aunque más por inercia que por decisión consciente. Se sentó en una de las sillas, con las manos entrelazadas sobre la mesa, mientras Gabriel se movía bastante suelto por la cocina preparando dos tazas. El sonido de la cafetera llenó el silencio que nadie parecía dispuesto a romper.

—No suelo tener mucha gente en casa últimamente —murmuró Rita, sin mirar a nadie en concreto—. Noa y yo, siempre estamos cada una a lo suyo. Y ahora esto…

Lara le dedicó una mirada comprensiva, pero no intervino. Su atención estaba puesta en Gabriel, en la forma en que evitaba mirarla directamente mientras preparaba el café.

—Me dijeron que llamaste a la comisaría preguntando por mí —dijo ella al fin, con un tono neutro, casi casual—. ¿Querías contarme algo?

Gabriel negó con la cabeza, demasiado rápido.

—No. Solo… quería saludar. Han pasado años. Pensé que sería raro no hacerlo, sabiendo que estabas aquí.

Lara sostuvo su mirada unos segundos más de lo necesario.

—Curioso. No parecías muy interesado en saludar cuando nos vimos antes.

Gabriel esbozó una sonrisa tensa, sin humor.

—Las circunstancias no eran las mejores.

El café empezó a gotear en las tazas. Gabriel se giró ligeramente para coger el azucarero, dándoles la espalda. Lara aprovechó ese gesto para lanzar la frase que llevaba guardándose desde que había entrado en la casa.

—¿Sabes? Velasco recibió una carta de Asier hace unas semanas.

El efecto fue inmediato.

Gabriel se quedó completamente inmóvil, con la mano suspendida en el aire. Durante un segundo largo, pareció no registrar nada de lo que ocurría a su alrededor. El café siguió cayendo, desbordando la taza, derramándose sobre la encimera, y luego sobre su propia mano.

—¡Joder! —gritó al sentir el calor, apartando la mano de golpe.

El dolor lo devolvió a la realidad. Sacudió la mano instintivamente, respirando de forma entrecortada.

—¿Te has quemado? —preguntó Rita, levantándose alarmada.

—Nada, nada… —murmuró él, llevándose la mano al grifo para ponerla bajo el agua fría.

Lara observó la escena sin moverse. No necesitaba más pruebas. Aquella reacción no era la de alguien al que un nombre le resultaba indiferente. Había sido una respuesta visceral, automática, como si Lara hubiera pronunciado una palabra prohibida.

—Perdona —añadió ella, con una calma que contrastaba con lo que acababa de ocurrir—. No pretendía asustarte.

Gabriel no respondió de inmediato. Cuando cerró el grifo y se giró hacia ella, su expresión era otra: más cautelosa.

—No sabía que… que Asier se comunicara con vosotros —dijo, forzando una normalidad que ya no existía.

—Lo hizo —replicó Lara—. Y no era una carta cualquiera.

Rita miró de uno a otro, confundida.

—¿Quién es Asier?

—Alguien del pasado, imagino —respondió Lara, sin apartar los ojos de Gabriel.

El silencio que siguió fue incómodo. Y en ese silencio, Lara sintió cómo una certeza se asentaba en su interior con una claridad inquietante: Gabriel sabía más de lo que estaba dispuesto a admitir. Y, de algún modo, Asier estaba mucho más cerca de todo aquello de lo que a nadie le convenía reconocer.

CAPÍTULO 6

Gabriel cerró el grifo con un movimiento brusco. El agua dejó de correr, pero el silencio que quedó entre ambos resultó aún más incómodo. Durante unos segundos se quedó de espaldas a Lara, como si necesitara recomponerse antes de enfrentarse a ella. Cuando por fin se giró, dio un paso hacia ella, bajando la voz instintivamente.

Rita salió en busca de un cubo y una fregona para limpiar el suelo salpicado por el café.

—Creo que mejor hablamos de esto después —murmuró—. Aquí no es el lugar.

Lara no se movió ni apartó la mirada.

—¿Después cuándo? —preguntó, sin suavizar el tono—. ¿Y dónde? Porque llevas toda la tarde escondiéndote detrás de medias respuestas. No sé si después seguirás mintiendo.

Gabriel apretó los labios.

—No estoy escondiendo nada.

Lara dejó escapar una risa breve.

—Claro que sí. —inclinó ligeramente la cabeza—. ¿Sabes qué es lo que no me cuadra, Gabriel? Que tu pareja no tenga ni idea de quién es Asier. Y entiendo que tampoco sabe nada de Ander. Ni de nada de lo que pasó en este pueblo. Me resulta bastante increíble que, viviendo aquí, no conozca esos nombres. Son historias que todo el mundo sabe. Cosas que no se olvidan tan fácilmente.

Gabriel pasó la mano por la encimera, nervioso.

—No lo sabe porque no tiene por qué saberlo.

—¿Tampoco sabe nada de tus parejas anteriores? —insistió Lara—. ¿Ni de Itziar? ¿De lo que pasó con tu hija? ¿De lo que tú viviste aquí?

Él levantó la vista, cansado.

—Rita regresó a Suances hace tres años y medio —dijo al fin—. Antes de eso estuvo viviendo doce años en Francia. Doce años. Llegó aquí sin conocer a nadie prácticamente, sin arrastrar historias que no eran suyas. No sabía quién era yo, ni quién fue Itziar, ni quién era Asier, ni nada de lo que pasó en este pueblo cuando nosotros aún respirábamos cenizas.

Lara lo miró con una mezcla de sorpresa y recelo.

—¿Y prefieres que siga así? —preguntó—. ¿Que no sepa nada?

Gabriel asintió despacio.

—Es más fácil así. —su voz se volvió un susurro débil—. Para ella. Y para mí.

Hubo algo en la forma en que lo dijo que le erizó la piel a Lara. No era frialdad. Era agotamiento.

—Es curioso —dijo ella—. No todo el mundo es capaz de dejar atrás una vida entera de dolor como si fuera un abrigo viejo.

Gabriel sostuvo su mirada.

—No la he dejado atrás. Solo he aprendido a no vivir dentro de ella, he aprendido a intentar vivir otra vida sin la que dolió esté presente en cada momento.

Se hizo un silencio breve.

—Si quieres… —añadió entonces, bajando aún más la voz— podemos hablar en mi casa. Sobre las siete. Con calma. Sin miradas alrededor.

Lara lo observó durante unos segundos que parecieron alargarse más de la cuenta. Sabía que aceptar aquella invitación significaba cruzar una línea que, profesionalmente, era incómoda. Sabía también que no aceptar significaba renunciar a una verdad que intuía demasiado cerca.

—Está bien —respondió al fin—. A las siete.

Gabriel asintió, como si acabara de quitarse un peso de encima.

Y en ese instante, Lara tuvo la certeza de que aquella conversación no solo iba a arrojar luz sobre Gabriel, sino que estaba

a punto de abrir una puerta que llevaba años cerrada, y que quizá habría sido mejor no volver a empujar.

La habitación de Noa conservaba todavía un aire adolescente que desentonaba con el dramatismo de la situación. Las paredes estaban decoradas con fotografías antiguas, recortes de revistas, un par de pósteres descoloridos por el sol que entraba cada mañana por la ventana. El olor era una mezcla de colonia juvenil y polvo, como si el tiempo se hubiese quedado suspendido allí dentro.

Velasco avanzó despacio, con la mirada entrenada en buscar detalles que a otros se les escaparían: la mesilla de noche, el interior del armario, los cajones entreabiertos. Eider se movía a su lado, algo más inquieta, pasando los dedos por el respaldo de la silla, observando la cama perfectamente hecha, demasiado perfecta para una adolescente. Aunque también era cierto que aquella familia lo más probable fuese que tuvieran servicio doméstico.

—Aquí no hay nada fuera de lo normal —murmuró Velasco—. Ropa doblada, mochila… —abrió el cajón del escritorio— cuadernos del instituto, apuntes…

Eider se acercó por detrás, más de lo necesario para compartir el espacio. Él no lo notó. Estaba concentrado en un pequeño cuaderno con varias de las esquinas dobladas.

—Noa era ordenada —dijo ella, demasiado cerca de su oído—. O al menos eso parece.

Velasco levantó la vista un segundo.

—Eso no siempre significa nada.

Eider asintió, pero no se apartó. Su mano rozó el antebrazo de él, primero como un gesto aparentemente casual, después quedándose allí, como si buscara anclarse a algo sólido en mitad de tanto caos.

—Velasco… —dijo en voz baja.

Él giró la cabeza, más por educación que por expectativa. Y entonces ocurrió.

Eider se inclinó hacia él, y sin darle margen alguno para procesar lo que estaba pasando, lo besó.

No fue un beso largo ni apasionado. Fue un gesto impulsivo, torpe, cargado de una tensión que llevaba tiempo acumulándose dentro de Eider. Pero Velasco se quedó inmóvil, sorprendido, sin tiempo de reaccionar. No la apartó, pero tampoco respondió. Durante un segundo, el mundo pareció suspenderse en aquel punto exacto.

Y fue en ese preciso instante cuando Lara apareció asomada en la puerta.

Había subido decidida a avisarles de que se marchaban. Tenía ya la frase preparada en la cabeza cuando la imagen la golpeó como un puñetazo seco en el estómago.

Vio la cercanía que no era profesional. Vio el gesto que no tenía nada de casual. Vio a Velasco inmóvil, y a Eider aferrándose a él como si aquel beso llevara tiempo pidiendo salir.

El aire pareció faltarle de golpe.

No dijo nada. No hizo ningún ruido. El impacto fue tan brutal que su cuerpo reaccionó antes que su cabeza. Dio media vuelta y bajó las escaleras casi corriendo, con el corazón golpeándole el pecho de una forma que le resultó insoportablemente familiar.

Los escalones se le mezclaban, la casa parecía de pronto demasiado grande, demasiado silenciosa, demasiado ajena. Abrió la puerta principal sin cuidado y salió al exterior como si el aire de fuera fuese lo único que podía mantenerla en pie.

Arriba, en la habitación de Noa, el silencio se había vuelto incómodo.

Velasco se apartó al fin, dando un paso atrás, como si acabara de darse cuenta de lo que había pasado.

—Eider… yo… —empezó, visiblemente descolocado.

Ella bajó la mirada sintiendo vergüenza.

—Lo siento —murmuró—. No debería haberlo hecho.

Pero ambos sabían que ya no había marcha atrás.

Y Lara, fuera, apoyada contra la pared de la casa por un segundo antes de recomponerse entendió que acababa de cruzarse

una línea invisible. Una de esas que, una vez vistas, ya no se pueden borrar de tu memoria.

CAPÍTULO 7

Velasco reaccionó tarde, pero reaccionó. En cuanto el silencio le llegó a los oídos y comprendió que Lara había sido testigo de aquello, salió de la habitación de Noa casi corriendo, bajando los escalones de dos en dos, con el pulso acelerado por algo que no tenía nada que ver con la investigación.

—¡Lara! —la llamó desde el rellano, pero ya no estaba allí.

La puerta principal seguía entreabierta. El aire frío de fuera se colaba en la casa incómodo, el mundo fuera seguía mientras dentro todo acababa de detenerse para él.

Salió tras ella. Lara caminaba rápido por el camino de grava, con los hombros tensos, los puños cerrados dentro de los bolsillos de la chaqueta. No miró atrás cuando oyó sus pasos acercarse.

—Lara, espera —insistió Velasco, alcanzándola a pocos metros del coche.

Ella se detuvo en seco, pero no se giró.

—No tienes que explicarme nada —dijo, con una voz extrañamente calmada, que anunciaba tormenta.

Velasco se quedó paralizado al escuchar aquello.

—Lo que has visto no es lo que parece.

La frase salió sola, y en cuanto la pronunció supo que era justo la que no debía haber dicho.

Lara se giró despacio. Y en su mirada no había rabia, sino algo peor: una decepción fría. No tuvo que hablar, ni gritarle para saber que esa frase le estaba haciendo daño, pero después de unos segundo no pudo contenerse y habló.

—¿Ah, no? —preguntó—. Porque desde donde yo estaba parecía bastante claro.

Velasco negó con la cabeza, pasándose una mano por el pelo.

—No ha sido… no ha sido nada. Ha sido un momento. Me ha pillado por sorpresa. No he… —se quedó sin palabras, frustrado por no saber cómo decirlo sin sonar a excusa barata—. No he sabido cómo reaccionar.

—Puede que para ti no haya significado mucho, pero para mí todo lo contrario —respondió Lara, cortante.

Se dio la vuelta para abrir la puerta del coche, pero Velasco dio un paso más, interponiéndose con cuidado, sin tocarla todavía.

—Lara, mírame. No hay nada entre Eider y yo. Nada. No sé qué le ha pasado, ni por qué ha hecho eso, pero no ha sido algo buscado, ni consentido tampoco, aunque es cierto que me ha cogido desprevenido y no he sabido hacer nada.

Ella alzó la vista al fin.

—No la apartaste.

El reproche llegó.

Velasco apretó la mandíbula.

—Porque no me dio tiempo. Porque estaba en shock. Porque… —suspiró— porque no supe reaccionar. Pero no fue un beso compartido. Fue un beso que me cayó encima.

Hubo un silencio entre los dos. De esos que pesan más que cualquier grito.

—No es por celos —dijo Lara , bajando un poco la voz—. Es por la confianza. Estamos metidos hasta el cuello en un caso que huele mal por todas partes, y lo último que necesito es preguntarme si puedo fiarme de lo que veo… o de lo que no veo. Se supone que debería, pero esto no lo esperaba.

Velasco asintió lentamente.

—Puedes fiarte de mí —dijo, con una seriedad que no dejaba espacio para la duda—. Aunque ahora mismo no te lo esté demostrando todo lo bien que debería.

Lara le sostuvo la mirada unos segundos más. Luego cerró los ojos un instante, como si estuviera decidiendo algo que no quería decidir.

—Sube al coche —dijo finalmente—. Tenemos trabajo.

La comisaría bullía con un nerviosismo que no se notaba en el volumen de las voces, sino en la forma en que todos caminaban, más deprisa de lo habitual, en cómo nadie se sentaba del todo cómodo en su silla.

Lara entró la primera, dejando las llaves del coche sobre la mesa de su despacho con un golpe fuerte. Velasco fue detrás, cerrando la puerta con cuidado, como si temiera que incluso el ruido pudiera joder aún más el día.

—Tenemos que ordenar todo lo que sabemos —dijo ella, sin mirarlo—. Porque ahora mismo esto es un puzle con demasiadas piezas sueltas, y de momento no parece que ninguna de ellas vaya a encajar.

Velasco asintió.

—La caja no tiene ni una maldita huella. La ropa interior que había en ella es de Noa. Y la palabra SUCIA puede decirnos varias cosas.

Lara apoyó las manos en la mesa.

—Es un mensaje. Quien ha hecho esto quiere humillar a Noa.

En ese momento, la puerta se abrió después de que dos golpes suaves sonaran sobre la madera.

Eider asomó la cabeza.

—El análisis del papel de la nota ha llegado —dijo—. No hay huellas útiles, pero el recorte viene de un folleto publicitario de un supermercado local. Se distribuyó hace unos días por los buzones de la zona norte del pueblo.

Lara levantó la vista. Sus ojos se cruzaron con los de Eider un segundo. Lo justo para que el aire entre ellas se volviera irrespirable.

—Déjalo ahí —dijo Lara, señalando la mesa, sin cambiar el tono.

Eider entró, dejó el informe y dudó un instante.

—Lara… yo…

Velasco cogió aire temiendo lo que podía ocurrir en ese momento.

Lara la miró, con una serenidad profesional.

—Ahora no, Eider. Tenemos una menor desaparecida.

Eider tragó saliva.

—Solo quería decirte que lo de antes… Velasco no tuvo nada que ver. Fue un impulso mío. No debí… —dijo.

—Eider —la cortó Lara, con la voz calmada—. Vuelve al caso. No me distraigas.

La frase fue clara, una orden que no tenía lugar a desobedecerla. No había ni una pizca de reproche en ella, pero tampoco espacio para intimidades.

Eider asintió, visiblemente tocada, y salió cerrando la puerta con más cuidado del necesario.

Velasco bajó la mirada un segundo, incómodo.

—Gracias por no mezclar.

—No lo hago por ti —le interrumpió Lara—. Lo hago por Noa.

Se giró hacia el panel de corcho donde ya habían empezado a colgar fotos: la casa, la caja, la nota, la madre, el padre, Gabriel.

—Tenemos que hablar de Gabriel Arregui otra vez.

Velasco alzó la vista.

—Estaba allí antes de que llegáramos. Mintió sobre cuándo llegó, su coche estaba frío. Y se bloqueó cuando mencioné a Asier —añadió Lara—. Nadie se quema la mano con café hirviendo si no es porque te pones nervioso por algo. Nos está ocultando información.

Velasco cogió su libreta.

—¿Crees que está implicado directamente?

Lara negó despacio.

—No creo que esté implicado directamente, pero parece que protege a alguien, quizá a Asier.

Se acercó al panel y clavó una chincheta junto al nombre de Gabriel.

—La palabra sucia no es aleatoria. Alguien está castigando a chicas jóvenes por algo que considera inmoral. Tenemos un patrón moralista. Y ya hemos oído ese discurso antes. Si te das cuenta, la mujer asesinada al parecer y con lo que tenemos hasta ahora le era infiel a su marido…

Velasco frunció el ceño.

—¿El marido de la primera víctima? ¿Lo ves capaz de secuestrar a una niña?

—No creo que sea él, pero no voy a desechar a ningún sospechoso de momento. Y el padre de Noa tiene ese mismo tono violento, controlador. No digo que sean los culpables, pero ese tipo de mentalidad encaja demasiado bien con el mensaje.

Hubo un breve silencio.

—¿Qué hay del bosque? —preguntó Velasco—. El novio sabe llegar, y deberíamos ir al lugar donde habían quedado.

Lara asintió.

—Vamos a necesitar su ayuda. Y una batida discreta. Si el secuestrador cree que estamos cerca, puede moverse con la niña.

Se giró hacia él.

—Velasco… esta vez no es solo un cadáver. Hay una chica viva ahí fuera. Y alguien que disfruta haciéndole daño. Dios sabe lo que ahora mismo le puede estar haciendo —susurró.

Velasco sostuvo su mirada.

—Entonces no podemos tardar en movernos.

Lara asintió, cogiendo su chaqueta.

—No lo haremos.

CAPÍTULO 8

El bosque de Suances de noche no era solo oscuridad: era un murmullo constante. Las hojas crujían bajo las botas, las ramas se rozaban entre sí como si alguien caminara unos pasos más allá del grupo, y el aire olía a humedad y a tierra removida.

—Apagad las linternas un momento —susurró Velasco.

Cinco siluetas quedaron a contraluz de la luna, inmóviles, escuchando. El chico —el novio de Noa— respiraba demasiado deprisa. Lara se dio cuenta enseguida.

—Tranquilo —le murmuró sin mirarlo—. Si te pones nervioso, te puedes perder al asustarte por cualquier motivo.

Él asintió, pasándose una mano por el pelo.

—Es… es por aquí —dijo en voz baja—. Yo juraría que era por aquí.

Avanzaron unos metros más. Lara iba en cabeza, arma baja pero preparada. Cada crujido bajo sus pies la hacía tensar los hombros. No era por el miedo, sino por esa sensación vieja, conocida: la de estar entrando en territorio ajeno.

Fue uno de los agentes quien se detuvo primero.

—Inspectora —susurró—. Hay algo en el suelo.

Lara se agachó, iluminando con la linterna solo lo justo.

Un coletero blanco, de tela gastada, medio enterrado entre hojas húmedas.

—¿Es de Noa? —preguntó Velasco.

El chico dio un paso adelante, demasiado rápido.

—Sí —dijo sin dudar—. Es suyo. Siempre lleva unos cuantos en las muñecas, porque los pierde constantemente.

Lara lo recogió con cuidado, usando un guante.

—No es una prueba concluyente —murmuró—, puede que se le hubiera caido en otra de las ocasiones que habéis venido aquí…

Levantó la vista hacia el bosque que se cerraba frente a ellos como una boca oscura.

—Sigamos.

El terreno comenzó a inclinarse ligeramente. El camino dejó de ser camino y se convirtió en una zona demasiado complicada para que alguien eligiese llegar hasta allí por deseo: un claro apenas perceptible entre troncos, una zona donde la maleza parecía muy densa.

—Creo que me he perdido, es que es muy de noche, yo nunca he pasado de aquí —dijo el chico—. No solíamos meternos tan adentro. Esto está demasiado oscuro.

Lara no respondió. Había aprendido a desconfiar de todo lo que le dijeran.

Fue entonces cuando la linterna de uno de los agentes barrió una forma rectilínea entre los árboles.

—Ahí —dijo—. ¿Veis eso?

La estructura parecía crecer de la tierra: madera vieja, ennegrecida por la humedad, una puerta bastante deteriorada y una ventana sin cristal, tapada con unas cuantas maderas y clavos. Una cabaña.

Velasco frunció el ceño.

—¿Eso estaba en los mapas forestales?

—No —respondió uno de los agentes—. Aquí no hay ninguna construcción registrada. De hecho jamás la habíamos visto.

El chico negó con la cabeza, desconcertado.

—Yo… yo no sabía que eso estaba ahí. Lo juro.

Lara sintió cómo algo le subía por el pecho, una mezcla de rabia y alerta.

—¿Nadie? —preguntó, clavando la mirada en el chico—. ¿Nadie del pueblo sabía que aquí había una cabaña?

—Yo desde luego no —repitió él—. Y llevo viniendo a este bosque desde crío.

Lara avanzó dos pasos más, deteniéndose a unos metros de la puerta.

—Eso es lo que me preocupa —dijo en voz baja—. Que alguien sí lo sabía.

Hizo un gesto a los agentes para que rodearan la construcción.

—Entradas y salidas. Nadie toca nada.

Velasco se colocó a su lado.

—Puede ser una cabaña vieja de cazadores. O de alguien que la usa sin que conste en ningún registro. La gente por ahorrarse unos euros es capaz de hacer de todo, como por ejemplo una cabaña.

—Eso o es de alguien que no quiere que conste porque no la utiliza para fines apropiados —añadió Lara.

Se acercó a la puerta. La madera estaba astillada en la zona del picaporte, como si se hubiera abierto y cerrado muchas veces con prisas.

—Esto no está abandonado —murmuró.

Velasco asintió.

—Entonces la pregunta es clara: ¿de quién es?

El chico tragó saliva.

—¿Creéis que… que la trajo aquí?

Lara no respondió enseguida. Miró la ventana tapiada, la puerta cerrada, el bosque alrededor.

—Lo que creo es que es muy pronto para hacer conjeturas —dijo por fin—. Y creo que si alguien trajo a Noa a este bosque sabía exactamente a dónde venía.

Sacó el teléfono.

—Comisaría, necesitamos que me crucéis esta localización con cualquier propiedad rústica, denuncias antiguas, cotos de caza, lo que sea. Estamos frente a una cabaña que no figura en ningún sitio y eso es un problema.

Colgó y miró a Velasco.

—Es muy probable que tengamos un escenario. Ahora nos falta el nombre del dueño.

Y en ese silencio entre los árboles, la cabaña parecía observarlos, como si llevara años esperando a que alguien hiciera la pregunta correcta.

—Balizad el perímetro —ordenó Lara—. Nadie cruza esa puerta sin mí.

—¿Entramos? —dijo Velasco.

—Debes estar loco. Necesitamos una orden judicial, si encontramos algo sin ella no podremos utilizarla en un juicio.

—No me jodas, Lara, ¿y si está dentro la niña?

Uno de los agentes colocó la cinta entre dos troncos. El plástico amarillo brilló un segundo bajo la luz de la linterna.

El chico miraba la cabaña como si en cualquier momento Noa fuera a salir de allí.

—¿Está dentro muerta? ¿Es por eso que no quieren entrar?

Velasco no le contestó. Estaba observando el suelo, los restos de pisadas mal definidas por culpa del viento de las hojas y la humedad, la tierra removida cerca del umbral. No había huellas claras, solo la sensación de que aquel sitio no estaba tan abandonado como parecía.

—Volvemos al coche —dijo Lara—. Aquí no vamos a sacar nada más esta noche.

Nadie discutió.

En el camino de vuelta, el bosque parecía distinto.. El chico caminaba en silencio, con la mirada fija en el haz de su linterna. Uno de los agentes se quedó ligeramente atrás, vigilando que nadie se descolgara del grupo.

Cuando llegaron a la carretera, Lara se detuvo junto al coche patrulla y miró al chico.

—Te vas a ir a casa. No te muevas de allí. Teléfono encendido. ¿Está claro?

Él asintió.

—Sí. Claro. Intentaré no irme a ningún sitio.

—No me refiero a intentar no irte —añadió Velasco—. Me refiero a no irte.

El chico tragó saliva.

—No me iré.

Se marchó con uno de los agentes.

En la comisaría todo parecía estar exactamente igual que lo habían dejado.

Eider estaba de pie junto a la mesa central, revisando un informe cuando Lara entró. Alzó la vista. Sus miradas se cruzaron apenas un segundo de más de lo normal. Lo suficiente para que ambas entendieran que el clima había cambiado y era para siempre.

—Encontramos algo —dijo Lara, directa, sin rodeos—. Un posible punto de retención en el bosque.

Velasco dejó el abrigo sobre la silla.

—Una cabaña que no figura en ningún registro.

Eider parpadeó.

—¿Una cabaña? —repitió—. Eso no…

—No debería existir —terminó Lara—. Pero existe.

Se hizo un silencio incómodo. Eider carraspeó.

—Voy a pedir planos antiguos, fotos aéreas, cualquier cosa que tengamos del monte. Quizá haya referencias viejas.

Lara asintió, seca.

—Hazlo.

Eider dio un paso más, como si fuera a decir algo más personal, pero Lara ya había bajado la mirada a la mesa, desplegando el mapa del bosque.

Velasco lo notó. También notó cómo Eider se detenía un segundo antes de girarse, como si hubiera querido disculparse de nuevo.

—Tenemos la caja —dijo Velasco, cambiando de tema—. Y la nota.

Lara deslizó la fotografía de la caja sobre la mesa. La palabra SUCIA parecía más grande bajo la luz blanca del fluorescente.

—Tenemos que trabajar este caso como si el asesino quisiera impartir un castigo.

—Como con la mujer asesinada —añadió Velasco—. No la mató para deshacerse de ella. La humilló incluso después de muerta tatuándole la palabra impura sobre el pubis.

Lara levantó la vista.

—Y ahora hace lo mismo con una cría.

Velasco no respondió. No hacía falta.

—Hay alguien que se cree con derecho a decidir quién es sucio y quién no —continuó ella—. Alguien que no improvisa. Que

elige y no parece que sea al azar. Que prepara las cosas meticulosamente.

Hizo una pausa.

—Y que no por el momento no quiere que lo encontremos.

Velasco cerró la carpeta despacio.

—¿Por qué no hemos ido ya a hablar con Asier?

—No quería introducirlo tan pronto, no quería que nadie mirase en esa dirección, pero ha llegado el momento de cerrar círculos.

En ese momento, uno de los agentes se acercó desde el fondo de la comisaría.

—Inspectores… ha llamado el chico otra vez. El novio de la chica. Dice que ha recordado algo.

Lara levantó la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Que Noa le habló una vez de una casa a la que iba de vez en cuando con su madre. Nunca le ha dado importancia, pero recuerda que cuando le contaba que iba a esa casa parecía que escondía algo. Era como si no se lo contara todo.

Lara se quedó quieta escuchando lo que le decía..

—Dile que venga —ordenó—. Ahora.

Velasco la observó mientras ella recogía el mapa y lo doblaba con cuidado.

—No sabemos quién es el dueño de la cabaña —dijo él.

—Dejemos la cabaña por el momento y hablemos con el chico, a ver qué es lo que nos quiere contar.

El chico llegó a comisaría con los hombros caídos y las manos metidas en los bolsillos de la sudadera, como si pudiera esconderse ahí dentro. No miraba a nadie directamente. Parecía más joven de lo que decía su DNI.

Lara le ofreció una silla.

—Siéntate. Respira un segundo, quiero que te relajes.

El chico obedeció. Inspiró hondo, pero el aire le salió en dos tiempos.

—No… no sabía si llamar otra vez… pensé que igual estaba molestando.

—No molestas —dijo Velasco, con una calma que no admitía discusión—. Cuéntanos qué has recordado.

El chico se frotó la frente.

—Noa me contó muchas veces que había ido a casa de un amigo de su madre, y que allí pasaba algo raro. Como ella era tan exagerada pues no le hice mucho caso. Porque para ella todo era super importante. Seguro que es una tontería…

—¿Te llevó allí alguna vez, la acompañaste?—preguntó Lara.

Negó con la cabeza.

—No. Decía que era una casa con jardín, muy grande. Que siempre estaba oscura.

Velasco cruzó una mirada rápida con Lara.

—¿Cuándo fue la última vez que te habló de ese sitio?

—Hace… —el chico dudó—. Dos semanas, quizá. Discutimos por una tontería. Yo le dije que siempre se iba cuando con su madre y que no nos veíamos nunca. Y ella me contestó que cuando se iba allí con su madre se lo pasaba mejor que conmigo.

—¿Y no recuerdas donde está, si está lejos, en el pueblo…?

—Sí, sí, en el pueblo está porque una vez había quedado con una amiga para hacer un trabajo del instituto, y llegó a su casa en menos de diez minutos desde allí.

Hubo un silencio.

—¿Te habló alguna vez de alguien más de esa casa? —preguntó Velasco—. ¿Del dueño, de la mujer, de los hijos? ¿De alguien?

El chico negó de nuevo.

—No. Noa… Noa era de guardarse secretos para ella.

Lara cerró la libreta.

—De acuerdo. De momento no te vas a mover de aquí. Tenemos que pedir una orden para entrar en la cabaña, pero no vamos a esperar sentados. Quiero que nos marques en el mapa todos los sitios donde solíais ir juntos. Aunque te parezcan tonterías.

El chico asintió.

—Lo haré.

CAPÍTULO 9

Cuando salió de la sala, Lara se quedó mirando la pared unos segundos más de lo necesario.

—Esa casa esconde cosas… —murmuró.

—A mí también me lo parece, tenemos que hablar con la madre de Noa —respondió Velasco.

Eider apareció en la puerta, con un fajo de papeles bajo el brazo.

—He encontrado algo —dijo—. Fotos aéreas de hace quince años. La cabaña ya estaba ahí. No figura en catastro, pero aparece en las imágenes antiguas. Luego, en las más recientes, la vegetación la cubre casi por completo.

Lara alzó la vista.

—¿Quince años?

—Sí. —Eider dudó un segundo—. Es incluso anterior al caso de Itziar Arregui.

Velasco levantó la cabeza lentamente.

—¿Estás segura?

—Lo suficiente como para que no me guste nada.

Lara sintió cómo algo frío se le deslizaba por dentro. Habían fallado en el caso anterior, aquella cabaña nunca la vieron…

Velasco apoyó los nudillos en la mesa.

—Bueno, no mezclemos casos, esto no guarda relación con aquello.

Se miraron.

En el exterior, la noche había caído sobre Suances con una calma que no encajaba con lo que estaba pasando en el interior de

la comisaría. El mar, al fondo, rugía bajo, como si murmurara cosas que nadie quería escuchar.

Lara se acercó a la ventana.

—Tenemos una cabaña que según parece no es de nadie. Una chica desaparecida. Una nota que habla de suciedad.

Velasco se colocó a su lado, sin mirarla.

—Y tenemos a alguien que se mueve bien entre el dolor ajeno.

Lara cerró los ojos un segundo.

—Si Noa sigue viva… —empezó a decir.

Velasco la interrumpió con suavidad.

—Este no es un asesino de impulsos. Este quiere que la gente la juzgue antes de matarla.

El coche patrulla avanzó despacio por la calle estrecha que llevaba hasta la casa de Rita Etxebarria. Era una zona tranquila, de esas donde las farolas iluminan más por costumbre que por necesidad, y donde las persianas bajadas a esas horas parecían párpados cerrados que preferían no ver nada de lo que estaba ocurriendo en el pueblo.

Lara conducía en silencio. Velasco iba repasando mentalmente el informe que acababan de recibir del laboratorio.

—Ni una sola huella —dijo al fin, rompiendo el silencio—. Ni parciales, ni borrones. Nada. Era extraño.

—Eso no es normal —respondió Lara sin apartar la vista de la carretera—. Ni siquiera los que intentan limpiar bien consiguen dejar cero rastro.

—Justo en ello estaba pensando. Parece que es una persona muy meticulosa.

—Crees que solo es uno, y yo pienso que tanta perfección es cosa de dos.

—Guantes. O alguien que sabe exactamente cómo manipular pruebas sin dejarse media vida en el intento. No es necesario que sean dos.

Lara aparcó frente a la casa de Rita: luces encendidas como si quisiera que la noche nunca llegara, un jardín que empezaba a descuidarse por las esquinas.

Antes de bajar del coche, Lara respiró hondo.

—No le vamos a decir todo. No por el momento.

Velasco asintió.

—Pero tampoco vamos a mentirle.

Llamaron al timbre.

Rita tardó unos segundos en abrir. Tenía los ojos hinchados, el rostro pálido, el pelo recogido de cualquier manera. Parecía que llevaba horas sin sentarse.

—Inspectores… —murmuró al reconocerlos—. ¿Ha pasado algo? ¿Habéis encontrado a Noa?

Lara negó suavemente.

—No, todavía, Rita. Pero estamos avanzando. ¿Podemos pasar un momento?

Rita se hizo a un lado para dejarles entrar. La casa olía a café y a basura acumulada, parecía que nadie pensaba en otra cosa que no fuese Noa.

Velasco habló primero, con tono profesional, sin rodeos.

—Hemos analizado la caja que dejaron frente a su casa.

Rita se tensó al oír la palabra caja.

—¿Y…?

—No hay huellas —continuó él—. Ninguna. Quien la dejó sabía cómo no dejar rastro.

Rita se llevó una mano al pecho.

—Entonces… ¿no podéis saber quién fue?

—No por esa vía —intervino Lara—. Por eso necesitamos hacerle unas preguntas más. Cosas que quizá no parecen importantes, pero que puede que sí lo sean.

Rita asintió, nerviosa.

—Pregunten lo que quieran.

Lara la miró directamente.

—Gabriel es su pareja, ¿verdad?

—Sí —respondió Rita sin dudar—. Mi novio.

—¿Ha estado con usted hoy? —preguntó Velasco.

Rita negó con la cabeza.

—No… hace horas que no sé nada de él. Le he llamado varias veces, pero no responde. Supongo que estará descansando o… —se quedó en silencio—. No lo sé.

Lara frunció ligeramente el ceño.

—¿Es habitual que no responda durante horas?

—No —admitió Rita—. Gabriel no suele apagar el móvil. Siempre está disponible. Pero hoy… —se encogió de hombros, intentando justificarse—. Quizá se quedó dormido. Llevamos muchos días de angustia.

Velasco anotó mentalmente el detalle.

—¿Le dijo a dónde iba?

—No. Solo que tenía que hacer un par de cosas por el pueblo. Que luego vendría a verme, eso fue ayer, pero todavía no ha vuelto.

Lara observó la casa, los detalles: una chaqueta masculina colgada en el respaldo de una silla, una taza con restos de café sobre la encimera de la cocina.

—Rita —dijo con voz baja—, ahora mismo todo es importante, incluso lo que parece normal. Si recuerda cualquier cosa extraña sobre Gabriel hoy, o sobre los últimos días de Noa, necesitamos que nos lo diga.

Rita asintió, con los ojos brillantes.

—Gabriel es bueno conmigo… con Noa también. No creo que tenga nada que ver con esto. Es imposible.

Lara no la contradijo. Tampoco la tranquilizó.

—Nadie está acusado de nada —dijo—. Pero necesitamos entender el entorno de su hija. Cada persona que formaba parte de su vida cuenta.

Rita bajó la mirada.

—Noa confiaba en él —susurró—. Y yo también.

Velasco intercambió una mirada rápida con Lara.

No dijeron nada más en voz alta, pero ambos pensaron lo mismo: la confianza era justo el terreno donde aquel caso empezaba a pudrirse.

Necesitamos hablar con él, iremos a su casa, a ver que nos puede contar de Noa, hay veces que los niños se abren más con

gente que no es de la familia, es muy probable que lo viese como a un adulto en quien podía confiar cosas que a sus padres no.

CAPÍTULO 10

Salieron de la casa de Rita con una decisión tácita flotando entre ellos. No hubo que verbalizarla.

—Vamos a localizar a Gabriel —dijo Velasco mientras caminaban hacia el coche.

Rita se quedó quieta un segundo en el porche.

—Yo voy con vosotros.

Lara se giró hacia ella, sorprendida.

—Rita, no es buena idea. Puede que si estás presente no nos cuente algo que es importante para encontrar a Noa.

—Os confundís, Gabriel no sabe nada de donde está Noa, y si tiene algo que decir no le importará hacerlo en mi presencia.

—De verdad, Rita… —pero no pudo acabar la frase porque Rita negó con la cabeza y abrió la puerta del coche para entrar e irse con ellos.

—Mi hija está desaparecida —respondió ella, con una firmeza que no había mostrado en todo el día—. No me voy a quedar sentada esperando.

Velasco dudó por un instante, pero asintió.

—De acuerdo. Pero se queda en el coche. Pase lo que pase.

Rita aceptó sin discutir.

El coche patrulla tomó la carretera secundaria que salía del núcleo del pueblo. Lara conducía con la memoria guiándole las manos al volante.

—Va a ser raro… —murmuró Velasco—. Esa casa...

Rita frunció el ceño desde el asiento trasero. Ella no sabía a lo que se referían.

—¿Qué quieren decir?

—Nada importante —dijo Lara.

—Es por ahí, sí, lo recuerdo —señalizó Velasco con su mano desde el asiento del copiloto—. La de la colina.

Rita negó despacio, como si acabara de escuchar algo absurdo.

—No… Gabriel no vive allí.

Lara apretó el freno lo justo para que el coche redujera la velocidad.

—¿Cómo que no vive allí?

—Nunca ha vivido aquí —dijo Rita—. Yo nunca he estado en ninguna casa de por aquí con él.

El silencio se coló en el coche en ese momento.

—Entonces, ¿dónde vive? —preguntó Velasco.

Rita dudó un segundo.

—No es… no es una zona muy transitada. Está dentro del pueblo, pero apartado. Como en un pequeño valle. Hay que bajar por un camino estrecho, casi no se ve desde la carretera principal.

Lara intercambió una mirada rápida con Velasco.

—Ok, es probable que nos hayamos confundido —disimuló Lara.

—Yo os guio —dijo Rita.

El coche giró por una calle que se iba apagando en farolas cada vez más espaciadas. Las casas fueron quedando atrás, sustituidas por tramos de terreno oscuro, cercas viejas, árboles que parecían cerrarse sobre el asfalto. El ruido del motor resonaba más de lo normal, como si el propio entorno lo amplificara.

—Es aquí —dijo Rita, señalando un desvío apenas marcado—. Por ese camino.

Lara giró.

El coche descendió por una pendiente suave, entrando en una especie de cuenco natural. El valle se abría en una hondonada rodeada de vegetación densa. No había más casas alrededor. Solo esa.

Una construcción baja, de piedra oscura, con las luces apagadas. No era una casa ostentosa. No era la imagen que Lara tenía asociada a Gabriel Arregui.

—¿Vive… aquí? —murmuró Velasco.

Rita asintió, incómoda.

—Dice que le gusta la tranquilidad. Que aquí nadie lo molesta.

Lara aparcó a unos metros. Apagó el motor.

Durante un segundo, nadie se movió.

La casa parecía observarlos desde la distancia.

Velasco fue el primero en hablar.

—Está bien, Rita, debes quedarte dentro del coche, pero antes de nada necesitamos que sepas que Gabriel te está ocultando cosas, además son cosas importantes de su pasado.

—No te estoy entendiendo.

Lara cogió aire y se dispuso a continuar.

—Hace años ocurrió un terrible crimen aquí en Suances. La hija de Gabriel fue asesinada.

Rita cogió aire fuerte y se cubrió la boca con ambas manos.

—Hay cosas del pasado de Gabriel que no te ha contado. No sé exactamente por qué. Puede que por miedo, por vergüenza, o porque de verdad cree que así protege vuestra relación.

Rita frunció el ceño.

—¿Me estáis mintiendo? No puedo creer lo que decís.

Lara respiró hondo. No le gustaba dar este tipo de noticias así, dentro de un coche patrulla, con una casa oscura observándolos desde la distancia. Pero el momento había llegado.

—A Gabriel le mataron a una hija, su mundo se desmoronó.

El silencio fue inmediato. Denso. Casi físico.

—No puedo creerlo, nunca habló de ella —susurró Rita.

—Se llamaba Itziar como he dicho —continuó Lara—. La encontraron muerta en una cuneta, hace años. Fue un caso que marcó al pueblo. Y a él, más de lo que parece.

Rita se llevó la mano al pecho.

—Él… nunca me habló de una hija.

—No —asintió Lara—. Y no es raro. Hay personas que entierran el pasado para poder seguir viviendo. Es posible que Gabriel solo haya querido hacerse una vida nueva contigo, con Noa. No revivir el dolor cada vez que alguien pronuncia un nombre que le rompe por dentro.

Rita bajó la mirada.

—Puedo entender eso…

—Yo también —dijo Lara—. Pero hay algo más que no encaja.

Rita levantó la vista, inquieta.

—¿Qué?

Lara eligió bien las palabras.

—Además de Itziar, Gabriel ha formado parte de la vida de otro menor. Un chico llamado Asier. Es el hijo de su antigua pareja.

Rita negó despacio.

—Nunca me ha hablado de ningún Asier.

—Eso es lo extraño —continuó Lara—. La madre del chico está en prisión. Asier solo lo tiene a él. Según nuestros datos, están empadronados juntos. Viven, oficialmente, en la misma casa.

Lara hizo una pausa.

—Y esa casa no es esta —dijo Rita.

—Así es, esta casa no la conocíamos como vivienda de Gabriel.

Rita abrió los ojos con incredulidad.

—Eso no puede ser…

—Asier tiene dieciséis años —añadió Lara—. No es lo bastante mayor como para vivir solo. No está en un centro. No hay constancia de que esté con ningún familiar. En teoría, vive con Gabriel.

Rita se quedó en silencio. El aire en el coche se volvió casi irrespirable.

—¿Estás segura de que nunca viste a un chico de esa edad con él? —preguntó Lara con suavidad—. En su casa, en la calle, en algún bar, en el pueblo, ¿en ningún sitio?

Rita negó lentamente.

—No. Nunca. Gabriel siempre venía solo. O estaba conmigo, o trabajando, o estábamos con Noa. Jamás… jamás vi a ningún chico.

Lara la observó con atención.

—Piénsalo bien, Rita, haz un esfuerzo. Te pido que hagas memoria. A veces los detalles pequeños son los que arrojan la verdad.

Rita cerró los ojos un momento, buscando imágenes que no aparecían.

—Noa… —murmuró—. Noa nunca me habló de ningún chico. Nunca mencionó a nadie llamado Asier.

Lara inclinó la cabeza.

—¿Crees que ella sí pudo conocerlo? —preguntó—. ¿Alguna vez la notaste rara después de visitar a Gabriel? ¿Más callada? ¿Más inquieta?

Rita se quedó pensativa.

—Noa, cambia mucho de humor. Yo siempre he pensado que es la edad. Adolescencia. —Se pasó la mano por la cara—. Pero ahora… no lo sé.

Lara apoyó la mano en el respaldo del asiento.

—No te estoy diciendo que Gabriel sea culpable de nada, Rita. Te estoy diciendo que hay partes de su vida que ha mantenido en la sombra. Y ahora mismo, en esta investigación, las sombras importan tanto como lo que se ve.

Rita miró hacia la casa oscura.

—¿Crees que él… —no terminó la frase.

Lara fue honesta.

—Creo que Gabriel está ocultando algo. No sé si por miedo, por dolor, o por lealtad a alguien. Pero hay alguien a quien está protegiendo además de a sí mismo.

Rita apretó los labios.

—Y mi hija está desaparecida.

Lara asintió.

—Por eso necesito que confíes en nosotros. Y que no descartes nada, por muy difícil que sea aceptarlo.

Rita respiró hondo, como si acabara de entender que el mundo que creía conocer se le estaba cayendo encima.

—De acuerdo —susurró—. Haré memoria. Lo prometo.

Lara abrió la puerta del coche.

—Quédate aquí —le recordó—. Pase lo que pase.

Lara abrió la puerta del coche despacio.

—Claro —respondió.

Rita se abrazó a sí misma.

—¿La vais a encontrar?

Lara no le contestó. Tenía la mirada fija en la fachada, en la oscuridad compacta de las ventanas, en la sensación de que aquel lugar no estaba tan vacío como parecía.

Entonces vio una luz, muy leve, que se apagaba en una de las habitaciones del fondo.

Velasco también la vio. Se miraron.

—No está durmiendo —susurró él.

Lara sacó el arma reglamentaria, con un movimiento ya automático.

—Rita, quédate en el coche. Pase lo que pase, no salgas.

Rita asintió, aterrada.

Lara dio el primer paso hacia la casa.

Y tuvo la certeza incómoda de que no solo estaban yendo a buscar a Gabriel.

Aquella casa no parecía un hogar. Parecía un escondite.

Golpeó la puerta con los nudillos.

El sonido se perdió dentro, hueco. Lara esperó.

Volvió a llamar, más fuerte.

—Gabriel. Somos la policía.

Ninguna respuesta desde el interior.

Velasco dio un paso al frente, escaneando el entorno. La casa estaba completamente a oscuras en ese momento.

Lara dio un paso atrás, alzó la voz de nuevo, esta vez más firme, cargada de autoridad:

—Sabemos que estás dentro, Gabriel. Ábrenos la puerta o la echaremos abajo. No tienes que esconderte de nosotros. Solo queremos hablar contigo.

Durante unos segundos no ocurrió nada. Después se escuchó un ruido.

Un golpe como si se cerrase una puerta. Un mueble arrastrado.

El cerrojo se movió despacio.

La puerta se abrió apenas un palmo.

Gabriel apareció en el hueco. Despeinado. Ojeroso. Con la camiseta arrugada y los ojos entornados, como si acabara de

despertar de un sueño pesado. O lo quisiera hacer creer a los agentes.

—¿Qué pasa…? —murmuró, con voz pastosa—. Estaba durmiendo… ¿Ha pasado algo? ¿La habéis encontrado?

La pregunta salió de la boca de Gabriel como impostada.

Lara sostuvo su mirada sin responder de inmediato.

—¿Podemos pasar?

Gabriel dudó una fracción de segundo. Luego abrió del todo.

—Claro… sí, pasad, perdonad, no esperaba visitas.

El interior era una cueva. La luz del exterior apenas lograba arañar la penumbra. Muebles escasos. Paredes desnudas. Un sofá hundido que parecía que había vivido tiempos mejores. Un cenicero rebosante de colillas. El olor a encierro, a humedad y a tabaco impregnaba el aire.

—¿Por qué ya no vives en la otra casa? —preguntó Lara mientras avanzaban.

Gabriel se encogió de hombros.

—Demasiados recuerdos.

Velasco recorrió el lugar con la mirada, deteniéndose en los rincones vacíos, en la ausencia de cualquier rastro de vida compartida.

—Está todo muy oscuro —dijo Lara.

—Me gusta así —respondió Gabriel—. Da tranquilidad.

—Enciende más luces, por favor —ordenó Velasco.

Gabriel accionó un interruptor. Una lámpara parpadeó y quedó en una luz amarillenta, pobre. Probó otro interruptor, pero la lámpara solo tenía una bombilla de las seis.

—No tengo bombillas en todas —dijo, como disculpándose—. No vi la necesidad.

Se sentaron. Gabriel se dejó caer en una silla, adoptando una postura relajada que no terminaba de cuajar con la tensión de sus hombros.

—Rita está destrozada… —murmuró—. Esto es una pesadilla.

—Lo sabemos —respondió Lara—. Por eso estamos aquí.

Hablaron durante unos minutos. Frases correctas. Preocupación por parte de Gabriel bastante creíble. El guion de

alguien que sabe qué se espera de él. Poco a poco, Gabriel fue soltándose. Su respiración se volvió más lenta. La rigidez inicial empezó a ceder, en ese momento sí parecía más cómodo, más relajado.

Entonces Lara dejó caer el nombre.

—Asier.

El rostro de Gabriel cambió de golpe.

Gabriel se quedó quieto. Con el gesto congelado. La mano se cerró ligeramente sobre el borde de la mesa.

—Os lo dije… —respondió, tras una breve pausa—. Está en Valencia, con un familiar.

—¿Qué familiar? —preguntó Velasco.

Gabriel frunció el ceño, como si quisiera parecer que hacía memoria.

—No lo recuerdo bien ahora mismo, creo que se llama Héctor, es un primo de su madre.

Velasco inclinó la cabeza.

—Asier es menor. No es habitual que un chico de su edad se vaya tan lejos sin que el adulto responsable que está a su cargo no sepa exactamente dónde está ni con quién.

—Es un crío espabilado —replicó Gabriel, con una sonrisa breve—. La juventud es así.

—Queremos hablar con él —dijo Lara—. Llámalo ahora.

Gabriel abrió las manos.

—No puedo. Perdió el móvil hace unos días. Salió de fiesta y, ya sabéis cómo son estas cosas.

Velasco no sonrió.

—Tienes razón, lo sabemos, pero también sabemos que la juventud no sabe vivir sin móvil. ¿No se ha comprado otro?

Lara lo observó en silencio unos segundos. Lo suficiente para que Gabriel empezara a removerse en la silla.

—Nos estás ocultando algo —dijo al fin—. Y quiero que tengas claro que si sabes algo sobre lo que le ha pasado a Noa y no lo dices, estás interfiriendo en una investigación policial. Eso es un delito.

Se inclinó hacia él, sin alzar la voz.

—No te lo volveré a repetir una segunda vez, Gabriel. Te estoy dando un aviso.

Gabriel tragó saliva.

La luz amarillenta tembló sobre su rostro.

Ya no parecía un hombre despertándose de la siesta. Parecía alguien que acababa de darse cuenta de que el lugar donde se había refugiado empezaba a quedarse sin sombras en las que esconderse.

CAPÍTULO 11

Gabriel permaneció de pie junto a la encimera, con una mano apoyada en el mármol frío y la otra colgándole sin fuerza a un lado del cuerpo. Durante unos segundos pareció que iba a seguir sosteniendo la farsa del hombre tranquilo al que han despertado de una siesta, pero el silencio se le fue colando por las arrugas, ocupando cada rincón de la estancia. Lara le dio espacio, Velasco también. Habían aprendido que hay verdades que solo salen cuando se deja el tiempo suficiente para que el otro se ahogue en ellas.

Gabriel bajó la mirada. Sus dedos comenzaron a tamborilear, primero despacio, luego con un ritmo nervioso que delataba más de lo que él habría querido.

—No sé dónde está —dijo al fin, sin mirarles—. Si es eso lo que habéis venido a buscar, no lo sé.

La voz le salió ronca.

Lara dio un paso corto hacia él, sin invadir su espacio, pero dejando claro que no iba a soltar el hilo.

—Estamos intentando entender qué está pasando, Gabriel. Y para eso necesitamos que dejes de decirnos lo que crees que queremos oír.

Él apretó los labios. Se pasó el pulgar por la comisura de la boca, un gesto automático, casi infantil.

—He hecho todo lo que estaba en mi mano —repitió, ahora mirándolos por fin—. Todo. No os imagináis lo que es… levantarte cada mañana con el miedo de que tu hijo no vuelva por la noche. Llamarle diez veces. Esperar a oír la llave en la cerradura. Hacerte el duro cuando por dentro solo quieres que vuelva a casa, que esté vivo, que esté a salvo.

Se le humedecieron los ojos, aunque no llegó a llorar.

—Cuando empezó a jugar al fútbol pensé que… que por fin estaba encontrando algo en lo que aferrarse para dejar atrás el pasado. Venía a casa hablando del entrenador, de los partidos del sábado, de los chicos del equipo. Yo me decía: vale, quizá esto es lo que necesitaba. Una rutina. Un sitio donde no fuera solo, el hijo de una mujer en la cárcel. El niño al que le mataron al hermano y a la hija del que ahora era como su padre.

La última frase le salió casi sin voz.

Velasco mantuvo el tono bajo.

—Y aun así, se fue.

Gabriel asintió despacio.

—Empezó a cambiar otra vez. A llegar tarde. A no decirme dónde iba. A mirarme como si yo fuera parte del problema. Y quizá, quizá lo era. No soy buen padre, ¿sabéis? No vengo con manual de instrucciones. A veces he apretado demasiado. Otras he soltado más de la cuenta. Pero nunca, nunca le haría daño. Y él tampoco se lo haría a nadie.

Lara inclinó ligeramente la cabeza.

—No estamos hablando de cualquiera. Estamos hablando de una chica de dieciséis años que ha desaparecido. Y de una caja con su ropa interior y una nota que la llama sucia. Eso no es una gamberrada de críos. Si sabes si lo ha hecho Asier, dínoslo.

Gabriel negó con la cabeza, más rápido, más desesperado.

—No, no. Asier no es así. Es impulsivo, sí. Es egoísta, a veces cruel con las palabras, como todos los adolescentes que creen que el mundo les debe algo. Pero no es… —tragó saliva— no es un monstruo.

Velasco respiró hondo antes de hablar.

—Recibí una carta suya hace unas semanas.

Gabriel frunció el ceño.

—¿Una carta? ¿Para ti?

—Para mí —confirmó Velasco—. Me daba las gracias. Decía que gracias a mí había podido vivir libre.

Gabriel se quedó inmóvil, como si no entendiera del todo lo que estaba oyendo.

—¿Qué, qué significa eso?

Velasco no esquivó la mirada.

—Sabes perfectamente lo que significa. Sabes que fue Asier quien mató a su hermano. Y sabes que yo cargué con esa culpa para sacarlo de ese lío. Tenía nueve años. No iba a permitir que su vida acabara antes de que empezara.

La respiración de Gabriel se volvió irregular. Se llevó una mano al pecho, no por teatralidad, sino porque parecía que el aire no le entraba bien.

—Yo, yo pensé que eso… que ese capítulo estaba cerrado —susurró.

—En la carta había algo más —continuó Velasco—. Al final decía: Si supieras en lo que me he convertido, quizá no estarías tan orgulloso de lo que hiciste aquel día.

Gabriel cerró los ojos. Durante unos segundos, no dijo nada. Solo negó muy despacio con la cabeza, como quien intenta borrar una imagen mental.

—Los chavales dramatizan todo —dijo al fin, con una sonrisa torpe que no convencía ni a él mismo—. Es su manera de llamar la atención. De sentirse importantes. No tiene por qué significar nada malo.

Lara dio un paso más cerca.

—¿De verdad te lo crees? —preguntó, sin dureza, pero sin concesiones—. Porque tú mismo has dicho que ya no sabes en qué punto tu hijo dejó de ser un niño.

Gabriel la miró. Y en esa mirada había miedo, pero también una lealtad casi feroz.

—Me equivocaré mil veces antes de pensar que es capaz de hacer algo así —respondió—. Es lo único que me mantiene en pie. Pensar que, pese a todo, aún hay algo bueno en él.

Velasco habló entonces, muy despacio:

—No nos olvidemos de que ya mató una vez.

La frase no fue un ataque. Fue un recordatorio.

Gabriel se dejó caer en la silla, como si de repente le pesaran las piernas.

Y en ese gesto, más que en cualquier palabra, quedó claro que no estaba protegiendo a un culpable, lo que parecía era que

estaba protegiéndose a sí mismo de la idea de haber criado a alguien capaz de repetir el horror.

CAPÍTULO 12

La conversación entre ellos se fue diluyendo en un silencio bastante incómodo, de esos que no llegan de golpe, sino que se cuelan despacio entre las palabras que se tratan de ocultar cuando ya no queda nada honesto que decir. Gabriel permanecía apoyado en el marco de la puerta del salón, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si ese gesto pudiera protegerlo de algo. Tenía la mirada fija, pendiente de cada movimiento de Lara y Velasco, como si temiera que en cualquier momento fueran a señalar un punto exacto de la casa y decir: ahí hay algo.

—De acuerdo —dijo Lara por fin, cerrando la carpeta—. De momento no tenemos más preguntas. Pero quiero que estés localizable, Gabriel. En cualquier momento. Si recordaras algo más, lo que sea, nos llamas. Y no hace falta decir que si Asier se pone en contacto contigo haz que vuelva, pregúntale donde está. Lo necesitamos cuanto antes.

Él asintió varias veces, quizá demasiadas.

—Claro. Sí. Por supuesto. No hay problema.

Velasco se levantó despacio. Observó de nuevo el interior de la casa: las luces eran demasiado tenues, insuficientes, y proyectaban sombras largas contra las paredes. Aquella penumbra no parecía ser algo casual, era como si ni el habitante de la casa quisiera ver lo que allí había. Una sensación de espacio cerrado, de aire que no terminaba de renovarse.

—Deberías encender alguna luz más —comentó, casi como una observación inocente.

Gabriel esbozó una sonrisa ladeada.

—Me gusta así. Es todo más tranquilo. La luz fuerte me pone nervioso.

No apartó la mirada de ellos mientras los acompañaba hacia la entrada. Caminaba un paso por delante, pero giraba la cabeza cada pocos segundos para comprobar que seguían ahí, que no se retrasaban, que no se detenían a mirar nada en concreto. O eso fue lo que le pareció a Lara.

En el recibidor, justo cuando Gabriel estaba a punto de girar el pomo de la puerta, se oyó un ruido.

No fue un crujido normal de madera. Tampoco el golpeteo irregular de una tubería. Fue un golpe seco, como si algo pesado hubiera caído o se hubiera desplazado bruscamente en el interior de la casa.

Velasco reaccionó al instante.

—¿Eso qué ha sido? —preguntó, girándose hacia el pasillo.

Gabriel tardó un segundo de más en responder. Sus dedos, que hasta entonces descansaban sobre el pomo de la puerta, se cerraron con fuerza, dejando los nudillos blancos.

—Nada —dijo al fin—. La casa hace ruidos raros. Ya veis que es vieja.

—¿Estás solo? —replicó Velasco, sin alzar la voz—. A mí me ha parecido un golpe, como si se hubiese caído algo.

Gabriel se encogió de hombros, pero su postura se había vuelto rígida. Tenía los hombros ligeramente elevados, como si esperara otro ruido en cualquier momento.

—A veces se caen cosas —añadió—. El techo de arriba está fatal, el aire se cuela por todas partes… no sé.

Lara no intervino. Se había quedado quieta, mirando al suelo.

La tarima, junto a la pared del recibidor, estaba marcada por arañazos profundos, concentrados siempre en la misma zona. No parecían muy antiguos: la madera estaba clara, recién arañada le pareció. Contra la pared, una cómoda estrecha sostenía una lámpara sin enchufar a la luz, pues el cable colgaba por delante, y un jarrón con flores de plástico. Todo estaba colocado como si su función no fuera decorar, sino ocultar.

Lara alzó la vista muy despacio.

—Curioso —murmuró—. Esta parte del suelo está más castigada que el resto de la casa.

Gabriel dio un pequeño paso atrás.

—Ahí antes había un mueble grande —explicó—. Lo quité hace poco. Ocupaba mucho espacio. Rayó el suelo al moverlo.

—¿Lo moviste tú solo? —preguntó Velasco.

—Sí… bueno, con ayuda —corrigió, demasiado deprisa—. Un amigo vino a echarme una mano.

—¿Qué amigo? —preguntó Lara, sin levantar la voz.

Gabriel abrió la boca. La cerró. Parpadeó.

—¿Eso es importante? —dijo al final—. Fue hace semanas, o quizá algún mes.

El silencio volvió, más profundo esta vez.

—Estaremos en contacto —dijo Lara, rompiéndolo—. No salgas del pueblo.

—No pensaba hacerlo —respondió Gabriel. Esta vez no sonrió.

Salieron al exterior. El viento era inexistente, y eso la hizo pensar de nuevo en el ruido que según Gabriel se debía al viento moviendo cosas. Rita los esperaba junto al coche, con los brazos cruzados sobre el pecho, el cuerpo inclinado hacia delante en un gesto de pura ansiedad.

—¿Estaba Gabriel? —preguntó nada más verlos.

—Sí —respondió Velasco mientras abría la puerta del copiloto—. Estaba en casa, pero sube al coche, Rita.

—Será mejor que me quede aquí, con él —susurró ella—. Le he llamado varias veces y no me contestaba.

Velasco la observó un segundo de más antes de hablar.

—Rita, no te fíes de nadie a ciegas. Ni siquiera de las personas que creemos conocer debemos hacerlo. Hay cosas que no nos han cuadrado esta noche.

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Que estemos alerta —intervino Lara con suavidad—. Por Noa. Por ti. Por todos.

Rita asintió despacio, pero el alivio había desaparecido de su rostro. En su lugar había quedado una inquietud muda, un presentimiento que no sabía explicar.

Cuando el coche arrancó y se alejaron por el camino estrecho, la casa de Gabriel quedó atrás, recortada contra la oscuridad del valle, con sus ventanas negras, y sin una sola luz encendida.

CAPÍTULO 13

El hostal se encontraba en el más absoluto de los silencios, todo estaba en calma, con esa quietud engañosa de los pueblos pequeños, donde la paz nunca es completa: crujidos de madera vieja, un grifo que gotea en alguna habitación lejana, el rumor apagado del mar llegando desde la costa como una respiración profunda y constante.

Velasco dormía. Lara, en cambio, llevaba un rato despierta. Tenía los ojos abiertos, fijos en el techo bajo, donde una grieta dibujaba una línea curva que parecía avanzar lentamente en la penumbra. Pensaba en la casa de Gabriel, en el valle encajonado, en aquella sensación desagradable de haber salido de allí con más preguntas que respuestas. Pensaba, sobre todo, en el modo en que él había evitado mirarla a los ojos.

El móvil vibró sobre la mesilla.

No sonó fuerte, pero en el silencio de la habitación el zumbido pareció diez veces mayor. Lara dio un pequeño respingo antes de alargar la mano. La pantalla iluminó el cuarto con una luz blanquecina que acentuó las grietas en las paredes.

—¿Sí? —dijo en voz baja, con el tono aún cargado de sueño.

Velasco se movió, gruñó algo ininteligible y se giró hacia ella.

—¿Qué pasa…? —murmuró, medio dormido.

Lara no respondió de inmediato. Escuchaba. La voz de Eider llegaba entrecortada, más aguda de lo normal.

—Perdona que te despierte —decía—, pero ha llamado un hombre ahora mismo. Está muy nervioso. Dice que su mujer ha desaparecido.

El corazón de Lara dio un golpe dentro de su cuerpo. Se incorporó, apoyando los pies descalzos en el suelo frío.

—¿Desaparecida? —repitió, ya sin preocuparse por bajar la voz—. ¿Desde cuándo?

Velasco abrió los ojos del todo al oír la palabra. Se sentó en la cama, pasando la mano por la barba de dos días.

—¿Otra? —susurró.

—¿Qué datos tienes? —preguntó Lara al teléfono, con la mirada clavada en la pared, como si allí pudiera materializarse la escena que Eider le estaba describiendo.

—Se llama Maite Etxaniz, treinta y nueve años —respondió Eider—. Según su marido, salió de casa esta tarde y no ha vuelto. No le coge el teléfono. No es habitual en ella, dice. He intentado que se calmara, pero estaba casi llorando. Apenas podía hablar al principio.

Lara apretó los labios.

—¿Has comprobado si hay denuncia previa, conflictos familiares, algo?

—Nada en el sistema. He empezado a hacerle las preguntas básicas: con quién suele quedar, si ha tenido problemas últimamente, si ha cambiado alguna rutina… Me ha dicho que discutieron esta mañana, una tontería, palabras suyas. Que ella salió enfadada, pero que no es la primera vez y siempre vuelve.

Velasco se levantó y empezó a buscar la camisa.

—Siempre suelen decir que es una tontería hasta que deja de serlo. No descartemos que el marido quiera que parezca un secuestro de otra persona cuando puede haber sido él mismo el que le ha hecho algo —murmuró.

—Ajá —dijo Eider a través del teléfono.

—¿Le has dicho que venga a comisaría? —preguntó Lara.

—Sí, está de camino. Viene en coche desde su casa. Le he pedido que traiga una foto reciente de ella y que piense en cualquier detalle raro de los últimos días. He notado que… —Eider dudó un segundo—, que minimizaba mucho las cosas. Como si no quisiera contarlo todo.

—Bien hecho —dijo Lara—. Vamos para allí ahora mismo.

Colgó despacio, como si al hacerlo pudiera romper el teléfono. Durante un instante se quedó sentada en el borde de la

cama, con el móvil aún en la mano.

—Otra mujer —dijo en voz baja—. Y un marido que dice que discutieron antes de que ella desapareciera.

Velasco se calzó las botas con movimientos rápidos, automáticos.

—Puede ser casualidad —dijo, aunque su tono no sonaba convencido—. En pueblos pequeños todo acaba pareciendo conectado.

—O puede que no lo sea —replicó Lara, cogiendo la chaqueta—. Y que estemos mirando al sitio equivocado.

Salieron de la habitación sin encender la luz del pasillo. Las escaleras del hostal crujieron bajo sus pasos, como si protestaran por ser despertadas a esas horas. La puerta de la calle se cerró tras ellos con un chasquido.

La noche los envolvió de inmediato. El aire era frío y húmedo, cargado de salitre. A lo lejos, el mar rompía contra las rocas con una cadencia lenta, casi hipnótica. El coche patrulla esperaba bajo una farola que parpadeaba, proyectando sus sombras mientras se acercaban inestables sobre el asfalto.

Cuando Velasco arrancó, Lara se giró un instante para mirar el hostal.

La sala de atención al ciudadano estaba iluminada con un fluorescente cansado que hacía que los colores parecieran siempre un poco más apagados de lo que eran en realidad. Eider estaba sentada al otro lado del mostrador, con un cuaderno abierto y un bolígrafo entre los dedos. Había aprendido a escribir rápido, a no perder detalles.

El hombre que tenía delante no dejaba de frotarse las manos.

—Tranquilo, respire un poco —le dijo con suavidad—. Vamos a ir paso a paso, ¿de acuerdo? Dígame su nombre completo.

—Unai Salazar —respondió él—. Mi mujer… mi mujer se llama Maite. Maite Etxaniz.

Eider asintió, anotando.

Unai era de complexión normal, ni alto ni bajo, con la ropa todavía arrugada como si se la hubiera puesto a toda prisa. Tenía los ojos enrojecidos, pero no parecía que hubiese llorado. Cada vez que decía el nombre de su mujer, se le tensaba el cuerpo al completo.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó Eider.

—Esta tarde. Sobre las seis y media, más o menos. Salió de casa… —tragó saliva— salió enfadada. Tuvimos una discusión tonta, una tontería de pareja. Yo… yo ni siquiera recuerdo bien por qué empezó. Cosas del día a día.

—¿A dónde dijo que iba?

—No dijo nada. Cogió el abrigo y las llaves y salió. Pensé que iría a dar una vuelta para despejarse, como otras veces. Siempre vuelve pasadas unas horas, a veces va a casa de su madre, otras se va a pasear ella sola, y en alguna ocasión se ha ido a casa de Rita...

La frase se le quedó colgando en el aire, incompleta.

Eider levantó la vista del cuaderno.

—¿Has dicho Rita? Entiendo que es amiga de la madre de Noa, la desaparecida… —Giró la cabeza un poco para escuchar con más atención lo que Unai dijera— Y dime, ¿es habitual que apague el móvil o que no responda durante horas?

—No. Bueno no sé, la verdad es que nunca la he llamado, entienda que si me enfado lo último que quiero es hablar con ella por teléfono. Pero ella siempre suele tardar en contestar si está con amigas o en el trabajo, pero siempre responde, o devuelve la llamada. Esta vez no… —negó con la cabeza, como si el gesto pudiera desmentir la realidad—. La he llamado mil veces. Le he escrito. Nada, ni un simple mensaje por su parte.

Eider tomó nota del número de teléfono, de la ropa que Maite llevaba puesta al salir —un abrigo oscuro, unos vaqueros, unas zapatillas claras—, de los lugares donde solía ir cuando necesitaba estar sola. Unai respondía con un esfuerzo visible por ser preciso, como si temiera que un detalle mal dicho pudiera condenar a su mujer a no ser encontrada.

La puerta de la comisaría se abrió entonces con un chirrido leve. Lara y Velasco entraron todavía con la chaqueta puesta,

arrastrando consigo el aire frío de la noche. Eider levantó la cabeza al verlos y les hizo un pequeño gesto con la barbilla.

—Son los inspectores —le explicó a Unai—. Llevan el caso de la otra desaparición. Van a hacerse cargo a partir de ahora.

Unai se giró hacia ellos casi con alivio, como si su presencia diera de pronto más peso a la situación, como si ahora sí fuera real que iban a buscar a su mujer.

—Por favor —dijo, levantándose a medias de la silla—. Yo solo quiero que la encuentren. Maite no… no se va así porque sí. Algo ha pasado, seguro.

Lara le sostuvo la mirada con una seriedad tranquila.

—Vamos a hacer todo lo posible —dijo—. Pero necesitamos que confíe en nosotros y nos cuente cualquier cosa que se le ocurra, por pequeña que le parezca.

Velasco se apoyó en el borde de la mesa, adoptando una postura menos intimidante de lo que su tamaño sugería.

—No se preocupe vamos a ayudarle, además no debemos descartar que se haya ido ella por su cuenta —añadió—. Ahora mismo, lo importante es reconstruir las últimas horas de su mujer. Cada paso que dio antes de desaparecer puede ayudarnos a encontrarla.

Unai asintió varias veces, con un gesto torpe, casi infantil.

—Lo que haga falta —repitió—. Lo que haga falta.

Durante unos minutos se hicieron muchas preguntas, se obtuvieron respuestas, papeles que se rellenaban, después sobre la mesa Unai dejó una foto que sacó de la parte trasera del móvil —Maite sonriendo en una terraza, el sol cayendo sobre su cara—. No había nada oscuro, nada que oliera a mentira. Solo la angustia al parecer sincera de un hombre que teme no volver a ver a la persona con la que se ha acostumbrado a compartir la vida.

Cuando Unai salió de la sala para que tramitaran la denuncia formal, Eider se quedó mirando la foto unos segundos más de lo necesario.

—Parece buena gente —murmuró.

Lara no respondió de inmediato. Tenía la vista perdida en el pasillo por el que se había ido el hombre.

—Las desapariciones siempre empiezan así —dijo al final—. Con alguien que, de pronto, deja de estar donde debería. Pero no nos dejemos llevar por lo que la gente parece. Tú también parecías buena gente cuando te vi por primera vez.

Velasco cruzó los brazos.

La noche seguía ahí fuera, intacta, como si no le importara que otra mujer acabara de borrarse del mapa.

CAPÍTULO 14

Lara se inclinó sobre el lavabo, apoyando ambas manos en el borde, y dejó que el agua fría le corriera por la cara. Alzó la vista hacia el espejo y se quedó mirándose, con los labios fuertemente apretados, como si intentara convencerse de algo que no terminaba de creerse. Parpadeó varias veces y se pasó las manos por las mejillas, arrastrando el cansancio hacia los lados junto con las gotas de agua.

—No puede ser tan difícil… —susurró, más para sí misma que para nadie.

La puerta se abrió a su espalda.

—Lara —dijo Velasco en voz baja, con cuidado—. ¿Puedo pasar?

Ella no se giró.

—Pasa —respondió, con un hilo de voz.

Velasco avanzó un par de pasos y se detuvo a su lado. La observó a través del reflejo del espejo, leyendo en su postura encorvada algo que conocía bien.

—Te he buscado por toda la planta —comentó—. Eider me dijo que estabas aquí.

Lara se encogió ligeramente de hombros.

—Necesitaba… un minuto —dijo, tragando saliva—. Unai no nos ha dado nada. Nada útil. Y Noa lleva días desaparecida. Y ahora otra mujer. —Negó con la cabeza, frustrada—. Siento que vamos siempre un paso por detrás. Ahora creo que unos diez pasos, estamos muy lejos.

Velasco ladeó la cabeza y habló con un tono más suave.

—No es verdad que no tengamos nada. Tenemos piezas sueltas. Y tiempo… aunque no sea el que querríamos.

—Eso no consuela —replicó Lara, girándose por fin para mirarlo—. No cuando sabes que hay alguien ahí fuera esperando a que lleguemos para salvarlas, y todo apunta que va a ser tarde.

Velasco levantó la mano despacio, como pidiendo permiso, y le rozó la muñeca con los dedos.

—Mírame —le pidió.

Ella sostuvo su mirada unos segundos. La dureza que mostraba fuera se resquebrajó un poco.

—Estoy cansada —admitió—. Y no solo por el caso.

Velasco dio un paso más y se colocó frente a ella. Le apartó con cuidado un mechón de pelo húmedo de la frente.

—No tienes que ser de piedra todo el tiempo —dijo—. Aquí, conmigo, no.

Lara apretó los labios, conteniendo algo que le subía al pecho. Velasco, al notarlo, se acercó más y la rodeó con los brazos, apoyando la barbilla cerca de su hombro.

—Estamos haciendo todo lo que podemos —añadió en voz baja—. Y lo vamos a resolver. No parece que vaya a ser hoy, mañana quizá, pero lo haremos.

Lara dejó escapar el aire lentamente. Sus manos, tensas, se relajaron poco a poco y acabaron apoyándose sobre los antebrazos de Velasco, como si aquel contacto le diera esa fuerza que necesitaba para sostenerse.

—A veces me olvido de respirar —confesó.

—Para eso estoy yo —respondió él con una media sonrisa que ella no vio, pero sintió en el tono.

Velasco inclinó la cabeza y le dio un beso breve en el cuello, casi un gesto de consuelo. Lara cerró los ojos y un leve gemido se le escapó sin querer. Se giró hacia él, buscándolo.

—No deberíamos… —dijo, aunque no se apartó.

—Lo sé —contestó Velasco, con la voz grave—. Pero tampoco deberíamos olvidarnos de que seguimos vivos.

La besó con suavidad, sin prisa, como quien ofrece refugio más que urgencia. Lara respondió al beso, apoyando una mano en su pecho, notando el latido acelerado bajo la tela. Cuando se separaron, ella respiraba hondo.

—Este caso me está superando —dijo ella, recomponiéndose poco a poco.

—No digas eso —asintió Velasco—. Estos casos son los que nos recuerdan porqué nos hicimos policías y quizá te ayuda a recordar por qué merece la pena seguir.

Lara apoyó la frente contra la suya un instante más, cerró los ojos y luego se apartó con una determinación renovada.

—Vamos —dijo—. Noa no va a aparecer sola.

Velasco le dedicó una mirada cargada de complicidad.

—A sus órdenes, inspectora.

Ella esbozó una sonrisa mínima, abrió la puerta del baño y volvió al pasillo. El trabajo las esperaba, implacable.

CAPÍTULO 15

Rita llevaba todo el día con la sensación de que algo no encajaba. No era nada concreto, solo ese runrún incómodo que se te mete en el cuerpo cuando alguien a quien crees que conoces bien empieza a comportarse de una manera que no reconoces.

Gabriel había llegado hacía un rato. Al principio estuvo callado, bastante más de lo normal. Luego empezó a moverse por la casa sin parar. Abría puertas y miraba en su interior, entraba en habitaciones para salir al momento, se quedaba de pie en mitad del pasillo como si se le hubiera olvidado a qué iba.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Rita desde la cocina, intentando sonar normal.

Gabriel no respondió.

—Gabriel.

Él se giró despacio. Tenía la cara desencajada, los ojos rojos, como si no hubiera dormido en días.

—Lo he hecho mal —dijo de repente—. Todo esto lo he hecho mal.

Rita frunció el ceño.

—¿El qué has hecho mal? ¿De qué hablas?

Gabriel se pasó una mano por la cara, nervioso, como si quisiera borrarse los pensamientos.

—Nada, nada… —murmuró—. Da igual.

Empezó a caminar otra vez, de un lado a otro del salón. Rita dejó la taza en la encimera.

—Oye, para un poco, ¿quieres? —le pidió—. Me estás poniendo nerviosa. ¿Te ha pasado algo con la policía o qué?

Gabriel se giró de golpe.

—No tienes ni idea de lo que me pasa, ni de lo que he pasado en esta vida —espetó—. No sabes nada.

El tono la pilló desprevenida.

—Vale, no sé nada —contestó ella, intentando no perder la calma—, por eso te pregunto, para que me lo cuentes.

Durante un segundo pensó que iba a echarse a llorar. Y de hecho lo hizo al cabo de un rato. Gabriel se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar sin hacer ruido, los hombros le temblaban.

—No tenía que haber llegado tan lejos… —murmuró—. No debí acogerlo.

Rita dio un paso hacia él, pero se frenó al ver cómo levantaba la cabeza de golpe.

—Sois todas iguales —dijo, con la voz rota pero cargada de rabia—. Todas mentís. Todas vais de buenas y luego…

—¿Qué dices? —Rita se quedó helada—. ¿De qué estás hablando?

—Sal de mi vista —le gritó de repente—. ¡Sal! ¡Sois unas cerdas mentirosas!

Aquello ya no era una discusión normal. Rita sintió un vuelco en el estómago. El miedo la invadió de golpe.

—¿Pero tú estás bien de la cabeza o qué te pasa hoy? —le soltó, más dolida que enfadada.

Gabriel la miró con los ojos brillantes.

—Menos mi hija —añadió de pronto, bajando el tono—. Ella no era así. Ella era un ángel. Mi niña no hacía daño a nadie…

Y otra vez el llanto. Y otra vez el cambio brusco.

Rita no quiso saber qué venía después. Dio media vuelta y se fue directa al baño. Cerró la puerta y echó el pestillo con manos torpes y temblorosas. Se apoyó contra la madera, respirando rápido.

A los pocos segundos, Gabriel llegó al otro lado.

—Rita, abre —dijo, esta vez con voz cansada—. No te pongas así. No te enfades conmigo, necesito que estés cerca de mí.

Ella no respondió.

Un golpe seco en la puerta la hizo pegar un respingo.

—Abre, joder. Abre la puta puerta de una maldita vez.

Otro golpe.

—Todas sois iguales… —murmuró—. Todas mentís… y luego vais de víctimas… Sois unas guarras, ¡sucias!

Rita sacó el móvil con el pulso temblándole. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la bañera, y marcó el número que le había dado Velasco el día anterior.

—¿Diga? —respondieron al otro lado.

—S-soy Rita… —habló muy bajito—. Estoy en mi casa… con Gabriel… y está… raro.

—Rita, soy Velasco. ¿Qué pasa exactamente?

—No para de decir cosas sin sentido… que lo ha hecho mal… que todo está mal… —susurró—. Me ha gritado… me ha llamado guarra… y ahora está fuera de la puerta del baño.

Al otro lado se hizo un silencio breve.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Velasco.

—No… pero me da miedo cómo está —respondió—. No es normal. No es él.

Se oyó otro golpe en la puerta.

—Rita —dijo Gabriel desde fuera, con voz quebrada—. Abre… no me dejes solo…

Velasco se levantó de golpe.

—Rita, quédate dónde estás. No abras. Vamos para allá ahora mismo. ¿Vale?

—Vale… —susurró ella, tragando saliva—. Por favor, venid rápido. Creo que va a tirar la puerta abajo.

Colgó y se quedó en silencio, escuchando la respiración de Gabriel al otro lado de la puerta, con la sensación de que algo había ocurrido aquella noche… y que ya no iba a ser tan fácil descubrir el qué.

CAPÍTULO 16

Rita llevaba un rato sentada en el suelo del baño, con la espalda apoyada en la bañera y las rodillas recogidas contra el pecho. Al otro lado de la puerta ya no se oían golpes. Ese silencio le daba más miedo que los gritos.

—Gabriel… —lo llamó después de un rato, en voz baja—. Estás ahí, ¿verdad?, dime qué pasa. No eres tú.

No hubo respuesta inmediata. Cuando él habló, lo hizo con un tono extraño, casi cansado.

—Estoy harto de hacer ver que todo está bien.

Rita tragó saliva.

—No tienes que hacerlo conmigo. Yo estoy aquí contigo, ¿vale? Solo… cálmate un poco.

—¿Qué me calme? —se rio sin humor—. ¿Tú sabes lo que es ver cómo todo se te va de las manos?

Rita cerró los ojos un segundo.

—Lo que sé es que estás diciendo cosas que no tienen sentido. Me has asustado, Gabriel. Nunca te había visto así.

Él soltó una carcajada breve.

—Claro que no. Porque siempre me he callado lo que pienso para parecer que soy otra persona, la persona a la que quieres tener a tu lado.

Se hizo un silencio incómodo. Rita se atrevió a preguntar:

—¿Esto tiene que ver con mi hija?

Al otro lado de la puerta, Gabriel resopló.

—Tu hija… —repitió—. ¿Sabes lo que has hecho? 1pues te lo diré: criar a una golfa sin darte cuenta. Creer que la estás educando bien y descubrir que se ha convertido en… en lo que se ha convertido. En una sucia.

Rita notó cómo se le encogía el estómago.

—No hables así de mi hija.

—¿Cómo quieres que hable? —escupió—. Se le iba la vida enseñando más de lo que debía, calentándole la bragueta a cualquiera que se le pusiera delante. Y luego todos a hacerse los sorprendidos cuando desaparece. Estamos rodeados de una sociedad falsa.

—Eso no te da derecho a decir esas barbaridades —replicó Rita, con la voz temblándole.

—Derecho no, pero ganas me sobran —respondió él—. Y al final alguien tenía que ponerle freno a ciertas cosas.

Rita se quedó helada.

—¿Qué estás diciendo?

Gabriel se rio de nuevo, esta vez más alto.

—Que el pobre de Asier no pudo hacer otra cosa que enseñarle modales.

El corazón le dio un golpe fuerte en el pecho.

—¿Qué has dicho?

—Lo que has oído.

Rita se levantó de golpe, apoyando la palma en la puerta.

—Eres un puto enfermo —le gritó—. Mi hija es menor, ¿me oyes? ¡Es una cría! Si le has hecho algo te juro que te mato. Te juro que te mato.

Gabriel pareció disfrutar de su reacción.

—Eso, eso… —dijo con voz provocadora—. Sal aquí. Hablaremos de Noa cuando estemos cara a cara.

Rita dio un paso atrás, de pronto consciente de lo que estaba intentando.

—No —dijo, con un hilo de voz que fue ganando firmeza—. Eso es lo que quieres. Que salga. ¿Para qué? ¿Para hacerme daño? ¿Para callarme? Porque ahora ya lo sé. Ahora sé que eres el culpable de la desaparición de Noa.

El silencio al otro lado de la puerta fue total.

—No sabes nada.

—Ahora ya sé que eres culpable —continuó Rita, respirando rápido—. Algo le has hecho a mi hija. Eres un cobarde, Gabriel. Un

puto cobarde. Dime dónde está Noa. ¿Qué le has hecho?

No hubo respuesta.

—¿Me oyes? —gritó, con la voz rota—. Más te vale que esté viva, hijo de puta. Más te vale, porque si no, juro que te corto el cuello como hiciste con esa pobre mujer. ¡Que fuiste tú, desalmado!

Siguió hablando, insultándolo, llamándolo de todo, con la garganta ardiéndole… hasta que se dio cuenta de algo.

No se oía nada. Ni respiración. Ni pasos. Ni su voz. El silencio era distinto. Todo estaba en calma.

Rita se quedó quieta, conteniendo el aire. Se acercó despacio a la puerta y apoyó la oreja en la madera. Nada.

Un miedo frío le recorrió la espalda.

En la cocina, Gabriel rebuscaba en el cajón de los cubiertos. Sus manos temblaban, pero su cara ya no mostraba rabia ni llanto. Solo una concentración tensa. Sacó un cuchillo largo, lo sostuvo un segundo, como si valorara su peso, y volvió sobre sus pasos sin hacer ruido.

Se detuvo frente a la puerta del baño. Observó el picaporte, los tornillos que lo sujetaban, como si midiera el tiempo que tardaría en desmontarlo.

Alzó el cuchillo.

Y, al otro lado, Rita no sabía que el peligro ya no estaba en sus gritos, sino en su silencio.

El primer golpe contra la puerta de la casa resonó en el recibidor.

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

Dentro del baño, Rita dio un respingo. Se llevó la mano a la boca para no gritar. El corazón le latía tan fuerte que le retumbaba en los oídos.

—¿Gabriel? —susurró, sin saber por qué—. ¿Has oído eso?

No obtuvo respuesta.

Al otro lado de la puerta del baño, Gabriel ya había conseguido arrancar la manecilla. El metal había cedido con un

chasquido y ahora el hueco oscuro del mecanismo quedaba al descubierto. Se inclinó, acercó el ojo, tanteó con el cuchillo el interior del hueco, buscando el punto justo para forzar el pestillo.

—Ya está… —murmuró para él.

Otro golpe, más fuerte, sacudió la puerta principal.

—¡Policía! ¡Último aviso!

Gabriel apretó la mandíbula. Miró un segundo hacia el pasillo, como calculando si le daba tiempo. Volvió al baño. Introdujo la punta del cuchillo en el mecanismo y empezó a hacer palanca.

La puerta crujió.

Dentro, Rita retrocedió hasta chocar con la pared. Resbaló un poco y apoyó la mano en la taza del váter para no caerse.

—No… no, no… —susurró asustada—. Por favor…

El pestillo cedió unos centímetros.

En ese instante, la puerta del piso se vino abajo con un estruendo. La madera saltó en astillas y el marco crujió al ceder.

—¡Al suelo! ¡Policía! —gritó Velasco, entrando el primero con su arma en alto.

Lara fue justo detrás, escaneando el pasillo.

—¡Gabriel! ¡Tira el arma y pon las manos donde pueda verlas!

Gabriel giró la cabeza, sorprendido, con el cuchillo aún metido en el mecanismo de la puerta del baño. Durante una fracción de segundo pareció no entender qué estaba pasando. Luego, su cara reflejó una mueca de rabia.

—Llegáis tarde —masculló.

Arrancó el cuchillo del picaporte y se giró de golpe.

No llegó a dar ni dos pasos.

Velasco se le echó encima con todo el peso del cuerpo. El golpe lo lanzó contra la pared del pasillo. El cuchillo salió volando y chocó contra el suelo, deslizándose hasta quedar bajo un mueble.

Gabriel gruñó y trató de revolverse, lanzó un manotazo a ciegas, rozándole el brazo a Velasco.

—¡Quieto! —rugió Lara, cayendo sobre él por el otro lado.

Entre los dos lo tiraron al suelo. Gabriel pataleó, intentó zafarse, pero Velasco le retorció el brazo a la espalda y le clavó la rodilla entre los omóplatos.

—No hagas que te rompa algo —le susurró al oído.

Lara le esposó las muñecas con un chasquido metálico.

—Tranquilo —dijo—. Se ha acabado.

Gabriel respiraba agitado, con la cara aplastada contra el suelo.

—No sabéis lo que hacéis —escupió—. No tenéis ni idea.

Velasco levantó la vista hacia la puerta del baño.

—¿Rita? —llamó—. Ya puedes salir. Está controlado.

La puerta se abrió despacio. Rita asomó la cabeza primero, con los ojos enrojecidos y el pelo pegado a la cara por el sudor. Cuando vio a Gabriel reducido en el suelo, las piernas le fallaron un poco y tuvo que apoyarse en el marco.

—Iba a abrir… —dijo, señalando el picaporte destrozado—. Lo había quitado.

Velasco apretó los dientes.

—Lo sabemos. Has hecho bien en encerrarte y llamarnos.

Rita dio dos pasos hacia ellos, temblando de arriba abajo. Señaló a Gabriel con el dedo.

—Ha sido él —soltó de golpe, sin rodeos—. Me lo ha dicho. Se ha reído. Ha hablado de Noa como si… como si fuera basura. Ha dicho que alguien le debía enseñar modales. Que… que no había podido evitarlo.

El pasillo se llenó de un silencio mortal.

Velasco se agachó un poco para quedar a la altura de Gabriel.

—¿Dónde está Noa? —preguntó despacio—. ¿Qué le has hecho a la hija de Rita?

Gabriel levantó la cabeza lo justo para mirarlo. Sonrió de medio lado, con una mueca de burla.

—No tenéis pruebas de nada de lo que decís.

Lara le dio un tirón seco del brazo para levantarlo.

—Las tendremos. Y más te vale empezar a hablar ya.

Rita dio un paso al frente, con los ojos clavados en él.

—¿Dónde está mi hija, Gabriel? —le gritó—. ¡Dímelo ahora!

Gabriel no respondió. Solo bajó la mirada.

Y ese silencio, más que cualquier palabra, dejó claro que la pesadilla no había hecho más que empezar.

El coche patrulla avanzaba despacio por las calles casi vacías del pueblo. Las farolas dibujaban sombras largas sobre el asfalto mojado por la humedad de la noche. Gabriel iba sentado en la parte trasera, con las manos apoyadas en los muslos, con las esposas puestas. No había dicho ni una palabra cuando le pidieron que los acompañara. Miraba al frente, la mandíbula tensa, como si llevara rato masticando algo amargo.

Velasco conducía. Lara iba en el asiento del copiloto, en silencio, observándolo de reojo a través del retrovisor. Gabriel no parecía nervioso en el sentido clásico. No sudaba ni se removía incómodo en el asiento. Lo que transmitía era otra cosa: una quietud extraña, como si se estuviera conteniendo para no estallar.

—No hace falta que me traten como a un criminal —dijo Gabriel al cabo de un rato—. Ya he dicho que no he hecho nada.

Velasco no respondió. Se limitó a frenar frente a la comisaría.

Dentro, el ambiente era el habitual de madrugada: luces frías, el murmullo lejano de una radio, el tecleo de un ordenador en alguna oficina.

Eider levantó la vista al verlos entrar.

—¿Es él?

Velasco la miró, pero no respondió.

—Tráenos agua y café a la sala dos.

Gabriel caminó entre ellos con paso firme, pero al cruzar el pasillo su seguridad pareció resquebrajarse por un segundo. La sala de interrogatorios no tenía ventanas. Solo una mesa metálica, tres sillas y una cámara en una esquina. El aire era denso, cargado de algo que no se veía, pero se sentía.

Velasco cerró la puerta.

—Siéntate, Gabriel. Imagino que sabrás que por lo que acabas de hacer, te quedas detenido —le dijo.

Gabriel ladeó la cabeza, con gesto burlón.

—Tiene gracia, ella es la infiel y yo voy a prisión. ¿Sabéis que le puso los cuernos a su marido conmigo? —respondió—. Eso no es delito, ¿no?

Velasco no le contestó.

—Esto es un error —dijo—. Yo no tengo nada que ver con la desaparición de Noa.

Lara se sentó frente a él. No sacó la carpeta aún. Lo miró unos segundos, sin prisa.

—Antes de que empecemos —dijo—, vamos a aclarar una cosa. No te hemos detenido de momento por la desaparición de Noa, es por otro motivo. Rita nos llamó para pedirnos ayuda, parecía que habías perdido la cabeza y pretendías hacerle daño.

—No es verdad.

—Está bien, entonces cómo explicas que te encontrásemos desatornillando un picaporte de una puerta y ella estuviese al otro lado asustada.

—Sobre eso no voy a responder hasta que mi abogado esté presente —respondió Gabriel.

Velasco apoyó las manos en la mesa.

—Venga, Gabriel, haz el favor de contarnos lo que está pasando.

—Ya os he dicho todo lo que os tenía que decir.

—No. Has dicho lo que te ha convenido decir.

Gabriel alzó una ceja, fingiendo sorpresa.

—¿Perdona?

—Has cambiado tu versión dos veces desde ayer —continuó Velasco—. Primero dijiste que Noa apenas iba por tu casa. Luego que sí iba, pero que nunca se separaba de su madre. Después mencionaste que igual alguna vez se quedó allí mientras Rita fue hacer la compra para la cena…

Gabriel chasqueó la lengua.

—Eso no es cambiar la versión. Eso es no acordarse de cada detalle de la vida de una adolescente. No le veo importancia.

Lara abrió la carpeta por fin.

—Dime, ¿conocía a Asier?

Gabriel apretó los labios.

—Asier no tiene nada que ver con esto.

—Eso lo decidirá la investigación —replicó Velasco—. Tú, de momento, explícanos por qué le dijiste a Rita que tú habías hecho algo mal.

Gabriel levantó la mirada, rápido.

—Yo no he dicho eso.

—Rita asegura que sí —intervino Lara—. Que estabas alterado. Que repetías que lo habías hecho mal.

Gabriel soltó una risa corta, sin humor.

—Rita estaba nerviosa. Se inventa cosas cuando se pone así.

Velasco lo observó con atención.

—¿Estaba nerviosa… o estabas nervioso tú?

Silencio por parte de Gabriel.

Gabriel se movió en la silla. Cruzó las piernas. Descruzó. Volvió a apoyar los brazos en la mesa.

—Mira, llevo días sin dormir bien. Me han removido cosas del pasado. Mi hija murió. Ahora ha desaparecido otra chica joven en el pueblo. ¿Tú sabes lo que es que te despierten recuerdos así? Igual dije alguna tontería, pero no en el sentido que queréis darle.

Lara se inclinó un poco hacia delante.

—¿Qué recuerdos?

Gabriel se encogió de hombros.

—Los normales. La culpa de no proteger a Itziar, imagino. Lo que podría haber hecho mejor. Lo que no hice.

—¿Culpa de qué, Gabriel? —preguntó Velasco.

Gabriel apretó la mandíbula.

—De no haber sido mejor padre.

Lara sostuvo su mirada.

—¿Y eso tiene algo que ver con Noa?

—No —respondió él enseguida—. No tiene nada que ver.

Velasco abrió otra carpeta.

—Vamos a hablar de Asier.

Gabriel se puso rígido.

—Ya os dije que está en Valencia.

—Con un familiar —añadió Lara—. ¿Con cuál?

—Con… con un primo de su madre.

—Nombre.

Gabriel dudó.

—No me acuerdo, también lo dije.

Velasco frunció el ceño.

—No recuerdas el nombre del familiar con el que está tu hijo menor de edad, a cientos de kilómetros.

—Él sabe apañárselas solo —saltó Gabriel—. Tiene dieciséis.

—Exacto —respondió Velasco—. Menor de edad.

Gabriel se recostó en la silla, incómodo.

—No lo controlo todo. Asier es complicado.

—Complicado cómo —preguntó Lara.

—Rebelde. Hace lo que le da la gana.

CAPÍTULO 17

Rita se había quedado sentada en el sofá, envuelta en una manta que no lograba detenerle el temblor. Tenía los ojos muy abiertos, clavados en la puerta del baño. La manecilla arrancada colgaba por uno de los tornillos que Gabriel no había conseguido quitar. La psicóloga del cuerpo permanecía a su lado, inclinada hacia ella, hablándole en voz baja.

—Ya está, Rita… ya ha pasado. Estás a salvo.

Rita asintió, pero seguía con la mirada perdida, como si la escena se repitiera una y otra vez en su cabeza. Cada vez que alguien se movía por el pasillo, daba un pequeño respingo.

Mientras tanto en comisaría, la sala de interrogatorios se volvió pequeña al tener que compartirla con aquel hombre al que casi no reconocían. Con una luz blanca que caía sin piedad sobre la mesa metálica. Gabriel estaba sentado con las manos esposadas delante, moviendo los dedos como si no supiera qué hacer con ellos. Tenía la mirada inquieta, pero la postura relajada, casi chulesca.

Velasco se apoyó en la pared, con los brazos cruzados. A Lara le costaba mantener la calma, se levantaba y sentaba frente a Gabriel, y por última vez abrió la carpeta despacio, dejando que el silencio se alargara unos segundos más de lo que era necesario.

—Vamos a volver al principio, Gabriel, estás irreconocible. Empecemos por lo que ha pasado esta noche —dijo ella—. Amenazas, intento de agresión y resistencia. No es poca cosa.

Gabriel se encogió de hombros.

—Esa mujer estaba fuera de sí. Yo no le hice nada.

—Intentaste entrar al baño por la fuerza —replicó Velasco—. Con un cuchillo en la mano.

—Eso lo dice ella —contestó él, con una mueca—. Yo solo quería que saliera para hablar. Estaba preocupado. Como no respondía pensé que le había ocurrido algo dentro del baño, por ese motivo desmonté la manecilla de la puerta.

Lara lo observó unos segundos antes de continuar.

—Rita asegura que tú le hablaste de su hija, de Noa. Que le diste a entender que sabías algo de su desaparición. Incluso recuerda que en algún momento de la conversación reconociste que eras el culpable.

Gabriel frunció el ceño, como si de repente no entendiera la conversación.

—No sé de qué me hablas. Esa mujer está trastornada. Se inventa cosas.

—También dijo que hablaste de tu hija —añadió Lara.

Durante un instante, el gesto de Gabriel se tornó oscuro. No fue mucho, fue una mirada hacia abajo, un movimiento de ojos más lento de lo normal, pero Velasco lo notó.

—De mi hija no hablo con nadie —dijo él, de repente más seco—. Y menos aquí.

Velasco se inclinó un poco hacia delante.

—No te pedimos que hables de tu hija. Te pedimos que expliques por qué estabas fuera de control, por qué esa mujer salió convencida de que tú sabes algo sobre la desaparición de su hija.

Gabriel se recostó en la silla.

—No sé nada de ninguna cría. Y no pienso decir nada más sin un abogado.

Lara cerró la carpeta con un gesto tranquilo.

—De acuerdo. Te quedas detenido por lo ocurrido con Rita. Ya hablaremos cuando tengas ganas de colaborar.

Gabriel sonrió de nuevo, con esa sonrisa ladeada que parecía hecha para provocar.

—Siempre creen que tienen algo… y luego resulta que no hay nada. Yo ya conozco bien como funcionáis, recordar que estuve en este lugar hace unos años.

Velasco lo miró con frialdad.

—Eso ya lo veremos.

A Gabriel se lo llevaron esposado, con la respiración aún desacompasada y la camiseta pegada al cuerpo debido al sudor. No opuso resistencia, pero caminó entre los agentes con una sonrisa de esas que parecía una provocación. A Velasco le dio la sensación de que aquel tipo disfrutaba aunque fuera un poco del espectáculo.

CAPÍTULO 18

Horas más tarde, Rita estaba sentada en una de las salas pequeñas de atención a víctimas. La psicóloga había sugerido que no se quedase sola aquella noche. Así que sostenía en su mano un café que no había probado. Tenía los dedos tan apretados alrededor del vaso que parecía que fuera a romperlo. Cuando vio entrar en aquella sala a Velasco y Lara, levantó la cabeza de golpe.

—¿Ha dicho algo? —preguntó, con la voz ronca.

—Lo niega todo —respondió Lara—. Pero necesitamos que nos cuentes exactamente qué te dijo. Sin adornos, aunque sea duro. Intenta repetir sus palabras.

Rita cerró los ojos un momento, como si estuviera volviendo a oír la voz de Gabriel detrás de la puerta del baño.

—Primero empezó a desvariar con su hija… decía que era un ángel, que él tenía que haber hecho más por ella. Después continuó hablando de Noa, la voz le cambió como si hablase otra persona. Me recriminaba que no la hubiese educado como debía… Luego se rio. Se rio de mí —Yo me lo estaba imaginando con los ojos llenos de rabia, y sentí miedo—. Y me dijo que a mi hija alguien le había tenido que enseñar modales.

Velasco notó cómo comenzaba a temblar.

—¿Mencionó a Asier?

Rita asintió despacio.

—Sí. Dijo su nombre. Dijo que el pobre no había tenido otra opción. Yo no sé qué quiso decir con eso, pero… —tragó saliva—. Él sabe algo. Estoy segura.

Lara tomó nota con calma.

—Hiciste lo correcto llamándonos, Rita. Cualquier cosa más que recuerdes, por mínima que sea, puede ser importante.

Rita asintió, agotada.

En el pasillo, Eider se les acercó con el móvil aún en la mano.

—La mujer de Unai sigue sin aparecer —informó—. Creo que deberíamos centrar todos los recursos en eso antes de ir a la casa de Gabriel.

Velasco la miró en silencio. Luego miró a Lara. El gesto fue mínimo, pero ellos dos ya habían aprendido a leer sus gestos. Eran ya muchos años juntos.

—No es incompatible —dijo Lara—. Lo de Rita es grave, y Gabriel acaba de mostrarnos una cara que no conocíamos.

—Pero no tenemos nada sólido que lo relacione con la desaparición de la chica —insistió Eider.

—Precisamente por eso hay que registrar su casa —respondió Velasco—. A ver si encontramos algo que no nos cuadre.

Eider dudó un segundo. Bajó la mirada y luego volvió a levantarla.

—Haced lo que creáis conveniente. Pero ahí fuera aún hay una mujer que lleva solo unas pocas horas desaparecida.

—Tú ve con otros dos agentes a seguir con la búsqueda de la mujer de Unai —ordenó Lara—. Nosotros nos ocupamos de la casa de Gabriel.

Eider asintió, aunque su gesto no era del todo convincente. Se dio la vuelta y se marchó por el pasillo.

Velasco esperó a que se alejara.

—No me fío de ella.

—Yo tampoco —admitió Lara—. Pero ahora mismo, la casa de Gabriel es nuestra prioridad.

CAPÍTULO 19

La casa de Gabriel Arregui estaba en silencio cuando entraron, algo le decía a la inspectora y al subinspector que no andaba bien. Allí dentro existía algo que parecía quedarse pegado a la piel. Todo estaba relativamente ordenado, quizá demasiado para ser un hombre que vivía solo. No había polvo en las estanterías, ni ropa tirada por el suelo. Parecía la casa de alguien que se obligaba a tenerlo todo bajo control. Que no se permite dejar nada a la improvisación.

Fue en la cocina donde empezaron a aparecer las primeras pistas.

En el fregadero había tres platos con restos de la misma comida, todavía húmedos. En la encimera, tres latas de legumbres abiertas, el metal doblado de la misma forma, como si se hubieran abierto una detrás de otra por la misma persona.

Velasco se quedó mirando la escena unos segundos.

—¿No vivía solo?

—Eso dijo —respondió Lara.

Abrieron la nevera. Había comida preparada en cantidades que no encajaban con una sola persona. En la mesa del salón, tres vasos, uno de ellos con una pajita en su interior.

Velasco recorrió el piso con la mirada, despacio, como si intentara imaginar quiénes habían estado allí sentados, comiendo, hablando.

—Aquí hay algo que no cuadra —murmuró.

Lara asintió.

—Y me temo que lo que no cuadra es justo lo que estamos buscando.

El móvil de Velasco vibró justo cuando salían de la cocina. Lo sacó con cuidado, todavía tenía los guantes puestos. El mensaje era de Eider.

Creía que le importaba, por eso lo hice.

Velasco frunció el ceño. Lo leyó una segunda vez, con la sensación de que aquellas palabras no tenían nada que ver con el trabajo. Le pareció una forma torpe de volver a acercarse. Guardó el teléfono en el bolsillo sin decir nada a Lara. No quería explicaciones incómodas, ni dar pie a una conversación que no tenía ganas de tener.

Varias horas más tarde los agentes esperaban fuera fumando un cigarrillo. Estaba claro que la casa estaba demasiado oscura como para seguir investigando.

—¿Todo bien? —preguntó Lara a Velasco.

—Sí —respondió él.

La policía científica estaba descargando del furgón varios focos. Dos técnicos descargaban maletines del maletero, y el portal, iluminado por la luz intermitente de los rotativos, tenía ese aire de escenario congelado que siempre precedía a algo serio.

Dentro, la casa parecía aún más pequeña de lo que recordaban a oscuras.

En una de las habitaciones, uno de los agentes de científica levantó la voz:

—Tenemos algo aquí.

Lara se acercó. Sobre la cama, mal doblada, había una chaqueta fucsia de tejido vaquero. El color llamaba la atención en mitad de aquella habitación de tonos marrones. No encajaba con el resto de la ropa, toda en tonos oscuros y neutros.

—¿Eso es de él? —preguntó Velasco.

—No parece —respondió Lara—. Ni por la talla, ni por el estilo.

El agente sacó otra cosa del cajón de la mesilla: un teléfono móvil con una funda de corazones, algo infantil, desgastada en las

esquinas.

A Lara se le tensó la mandíbula. Sacó su móvil y marcó el número de Rita.

—Rita, soy Lara. Necesito que me digas algo… ¿Noa tenía una chaqueta fucsia vaquera? ¿Y un móvil con una funda de corazones?

Al otro lado, el silencio fue breve, pero esclarecedor.

—Sí… —respondió Rita con un hilo de voz—. Esa chaqueta es suya. Se la regalé yo. Y el móvil… la funda se la compró ella en un mercadillo. Le encantan esas cosas cursis.

Lara cerró los ojos un segundo.

—Gracias, Rita. Quédate tranquila. Te llamo luego.

Colgó despacio. Cuando levantó la vista, Velasco la estaba mirando.

—Son de Noa, ¿verdad?

Lara asintió.

—Sí.

El aire del cuarto pareció desaparecer. Velasco dio un paso atrás, recorriendo la habitación con la mirada, como si de pronto todo tuviera otra lectura. La chaqueta sobre la cama ya no era una prenda sin más: era una prueba. El móvil no era un objeto sin dueño: era un rastro de que Noa había estado allí después de la desaparición.

—Entonces Gabriel no solo mintió —murmuró—. Nos mintió muy bien.

Lara observó el suelo, las paredes, los pequeños detalles: marcas recientes en el parqué cerca de un mueble, como si lo hubieran movido varias veces; una alfombra ligeramente manchada que no parecía colocada al azar.

—Aquí hay más —dijo—. Mucho más de lo que se ve.

Velasco asintió, con la sensación incómoda de que acababan de entrar, sin saberlo, en el centro del problema.

—Y me temo que esto ya no va solo de una desaparición —añadió—. Esto empieza a oler a algo mucho más grave.

Habían pasado ya varios minutos desde el hallazgo de la chaqueta y el móvil cuando a Lara le volvió a asaltar la misma

sensación incómoda. No era una idea concreta, ni una prueba tangible; era algo más visceral. Aquella casa escondía más de lo que mostraba. Gabriel no había elegido la penumbra por gusto. La había elegido para ocultar.

—Necesitamos más luz —ordenó.

Dos agentes entraron poco después cargando con más focos portátiles de gran potencia. Los colocaron en las esquinas del salón y del pasillo. Cuando los encendieron, la casa dejó de ser un espacio oscuro y neutro para convertirse en un escenario despiadadamente expuesto.

Y entonces empezaron a verse cosas que antes no estaban ahí.

En una de las paredes del pasillo, justo a la altura del hombro, aparecieron pequeñas salpicaduras oscuras, casi imperceptibles en la penumbra, pero evidentes bajo la luz blanca del foco. No eran grandes manchas, sino puntos irregulares, dispersos, como si alguien hubiera sacudido un objeto mojado, era muy probable que fuese sangre.

—¿Eso es lo que parece? —murmuró Velasco.

Uno de los técnicos de científica se acercó, se agachó un poco para observar mejor y asintió despacio.

—Sí. Habrá que confirmarlo en laboratorio, pero tiene toda la pinta.

Lara siguió avanzando por el pasillo. En el suelo, la madera tenía zonas extrañas, más claras, como si hubiera sido frotada con insistencia. El barniz estaba levantado en algunos puntos, quemado por algún producto abrasivo.

—Aquí han intentado limpiar algo —dijo—. Y no precisamente con agua y jabón.

Velasco apretó los labios. Aquel lugar ya no era solo sospechoso: era directamente inquietante.

En ese momento, se oyó movimiento en la entrada. Rita apareció acompañada de la psicóloga que no se había separado de ella, una mujer de mediana edad que la sostenía del brazo con cuidado. Rita llevaba el rostro desencajado, los ojos enrojecidos,

como si no hubiera dejado de llorar desde que la sacaron de su casa.

—Rita, mejor que esperes fuera —intentó decir Lara, avanzando hacia ella.

Pero fue tarde.

Rita alzó la vista, vio las paredes, el suelo, la luz iluminándolo todo… y lo entendió de golpe, sin necesidad de explicaciones. El grito le salió de lo más hondo, un alarido roto, lleno de pánico y de culpa.

—¡No… no…! —balbuceó, llevándose las manos a la boca.

Lara la rodeó por los hombros con firmeza y la condujo hacia el exterior casi a la fuerza.

—No mires más, Rita. No es necesario que veas esto —le dijo en voz baja, tratando de anclarla al presente—. Respira conmigo, ¿vale? Mírame. Inhala… eso es… ahora suelta el aire despacio.

Rita temblaba entera. Tardó unos segundos en recuperar algo parecido a la calma.

Cuando pudo hablar, Lara sacó el móvil con la funda de corazones del bolsillo de su chaqueta.

—Rita… ¿este teléfono es de Noa, verdad?

Rita asintió de inmediato, como si aquella fuera la única certeza que no quería reconocer.

—Sí… es el suyo. No se separaba de él.

—¿Sabes la contraseña para desbloquearlo?

Rita dudó un instante, miró el móvil como si fuera un objeto frágil, algo que pudiera romperse entre sus dedos. Luego lo tomó con manos torpes y marcó una combinación de números. La pantalla se iluminó al instante.

—Es su fecha de cumpleaños —susurró—. Siempre hacía lo mismo, por más que se lo dijera utilizaba esos números para todo.

Lara cogió el teléfono con cuidado. La pantalla de inicio se desplegó ante sus ojos. Fotos, mensajes, notificaciones pendientes. Un trozo de la vida de Noa atrapado en un rectángulo de cristal.

El silencio que se formó a su alrededor fue espeso. Lara tragó saliva antes de empezar a revisar.

Lo que había dentro de ese móvil probablemente iba a cambiarlo todo.

CAPÍTULO 20

El móvil pesaba más de lo que debería en la mano de Lara. No por el aparato en sí, sino por lo que contenía. Por todo lo que, de repente, parecía explicar demasiado, y a la vez abría un abismo nuevo.

Deslizó el dedo por la pantalla con cuidado, como si temiera que las palabras pudieran quemarle la piel.

El nombre de Asier aparecía repetido tanto en llamadas como en mensajes, encabezando una conversación interminable. Mensajes que se remontaban meses atrás. Cuatro, según el historial. Cuatro meses de palabras, imágenes, reproches y una intimidad que nadie más conocía.

Lara leyó el primer mensaje. Frunció el ceño de inmediato. Volvió a leerlo, más despacio por si no lo había hecho bien. Y después una tercera vez, sintiendo ese malestar incómodo que se instala cuando algo empieza a encajar demasiado.

No dijo nada al principio. Se quedó mirando la pantalla unos segundos más, con su cuerpo todo tenso, los labios entreabiertos, como si le costara decidir por dónde empezar a romper el silencio.

Entonces alzó la vista hacia Rita.

—Rita… —su voz sonó más suave de lo habitual, estaba conteniendo el tono—. ¿Estás completamente segura de que Noa no conocía a Asier?

Rita parpadeó, desorientada por la pregunta. Negó con la cabeza despacio, como si necesitara tiempo para procesar la pregunta.

—¿El hijo de Gabriel del que habéis hablado? No… no, no me suena de nada haber escuchado el nombre antes de que vosotros lo nombraseis —respondió—. Noa nunca me habló de ningún Asier. Te lo juro.

Hizo una pausa breve, y algo se le quebró en la voz.

—Mi hija me lo contaba casi todo… —añadió, más para sí misma que para Lara—. O eso creía yo hasta hace unas semanas.

No había mentira en su tono. Solo ese desconcierto doloroso que aparece cuando una madre se da cuenta de que hay partes de la vida de su hija que nunca llegó a ver.

Lara no la presionó. Asintió con un gesto pequeño, casi compasivo, y se apartó unos pasos, buscando a Velasco con la mirada. Caminó hacia él sin prisa, como si cada paso estuviera cargado de un peso nuevo.

—Aquí hay más de lo que pensábamos —le dijo en voz baja, tendiéndole el móvil—. Y no me gusta nada.

Velasco se acercó lo suficiente como para leer por encima de su hombro. Al principio, los mensajes parecían los de cualquier relación adolescente: torpes, intensos, cargados de promesas grandes para cuerpos pequeños.

Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

Te quiero.

Yo más.

Hoy tengo entrenamiento, luego te escribo.

Ojalá verte hoy, aunque sea cinco minutos.

Velasco frunció el ceño.

—Esto podría ser cualquier pareja de críos —murmuró—. Nada raro aquí si no fuera porque ella supuestamente tiene novio, y que Asier no aparece.

—Espera —respondió Lara.

Siguieron bajando.

Las palabras cambiaban. El tono se volvía menos dulce, más posesivo. Los te quiero empezaban a mezclarse con reproches.

¿Por qué te has ido a cenar con él? No me gusta que estés con ese tío.

No me contestabas esta tarde. ¿Dónde estabas?

Podrías haber venido a verme en lugar de estar con ese imbécil. ¿Qué cojones haces con él?

Velasco apretó los labios.

—Aquí ya hay otra cosa —dijo—. Esto no es solo celos. Es control.

—Y va en aumento —añadió Lara.

Continuaron leyendo.

Los mensajes de Asier se volvían más frecuentes, más exigentes, casi vigilantes. Preguntas constantes, insinuaciones de traición, reproches que no dejaban espacio para respirar. En paralelo, las respuestas de Noa se volvían más cortas, más evasivas, como si estuviera cansada de justificar cada paso.

Hasta que llegaron a los últimos.

Lara leyó en silencio, pero cada palabra parecía golpearla.

Asier, tenemos que hablar. Lo nuestro fue un error. No quiero seguir así. He pensado mucho en esto. Quiero estar con mi novio solamente. Esto no está bien. No me escribas más, por favor.

Velasco alzó la vista del móvil y la miró.

—Así que… —dijo despacio—. Noa en ese momento ya tenía novio… y además estaba viendo a Asier a escondidas.

—Sí —respondió Lara, sin quitar los ojos de la pantalla—. Para ella quizá era un lío adolescente. Para él, esto tenía pinta de ser algo mucho más serio. Y más peligroso para Noa de lo que se podía imaginar.

Velasco soltó el aire por la nariz, pensativo.

—Para Asier, esto pudo ser una traición. Un rechazo. Una humillación.

Lara cerró los ojos un segundo.

—Y ya sabemos lo que pasa cuando alguien que no sabe gestionar la frustración se siente abandonado.

Se miraron en silencio. En ese cruce de miradas había algo más que un razonamiento policial: había intuición, una alarma interna que se encendía demasiado brillante.

—Tenemos que hablar con el novio de Noa —dijo Velasco al fin—. Ya. Si Noa y Asier se veían, necesitamos saber dónde. Cuándo. Y si él sabía que existía este chico.

Lara asintió, guardándose el móvil en el bolsillo como si fuera su mayor prueba.

—Y también tenemos que encontrar a Asier —añadió—. Porque si este chaval ha cruzado la línea de los celos a la obsesión… Noa puede no ser la única a la que haya decidido castigar. Me podría cuadrar que esté matando mujeres solamente por ser infieles a sus maridos.

En ese momento, el caso dejó de ser solo una desaparición.

CAPÍTULO 21

Lara se apartó unos metros del bullicio del salón de la casa de Gabriel. Los agentes de científica seguían fotografiando cada rincón, marcando el suelo con pequeñas etiquetas enumeradas, hablando en murmullos técnicos que a ella le llegaban como un zumbido lejano. El hallazgo del móvil de Noa había cambiado el peso en la habitación. Ya no era solo una desaparición sin motivo: había una historia oculta que nadie había querido contar.

Marcó el número del novio de Noa.

Tardó unos segundos en descolgar.

—¿Sí?

La voz del chico sonaba cansada, como si no hubiera dormido en días.

—Soy la inspectora Martínez —dijo Lara—. Te llamo por el tema de antes. Necesito que me aclares algo. ¿Conoces a un chico llamado Asier?

Hubo un silencio al otro lado. No de sorpresa, sino de confusión.

—No… no me suena —respondió al fin—. De verdad que no. Yo… ya les dije que Noa solía ir a una casa con su madre. A veces se quedaban allí a comer o a pasar la tarde. Yo pensaba que era la casa de un amigo de su madre o algo así.

Lara cerró los ojos un segundo. La casa. Otra vez la maldita casa.

—Esa casa… —dijo—. ¿Sabes dónde estaba?

—No exactamente. Ella decía que estaba un poco apartada, hacia un valle, creo. Nunca fui. Noa no quería que fuera. Decía que era cosa de su madre.

Lara apretó la mandíbula.

—¿Hay algo que recuerdes que no nos contases? —añadió.

Lo dije todo, cada cosa que se me venía a la cabeza llamaba para contarla.

—Perdona, pero nunca llamaste.

—Lo hice.

—¿Estás seguro de eso?

—Sí, claro, ya le conté a la inspectora que a veces Noa se quedaba dormida en mi sofá.

—¿SÍ? —preguntó Lara—
¿A qué inspectora? Porque hasta hoy la única inspectora que hay aquí soy yo, y después mi subinspector Velasco. Nadie más al frente de la investigación.

Pues yo se lo conté a… a la otra inspectora.

Lara frunció el ceño.

—¿Pero qué otra inspectora?

—La que vino a hablar conmigo el primer día. Eider. Me dio su tarjeta. Me dijo que no lo comentara con nadie más, que si recordaba cualquier cosa rara la llamara directamente a ella.

El pulso de Lara se aceleró, pero su voz se mantuvo firme.

—Escúchame bien. En este caso solo hay una inspectora: yo. Y como te he dicho, mi subinspector, Velasco. Nadie más tiene autoridad para interrogarte por su cuenta.

—Pues… —tragó saliva—. Yo se lo conté a ella porque me preguntó. Le dije que Noa, cuando se quedaba dormida en el sofá, hablaba a veces en sueños. Decía cosas raras.

—¿Qué tipo de cosas?

—Una vez murmuró algo así como… tienes que dejar de esconderte en esta casa. Me dio mal rollo, la verdad. Pero Eider me dijo que no era importante, que serían tonterías de estar medio dormida.

Lara sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Gracias por decírmelo ahora —dijo—. Has hecho bien. Si recuerdas cualquier otra cosa, me llamas a mí. ¿De acuerdo?

—Sí… sí, claro.

Colgó.

Durante unos segundos se quedó quieta, con el móvil aún en la mano. Luego giró la cabeza y buscó a Velasco entre los agentes. Estaba hablando con uno de científica, señalando la zona del fregadero.

Lara levantó la mano y chasqueó los dedos para llamar su atención.

—Velasco —dijo cuando él se acercó—. Tenemos un serio problema con Eider.

Él frunció el ceño al ver su expresión.

—¿Qué ha pasado?

—Acabo de hablar con el novio de Noa. Dice que Eider se presentó como inspectora, le pidió que no compartiera cierta información con nadie más y que la llamara directamente si recordaba algo. Le dio su tarjeta.

Velasco se quedó inmóvil un segundo.

—¿Le pidió que ocultara información al equipo?

—Eso parece. Y hay más. Noa hablaba en sueños de alguien escondiéndose en una casa. En esta casa, Velasco. Estoy segura de que es aquí.

Él miró alrededor, recorriendo con la vista las paredes, los muebles, las sombras que aún se acumulaban en los rincones pese a los focos.

—Vale… —murmuró—. Esto ya no es solo raro. Esto empieza a cabrearme.

Lara asintió.

—Reúne a todos a los agentes que siguen registrando la casa. Quiero saber si han encontrado algo más. Y quiero que nadie se mueva de aquí hasta que sepamos qué demonios está haciendo Eider por su cuenta.

Velasco activó la radio.

—Central, aquí Velasco. Informadme del estado del registro en todas las estancias. Quiero un resumen ahora mismo.

La respuesta llegó casi de inmediato, entre interferencias.

—Negativo por ahora, subinspector. Nada concluyente. Seguimos revisando.

Lara apretó los labios. No le gustaba esa sensación de estar un paso por detrás de alguien que parecía moverse dentro de su propia investigación y además a pasos agigantados.

Miró de nuevo la casa de Gabriel. Allí había mucho todavía por descubrir.

Y ahora, además, una agente jugando por su cuenta.

Mientras Velasco observaba a Lara con la intensidad de quien ya ha tomado una decisión pronunció algo que quizá a Lara no le iba a gustar demasiado.

—Tenemos que ir a buscar a Eider —dijo.

Lara levantó la vista del expediente que sostenía entre las manos y frunció el ceño.

—Velasco… no sabemos dónde está. Si salimos ahora podríamos perder horas, y cada minuto cuenta ahora que estamos un poco más cerca de descubrir todo. No podemos… —empezó, pero él la interrumpió.

—No —dijo Velasco, apoyando la palma sobre su propia frente un instante, como si quisiera enfatizar la certeza de lo que estaba por decir—. La tengo localizada. Sé exactamente dónde está.

Lara arqueó una ceja, incrédula.

—¿Qué quieres decir con que la has localizado? —preguntó, dejando caer el expediente sobre la mesa.

Velasco se inclinó un poco más cerca, bajando la voz:

—Le puse un chip rastreador en su arma. Ese día que me descolocó tanto… cuando me besó en casa de Rita. Desde entonces, sé dónde está en todo momento.

Lara parpadeó, sorprendida, y luego dejó escapar un pequeño suspiro de alivio mezclado con tensión.

—Entonces… adelante —dijo, inclinándose hacia él—. Localízala y vayamos a por ella.

Velasco asintió y sacó su teléfono para verificar la señal. Sus dedos se movían seguros y precisos sobre la pantalla, mientras su mirada se alternaba con el rostro de Lara, como evaluando su reacción.

—Tenemos que ir ya.

Lara se incorporó rápidamente, ajustándose su chaqueta.

—Vamos —dijo él.

Y dejando que la adrenalina comenzara a recorrer sus venas Lara le dijo:

—Pero quiero que sepas algo… —miró a Velasco de reojo—. Si esta vez algo sale mal, no habrá mentiras.

—Lo sé. Pero confía en mí.

Con un movimiento coordinado, se dirigieron al coche, mientras Lara ajustaba su cinturón y Velasco comprobaba la señal del rastreador. La tensión seguía creciendo.

Lara no decía nada, pero tenía los nudillos blancos sobre el volante. El localizador marcaba un punto fijo, inmóvil, en mitad del bosque. Demasiado quieto para alguien que no estaba esperando ser encontrada.

—Es ahí —dijo Velasco al fin—. La cabaña.

Lara no respondió. Redujo la velocidad antes de abandonar la carretera y tomar el camino de tierra. Apagó las luces largas y dejó el coche detenido entre los árboles, a cierta distancia del claro.

—Seamos silenciosos —murmuró Velasco—. No quiero que sepa que vamos a por ella.

Lara obedeció. El mundo volvió a quedar en silencio, roto solo por el crujido de la grava bajo sus botas cuando bajaron del coche.

Avanzaron despacio, con el arma desenfundada, cubriéndose el uno al otro. La cabaña estaba iluminada desde dentro por lo que parecía un par de velas. La luz se arrojaba sobre el suelo del porche.

Entonces escucharon un sollozo.

Lara se detuvo en seco.

—¿Has oído eso?

Velasco asintió. Se acercaron por lados opuestos, rodeando la estructura. Desde una ventana lateral vieron el interior.

La escena los dejó clavados en el lugar.

La mujer de Unai estaba sentada en el suelo, con las manos atadas a la espalda y las rodillas recogidas contra el pecho. Tenía la cara sucia, y los ojos hinchados de llorar. Frente a ella, de pie, estaba Eider. Sostenía un cuchillo de cocina con la mano derecha. La hoja temblaba, pero no bajaba el arma ni por un segundo.

—Joder… —susurró Velasco.

Lara apoyó la espalda contra la pared.

—Vamos a entrar despacio. Nada de movimientos bruscos. O se podría poner nerviosa y hacer lo que no queremos que haga.

Empujaron la puerta a la vez.

El crujido de la madera hizo que Eider se girara de golpe.

—¡Quietos! —gritó, llevando el cuchillo más cerca del cuello de la mujer—. Ni un paso más o la mato.

La mujer gimió, tratando de echarse hacia atrás sin poder.

Lara levantó las manos, enseñando las palmas.

—Eider, mírame. No queremos hacerte daño. Baja el cuchillo.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —escupió ella—. Siempre mandáis vosotros. Siempre decidís quién importa y quién no.

Velasco avanzó medio paso, apuntándole al torso.

—No quiero dispararte. No quiero que nadie más salga herido hoy. Deja el cuchillo en el suelo.

Eider se rio, fue una risa casi histérica.

—¿Herido? —repitió—. ¿Tú sabes lo que es estar herida de verdad? ¿Sabes lo que es que te usen, que te mientan, que te prometan cosas y luego te tiren como si no fueras nada?

Lara la miró con atención. Había rabia, sí, pero también miedo. Y una tristeza muy antigua.

—Gabriel —dijo Lara despacio—. Esto va de Gabriel, ¿verdad?

Eider apretó la mandíbula.

—Claro que va de él. Todo va de él. Yo lo ayudé. Yo fui la que miró para otro lado cuando desaparecieron documentos. La que movió pruebas. La que hizo que pareciera que algunas cosas nunca habían existido. Porque él me dijo que era por su hijo. Que Asier necesitaba protección. Que el sistema lo iba a triturar.

Velasco sintió un vuelco en el estómago.

—¿Asier está aquí? —preguntó.

Eider negó con la cabeza.

—No. Ya no. Gabriel se encargó de todo cuando vio que yo ya no le hacía falta. Me dijo que me dejaba porque yo era muy joven. Que había sido un error. —lo miró con odio—. Lo único que era un error era confiar en él.

La mujer atada sollozaba en silencio.

—Eider —insistió Lara—. Suelta el cuchillo. Vamos a ayudarte. Todo esto se puede explicar. Te han engañado.

—No —respondió ella, con la voz rota—. A mí nadie me ayuda. Yo siempre soy la que sobra. Sé que me mientes.

El cuchillo tembló un poco más cerca del cuello de la mujer.

Velasco apretó los dientes.

—No hagas esto —dijo—. No conviertas esto en algo que no tiene vuelta atrás.

Eider lo miró directamente a los ojos.

—Tú no tienes ni idea de lo que yo he hecho para que todos pensarais que soy una buena policía.

La tensión se tensó como una cuerda a punto de romperse.

—Eider, por favor —dijo Lara, dando un paso—. Piensa en ella. No tiene nada que ver con esto.

Durante un segundo, Eider pareció dudar. La hoja descendió unos centímetros.

Velasco contuvo la respiración.

Entonces Eider sonrió, y aquella sonrisa dio mucho miedo, estaba vacía.

—Siempre protegéis a las que encajan. A las madres perfectas. A las chicas buenas. Yo no encajo en ningún sitio de esos.

La punta del cuchillo rozó la piel de la mujer.

Velasco disparó.

El impacto fue rápido. Eider cayó hacia atrás, el cuchillo resbaló por su mano y chocó contra el suelo. El cuerpo quedó inmóvil.

Durante unos segundos, nadie habló.

Lara corrió hacia la mujer maniatada, le arrancó la cinta de la boca y empezó a desatarle las manos.

—Tranquila —le dijo—. Ya está. Ya pasó.

La mujer se derrumbó sobre ella, llorando sin control.

Velasco bajó el arma despacio. Le temblaban los dedos.

Habían llegado a tiempo.

Pero sabían que aquello solo era el principio de todo lo que estaba por salir a la luz.

CAPÍTULO 22

Gabriel estaba sentado en la sala de interrogatorios, tenía las manos cruzadas sobre la mesa, la mirada fija en un punto indefinido de la pared. Cuando Velasco y Lara entraron, acompañados de dos agentes, se tensó inmediatamente. No parecía sorprendido; más bien expectante, como si supiera que aquel momento llegaría.

—Gabriel Arregui —dijo Velasco, dejando caer su carpeta sobre la mesa—. Vamos a hablar claro. Tenemos que hacerte unas preguntas, y espero que de una maldita vez nos cuentes la verdad. Ahora mismo sabemos que Eider estaba ayudándote. O, mejor dicho, intentando tapar algo que le pediste.

Gabriel levantó la vista, pero su rostro permaneció imperturbable.

—No sé de qué me hablas —respondió con voz controlada, aunque el temblor sutil en la punta de sus dedos dejaba ver algo de nerviosismo en él.

—No finjas más, Gabriel —intervino Lara, apoyando las manos sobre la mesa, acercándose un poco a él—. Tenemos pruebas de que ella te cubría, de que sabía cosas de Asier, y que intentó mantenerlas ocultas. Pero ya no está, Gabriel. Eider está muerta.

El golpe de la noticia fue instantáneo. Gabriel se quedó inmóvil, con los ojos ligeramente desorbitados y la respiración entrecortada.

—¿Qué… cómo…? —su voz salió a trompicones, y luego volvió a recomponerse mostrando ira—. Eso no… eso no puede haber pasado.

Velasco no mostró piedad en su tono:

—Sí, Gabriel. No hay vuelta atrás. Murió intentando cubrir sus huellas. Ahora nos toca a nosotros aclarar todo. Y eso incluye hablar

contigo.

Gabriel se reclinó en la silla, frotándose la cara con las palmas de las manos. Sus ojos, antes impasibles, empezaban a mostrar algo de miedo.

—No… yo no sabía que todo iría a parar así. —dijo asustado—. Ella era… joven, impulsiva. Me obedecía, pero nunca quise que… nunca imaginé que…

—Queremos saberlo todo —interrumpió Lara con agresividad—. Necesitamos entender qué pasó con Noa, qué has hecho con ella, y qué papel tenía Asier en todo esto.

Gabriel bajó la mirada. Hubo un instante de silencio antes de que comenzara a hablar, lentamente, cada palabra parecía pensarla varias veces como si temiera que cualquier cosa que dijera diera más información que la que quería dar.

—Eider… ella me estaba ayudando, sí. Pensaba que yo necesitaba cubrir ciertas cosas, y lo hizo. Pero luego… luego quiso meterse demasiado en mi vida, decía que quería vivir conmigo. Creo que ella siempre pensó que yo la quería, y no sabía que yo jamás podré volver a querer a nadie, porque estoy roto, hace años algo se rompió dentro de mí y ya no soy capaz de dar amor, ni si quiera cariño.

Lara y Velasco intercambiaron una mirada rápida, uniendo piezas que aún no podían verbalizar, mientras Gabriel continuaba, con la voz cada vez más baja:

—Mi hija… Noa… yo solo quería protegerla. Todo lo que hice, todo lo que hice fue por ella. Pero no me hizo caso y ahora sé dónde está. Lo intenté todo para que se alejase de Asier… pero está claro que cuanto más le prohíbes a un niño algo más te desobedece, y luego está su madre, ella no supo educarla bien, porque si lo hubiese hecho, Noa jamás se hubiese fijado en Asier teniendo novio. Todas sois iguales —dijo mirando a Lara.

Velasco respiró hondo y dejó que la tensión se asentara en la sala, mientras Lara observaba cada gesto de Gabriel, cada tic nervioso, cada mirada esquiva. Sabían que estaba diciendo la verdad a medias. Que era muy posible que él supiera donde estaba Asier, y también qué era lo que había hecho con Noa.

—Entonces vamos a hacer esto —dijo Velasco—. Necesitamos detalles, Gabriel. Cada lugar, cada persona, cada momento. No podemos permitirnos nada menos que toda la verdad.

Gabriel asintió lentamente, consciente de que no había escapatoria. Los ojos se le humedecieron, y por primera vez en la sesión, sus hombros se desplomaron un poco.

—Está bien, hablaré. Pero tener en cuenta algo —susurró—: todo esto es por tu culpa —dijo mirando a Velasco.

CAPÍTULO 23

Gabriel permaneció en silencio durante varios segundos después de decidir que seguiría hablando. Se pasó la lengua por los labios resecos y levantó la mirada, primero hacia Lara, después hacia Velasco.

—Asier no es un monstruo —dijo al fin—. Eso quiero que os quede claro desde el principio.

Velasco no respondió. Se limitó a mirarlo, sin parpadear.

—Es un chico impulsivo, sí. Siempre lo ha sido. Pero lo que pasó… —negó con la cabeza—. Lo que pasó no fue solo cosa suya.

Lara se inclinó hacia delante.

—Explícate, porque si dices eso puedo entender que tú le ayudaste a hacer lo que sea que ha hecho.

Gabriel respiró profundamente.

—No estás entendiendo nada. Noa jugó con él. Lo buscaba, lo dejaba, volvía a escribirle. Le decía que lo quería y luego desaparecía días enteros. ¿Qué esperabais? ¿Que un chaval de su edad lo gestionara como un adulto?

—¿Está justificando lo que sea que le ha hecho? —preguntó Velasco, frío.

—Estoy diciendo que si ella no hubiese sido tan suelta, tan… irresponsable, nada de esto habría pasado —replicó Gabriel, con una repentina dureza en la voz—. Mi hijo se vio obligado a reaccionar. Lo empujaron a ello.

El silencio que siguió consiguió poner la piel erizada a los agentes.

Lara sintió cómo le subía la sangre a la cara.

—¿Obligado? —repitió despacio—. ¿Obligado a qué, a matar?

—Fue un arrebato. Un momento. Un mensaje que le destrozó por dentro y algo en su cabeza debió fallarle. Cuatro meses diciéndose te quiero cada mañana y de repente: Lo nuestro fue un error. Me quedo con mi novio. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabéis lo que eso hace en un chico que lo da todo? Lo humilla. Lo destroza.

Velasco apoyó los codos en la mesa.

—Las fechas del mensaje coinciden con la muerte de la primera víctima.

Gabriel no lo negó.

—Porque ese fue el día que lo perdió todo. Probablemente quería impartir justicia en el mundo este en el que vivimos lleno de mujeres infieles.

—No —dijo Lara con dureza—. Ese fue el día que decidió matar. No le busques justificación alguna.

Gabriel apretó la mandíbula, pero no respondió.

Velasco cambió de ángulo.

—¿Dónde está Asier?

Gabriel sostuvo su mirada.

—No lo sé.

—No mientas.

—No pienso entregarlo.

El tono cambió. Ya no era evasivo. Era como si lo estuviese protegiendo.

—Ya perdí una hija por no protegerla lo suficiente —dijo, con la voz cargada de una emoción que parecía real—. No pienso perder al único hijo que me queda.

El puñetazo de Lara contra la mesa retumbó en aquel pequeño cubículo.

—¡No compares! —estalló—. Tú todavía puedes ayudar a Noa, incluso a Asier a que cambie. Y por lo que parece lo único que estás haciendo es ayudarle, encubrirlo.

Gabriel la miró con desprecio.

—Tú no entiendes lo que es ser padre.

—Y tú no entiendes lo que es asumir responsabilidades —replicó ella, cargada de rabia.

Velasco intervino antes de que la tensión se desbordara.

—Háblanos de Eider.

Un destello de arrogancia cruzó el rostro de Gabriel.

—Eider fue… útil.

—¿Útil para qué?

Gabriel sonrió apenas.

—Para despistar. Para mover papeles. Para parecer inestable cuando convenía. Para que cualquiera que viniera a meter las narices donde no debía tuviera otra distracción.

—¿La manipulaste? —preguntó Lara.

—No. —Se recostó en la silla—. Actué. Soy buen actor. Le di lo que necesitaba escuchar. Atención. Cercanía. La sensación de que formaba parte de algo importante. Y funcionó.

—La utilizaste —corrigió Velasco.

—La necesité por un tiempo, y después ya no, pero no la engañé en ningún momento.

—¿Y cuando dejó de ser necesaria?

Gabriel no respondió. Pero su silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

Lara respiró hondo y lanzó la siguiente bala.

—¿Sabías que Asier le envió una carta a Velasco?

Gabriel la miró con rabia.

—Ah, esa carta, no me interesa lo más mínimo.

Velasco lo observó con atención renovada.

—Una carta dirigida a mí. Personal. Reflexiva. Demasiado madura para alguien que, según usted, actuaba solo por arrebatos. Además creo que buscaba mi aprobación…

Gabriel apretó los dedos contra el borde de la mesa.

Lara se inclinó hacia él, despacio, midiendo cada palabra.

—Parece que necesitaba su aprobación, sí. La de Velasco. Que con la tuya no le era suficiente.

Gabriel la fulminó con la mirada.

—Eso no es cierto.

—¿No? —insistió ella—. Porque en esa carta le da las gracias, pero también hay algo más. ¿Cómo era eso Velasco? …si supiera lo que he hecho no estaría muy orgulloso... —citó casi textualmente

Lara— No suena a que tenga suficiente con ese amor que su padre le aporta…

—Cállate maldita zorra —dijo Gabriel mirando a Lara.

—A lo mejor no te ve como esa figura firme, de padre, que tú intentas vendernos —continuó Lara, sin apartar los ojos—. A lo mejor le pesa más lo que piensa Velasco que lo que piensas tú.

La silla chirrió contra el suelo cuando Gabriel se levantó bruscamente.

—¡No metas mierda, no voy a caer en tu trampa!

Velasco también se puso en pie, pero sin levantar la voz.

—Si necesitaba mi aprobación es porque algo fallaba en casa.

—¡Yo lo he protegido siempre! —rugió Gabriel—. Siempre.

—¿Protegido o controlado? —disparó Lara.

Gabriel respiraba con dificultad ahora.

—Vosotros no sabéis nada. No sabéis lo que es intentar mantener a flote a una familia rota. No tenéis ni idea de lo que es ver cómo tu hijo se desmorona por una niña que juega a dos bandas.

—Noa no tiene por qué estar con una persona que ella no quiere, es posible que se equivocase al quedar con él teniendo novio, pero si ella después cambió de opinión, Asier debería de respetar su decisión —dijo Velasco con calma—. Esa decisión fue suya. Y ahora quiero saber dónde está Asier, ¿Está con ella?

Gabriel dudó en si decir dónde estaba escondido Asier.

Un micro gesto hizo que la inspectora se diera cuenta de que quería hablar.

—¿Sigue viva?

Gabriel bajó la mirada un segundo.

—Yo no quería que llegara tan lejos.

Velasco sintió cómo se empezaba a derrumbar.

—¿Está viva, Gabriel?

El hombre levantó la vista de nuevo. Había algo distinto ahora. No era arrogancia. Ni parecía estar a la defensiva. Era miedo.

—Si la encontráis con él debéis saber una cosa, no va a permitir que los separéis.

El silencio llegó de nuevo.

Ya no estaban ante un padre protector.

Estaban ante alguien que sabía que su hijo era capaz de cruzar cualquier línea.

Y que aun así, lo veían capade de protegerlo.

La sala volvió a quedar en silencio tras la última advertencia de Gabriel.

Lara no apartaba los ojos de él. Había algo que no terminaba de encajar. Algo pequeño. Algo que llevaba rondándole desde hacía rato.

Se inclinó ligeramente hacia delante.

—Una cosa más, Gabriel.

Él la miró con cansancio fingido.

—¿Ahora qué?

—¿Dónde se vieron por primera vez?

La pregunta pareció simple. Inofensiva.

Gabriel respondió sin pensar.

—En casa.

Esa respuesta fue suficiente para ella.

Velasco giró apenas la cabeza hacia Lara.

Gabriel tardó un segundo en entender lo que había dicho. Luego tensó la mandíbula de inmediato, había caído en su trampa.

—Quiero decir… en el pueblo. Coincidieron allí.

Pero ya era tarde, no recuerdo bien donde exactamente.

Lara se puso en pie.

—Ven conmigo un momento, Velasco.

Salió de la sala sin dar explicaciones. Velasco la siguió.

En el pasillo, lejos de la grabadora y de los oídos de Gabriel, Lara habló en voz baja.

—Tenemos que registrar la propiedad desde los cimientos.

Velasco frunció el ceño.

—Ya lo hicimos. Científica estuvo allí horas. Levantaron suelos, revisaron paredes, hasta los sumideros… no encontraron nada.

—No encontraron lo que buscaban —corrigió ella—. Pero nosotros tampoco supimos mirar bien.

—Lara…

Ella negó con la cabeza.

—Hay algo que no me cuadró desde el primer momento.

Velasco la observó con atención. Cuando Lara tenía ese tono, no era una intuición vacía. Era memoria trabajando sobre lo recordado.

—¿Qué viste?

—La entrada.

—¿La entrada?

—Había un mueble que no tenía ningún sentido ahí. Un aparador antiguo, pesado, perfectamente alineado con la pared. Demasiado grande para ese lugar. Y el suelo delante estaba desgastado. No por el paso del tiempo. Era un desgaste irregular. Como si se hubiese movido muchas veces.

Velasco empezó a recordar.

—Había arañazos en la madera.

—Exacto. Y él dijo que le había ayudado un compañero, pero si lo recuerdas se puso algo nervioso.

—Podría haber algo detrás…

—O no haber nada, pero hay que mirar.

Se miraron unos segundos.

Velasco dudaba. Volver a esa casa implicaba reconocer que algo se les había escapado.

—¿Y si no hay nada? —preguntó al fin.

Lara sostuvo su mirada.

—Y si lo hay.

Ese fue el punto de inflexión.

Volvieron a entrar en la sala.

Gabriel levantó la vista. Intentó leer sus rostros.

No pudo.

—Hemos terminado por ahora —dijo Velasco con tono neutro.

Lara llamó a un agente desde la puerta.

—Que lo devuelvan a su celda.

Gabriel se quedó pensativo.

—¿A dónde vais ahora?

Lara se detuvo un segundo antes de salir.

—Vamos a mirar de nuevo a donde no debimos dejar de hacerlo.

La carretera estaba casi vacía. La noche había caído por completo y las farolas proyectaban luces intermitentes sobre el parabrisas cada vez que rebasaban una farola.

Velasco conducía. Lara miraba al frente, pero no veía la carretera.

Veía la casa, revisaba cada recuerdo.

—Recuérdame cómo estaba colocada la lámpara —dijo ella de repente.

—Encima del aparador. Una lámpara de pie, bastante grande. Pantalla beige.

—¿Estaba encendida?

Velasco negó.

—No. La casa estaba en penumbra.

—¿Había enchufe cerca?

Velasco frunció el ceño.

—No recuerdo ninguno.

Lara giró la cabeza lentamente hacia él.

—Porque no lo había.

Velasco tardó un segundo.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Me fijé porque parecía decorado de revista. Todo demasiado bonito. Pero la lámpara estaba desenchufada. Y no había toma cerca. Ni un maldito alargador cerca. Nada.

—No sé, Lara, puede que estemos confundidos.

—No lo creo.

El coche tomó la última curva antes del camino de tierra.

—¿Y el suelo? —preguntó Velasco.

—Desgastado justo delante del mueble. No alrededor. No por el paso hacia otras habitaciones. Solo ahí. Como si lo arrastraran hacia delante y hacia atrás de forma repetida.

Velasco empezó a sentir el mismo hormigueo que ella.

—Un acceso.

—Eso creo.

—Pero científica habría detectado…

—Científica buscaba sangre, restos biológicos, evidencias visibles. Puede haber escapado a la vista de ellos también como lo hizo a la nuestra.

Velasco apagó las luces largas antes de entrar en el camino.

—Si tienes razón…

—No estoy segura de nada —le cortó ella—. Pero si se vieron allí, como él ha dicho… no se refería a la primera vez que coincidieron casualmente. Se refería a un lugar concreto todas las veces.

—Un lugar privado.

—Un lugar que controla Asier a la perfección.

CAPÍTULO 24

Una vez dentro de la casa encendieron las linternas. El olor a madera vieja y humedad seguía impregnando el aire.

La entrada estaba exactamente igual que la última vez.

El aparador, la lámpara, todo parecía perfectamente alineado.

Lara avanzó despacio, como si caminara hacia una escena ya conocida pero que ahora mostraba otra cara. Se detuvo frente al mueble. Se agachó. Pasó los dedos por el suelo.

—¿Ves esto?

Velasco enfocó con la linterna.

Los arañazos eran más visibles ahora que los miraban.. Marcas paralelas. Repetidas.

—No son antiguos —murmuró él.

Lara se incorporó.

Miró la lámpara.

Estaba desenchufada.

Sin cable visible que llegara a ninguna parte.

—¿Quién pondría una lámpara aquí —dijo despacio— si no se puede enchufar por ninguna parte?

El silencio en la casa pareció espesarse.

Velasco miró alrededor.

—Alguien que quiere que mires la lámpara. No el mueble.

Velasco fue a quitar la lámpara y se dio cuenta de que estaba pegada al mueble.

—Tenías razón, alguien mueve este mueble y se asegura de que no se caiga nada de lo que hay sobre él.

Lara apoyó ambas manos en el aparador.

—Ayúdame.

Empujaron.

El mueble no se movió al principio. Pesaba bastante. Pero luego cedió.

Hacía un sonido desagradable. Madera rozando madera.

Velasco iluminó el hueco que comenzaba a abrirse tras el mueble desplazado.

No era una pared, era una trampilla oculta.

Lara sintió cómo el pulso le golpeaba en los oídos.

—Te dije que había algo que no cuadraba.

Velasco tragó saliva.

—Si está ahí abajo… creo que deberíamos pedir ayuda.

No terminó la frase.

Escucharon algo que provenía de lejos. Y en ese momento temieron por lo que se podían encontrar allí dentro.

Lara enfocó con la linterna. Unas escaleras estrechas descendían hacia la oscuridad. De madera antigua, gastadas en el centro. Muy usadas. Demasiado usadas para no haber sido vistas antes por nadie.

—Cuidado —susurró Velasco.

Bajaron despacio. Cada peldaño crujía bajo su peso, y el sonido parecía amplificarse en aquel espacio cerrado. Antes de llegar abajo, lo escucharon. Fue una voz suave, tranquila.

—Tienes que comer un poco más, Noa. Si no comes, te mareas como te pasó ayer. Y luego te duele la cabeza. Y no quiero que te duela la cabeza, yo solo me preocupo por ti, te quiero.

Lara se detuvo en seco.

Velasco sintió cómo algo le apretaba el pecho.

La voz continuó.

—Yo sé que estás enfadada. Pero eso es porque no entiendes. Ya lo entenderás. Cuando todo esté en orden, lo entenderás.

La linterna iluminó el sótano.

No era un sótano como esperaban. Era un espacio acondicionado. Limpio, demasiado limpio, de hecho parecía mucho más habitable que la casa principal. Había una alfombra infantil en el suelo. Una mesa pequeña con cuadernos. Una estantería con libros

juveniles colocados por colores. Una lámpara encendida conectada a un generador pequeño que zumbaba en una esquina.

Y en el centro.

Noa.

Atada a una silla con bridas en las muñecas y los tobillos. La cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Pálida. Con ojeras profundas. El pelo apelmazado. La ropa arrugada, como si llevara días sin cambiarse.

Pero viva.

Respirando.

Frente a ella, estaba Asier.

Cuando Velasco lo vio, tardó un segundo en reconocerlo.

Había perdido peso. Mucho. La ropa le quedaba holgada. El pelo le caía sobre la frente, más largo, descuidado. Tenía la piel cetrina, los labios resecos, y una mirada… vacía y encendida al mismo tiempo.

Sostenía una cuchara con la que le daba de comer yogur.

—Solo una más —le decía con voz casi dulce—. Luego te dejo descansar.

Noa tenía la mirada perdida, pero cuando la linterna iluminó el espacio, sus ojos reaccionaron. Un destello mínimo. Una súplica sin palabras.

Asier giró la cabeza despacio.

No se sobresaltó en ningún momento. Los miró como si supiera que acabarían encontrándolo.

—Habéis tardado —dijo con una sonrisa.

La normalidad en su tono fue lo más perturbador.

Velasco bajó un peldaño más.

—Asier.

El chico inclinó la cabeza ligeramente, como si evaluara algo.

—Sabía que vendrías tú —dijo, mirando directamente a Velasco—. Siempre supe que serías tú.

Lara no apartaba la vista de Noa.

—Suéltala —ordenó Lara, sin levantar la voz.

Asier volvió la mirada hacia Noa.

Le apartó un mechón de la cara con una delicadeza que erizó la piel.

—Está mejor aquí —dijo—. Arriba todo es peligroso para ella. Aquí piensa mejor.

Noa intentó hablar, pero solo salió un sonido ahogado.

Velasco avanzó un paso más.

—Asier, mírame.

El chico lo hizo. Y en sus ojos había algo que no correspondía a sus dieciséis años.

Estaban llenos de convicción.

—Ella iba a dejarme —dijo—. ¿Lo sabías? Me escribió como si nada. Cuatro meses diciéndome que era yo la persona de su vida. Y de repente ya no era yo, era él. Primero pensé en matarle, así volvería a elegirme, pero la verdad es que el pobre chico no tenía la culpa de que ella tuviese dudas, así que aquí la tengo intentando que se le despejen todas. Porque después de ver como la trato estoy seguro de que ella va a saber que nadie más la cuidará como yo lo estoy haciendo.

Su voz no subió de tono.

—Eso no te da derecho a tenerla retenida, Asier, necesitas ayuda —respondió Velasco.

Asier sonrió.

—No la he hecho nada, no está herida, porque sé que como es joven todavía puede cambiar.

Lara intervino.

—¿Por eso mataste a la otra mujer? Imagino que no la veías capaz de cambiar…

—Así es, esa ya no tenía solución, llevaba años engañando a su marido. Y medio pueblo lo sabía. Les hice un favor a todos.

—Asier —dijo Lara, dando un paso lateral para acercarse más a Noa—. Ella tiene miedo.

El chico frunció el ceño, confundido.

—No. Está cansada, últimamente no duerme bien, creo que es el colchón, pero ya le he dicho que pronto Gabriel nos traerá otro.

—Gabriel no va a venir con ningún colchón, Asier. Gabriel está detenido. Esto se acaba aquí.

Asier miró el arma que Velasco llevaba en su mano. Luego volvió a mirar a Velasco.

—¿Te gustó la carta? —Cambió de tema Asier.

El silencio fue brutal.

—Te la escribí para que entendieras que no soy como él. Que yo no soy como mi hermano —añadió—. Yo sí siento las cosas, y no mato a gente inocente.

Noa empezó a llorar en silencio. Lágrimas gruesas que caían sin que ella pudiera limpiárselas.

Asier la miró y le limpió el rostro con sus manos.

—No llores —susurró—. Si lloras parece que soy el malo. No me hagas esto.

La cuchara seguía en su mano.

El generador zumbaba.

Velasco dio el paso decisivo.

—Asier. Deja la cuchara en la mesa y aléjate de ella.

Primero lo miró extrañado, luego dejó la cuchara con cuidado, pero no se apartó ni un centímetro.

—Si os la lleváis —dijo—. Todo lo que hice no habrá servido para nada.

Lara se acercó lo suficiente como para cortar una de las bridas.

—Noa, tranquila. Ya estamos aquí.

Cuando la primera atadura cedió, Noa rompió a sollozar de verdad.

Y en ese momento Asier supo que iba a perderla.

Velasco avanzó y le colocó las esposas sin resistencia.

Asier no luchaba por continuar libre, solo miró a Noa mientras se lo llevaban. Y después se dirigió a Velasco.

—En realidad esto era lo que yo quería, que regresaras conmigo. Aquel día me salvaste, y eso es por que te importaba. ¿Todavía te importo?

—Asier necesitas ayuda.

—Lo que necesito es a alguien como tú, alguien que sea capaz de dar su vida por mí, como tú lo hiciste hace siete años y sin dudar ni un segundo.

—Tengo que decirte que no ha pasado ni un solo día que no me haya arrepentido de hacer aquello que hice. Debí dejar que pagaras por ese acto.

—Eso lo dices porque está ella delante, tranquilo, te entiendo, delante de las mujeres uno tiene que reflejar que eres otro tipo de persona.

Asier subió las escaleras sin poner resistencia.

Cada peldaño crujía bajo sus botas, pero él parecía flotar, ajeno al sonido, ajeno a las esposas, ajeno incluso a los gemidos de Noa detrás de ellos.

Cuando cruzaron el umbral de la trampilla y regresaron a la entrada de la casa, el aire fresco de la noche entró como una bocanada de realidad.

Velasco lo sostuvo por el brazo, firme.

—Cuidado con la cabeza —dijo Velasco cuando lo hizo entrar a la parte trasera del vehículo.

Lara intercambió una mirada con Velasco.

Velasco pedía refuerzos y una ambulancia.

—Esperaremos a que llegue la ambulancia, aunque parece que está bien, es mejor que la vea un médico.

Al cabo de pocos minutos las luces empezaron a verse a lo lejos, y cuando llegaron, uno de los agentes se acercó para hacerse cargo de Asier, él frunció el ceño por primera vez.

—No.

Velasco notó la tensión inmediata.

—Tranquilo.

—No —repitió Asier, más bajo esta vez—. Tú me llevas.

El agente miró a Velasco, esperando instrucciones.

—Da igual quién te traslade —dijo Lara.

Asier negó lentamente con la cabeza.

—No, no da igual.

Miró a Velasco directamente.

—Esto es parte del proceso, ya sabes, después me salvas…

Velasco sintió un leve nudo en el estómago.

—¿Qué proceso?

Asier inclinó la cabeza, como si le sorprendiera que tuviera que explicarlo.

—Primero tenía que demostrar que era capaz. Que no soy un niño. Que puedo hacer lo que haga falta. Luego tú vendrías, porque eres el único que iba a entenderlo. Me detendrías. Y después… —sonrió— después me sacarías de aquí y nos iríamos juntos.

El silencio fue tan abrupto que incluso los agentes alrededor dejaron de moverse un segundo.

Lara sintió un escalofrío.

No era una fantasía inventada en ese momento. Lo había pensado, y al parecer mucho.

Velasco mantuvo el tono neutro.

—No hay ningún después, Asier.

—Claro que lo hay —respondió con absoluta serenidad—. Siempre hay una segunda fase. Tú lo sabes mejor que nadie. Aquel día… hace siete años… también fue así. Me salvaste para algo.

Velasco notó cómo la sangre le golpeaba en las sienes.

—Te salvé porque era mi trabajo.

—No —replicó Asier, casi compasivo—. Me salvaste porque viste algo en mí, me querías para ti y era la manera de hacerme tuyo.

Lara intervino, cortando esa línea.

—Te vamos a trasladar a un centro de menores. No vas a ir con él. ¿Me oyes? Además de que en nuestro informe quedará reflejado que eres altamente peligroso.

Asier la miró sin entender nada de lo que decía.

—Tú no entiendes nada.

Uno de los sanitarios ayudaba a Noa a subir a la ambulancia. La chica no apartaba la vista de Asier, como si todavía temiera que pudiera levantarse y volver a por ella.

Asier la miró solo un segundo, como quien observa un objeto que ya ha cumplido su función.

Luego volvió a mirar a Velasco.

—¿Todavía te importo?

La pregunta fue rara.

Velasco lo miró durante varios segundos.

Y en ese instante supo que Lara tenía razón.

Asier no concebía la detención como final, la concebía parte de un plan que solo estaba en su maldita cabeza.

Al parecer había creado un vínculo que solo existía en su cabeza.

—Lo único que me importa —dijo Velasco con voz grave— es que recibas la ayuda que necesitas.

Asier lo miró.

—¿Lo que dices es para despistar? —le susurró a Velasco.

Cuando finalmente se lo llevaron, Velasco se quedó con una sensación extraña, pensando que él tenía algo de culpa de que Asier hubiese actuado así.

Buscó a Velasco con la mirada desde el interior del coche.

Y movió los labios cuando sus miradas se cruzaron.

—Volverás —pudo leer Velasco.

Velasco no respondió.

CAPÍTULO 25

La televisión estaba encendida en el salón, aunque nadie la estaba viendo.

Las imágenes se repetían en bucle: el traslado del menor detenido por el secuestro de Noa. Las cámaras enfocaban el coche policial, el rostro parcialmente cubierto, el movimiento rápido de los agentes intentando cubrir al menor para que se le viera lo mínimo.

—Caso resuelto —decía el rótulo inferior.

La niña estaba sentada en el suelo, abrazando sus rodillas.

No parpadeaba.

Cuando el plano cambió y mostró a Asier saliendo del edificio escoltado por dos agentes, algo en su expresión —esa serenidad fuera de lugar— hizo que la niña se incorporara despacio.

Se acercó más al televisor.

Su madre estaba en la cocina, con el móvil en la mano, leyendo titulares.

—Mamá.

No levantó la vista.

—Un segundo, cariño.

—Mamá.

Había algo distinto en el tono.

La mujer apareció en el salón secándose las manos en un paño.

—¿Qué pasa?

La niña señaló la pantalla.

Asier giraba la cabeza en ese momento, mirando a las cámaras con esa leve sonrisa inexplicable.

La niña susurró:

—Ese es el chico que me cogió.

El paño se le cayó al suelo.

Dos horas después, la puerta de la comisaría se abrió con demasiada fuerza.

Lara y Velasco estaban recogiendo sus cosas. Madrid los esperaba. El caso, en teoría, estaba cerrado.

Velasco guardaba su placa en el bolsillo interior de la chaqueta cuando escuchó la discusión en la entrada.

Una mujer alterada. Un agente intentando calmarla.

—Necesito hablar con los responsables del caso del chico detenido. Es urgente.

Lara levantó la vista.

La mujer estaba pálida. Ojeras profundas marcaban su rostro blanquecino. Las manos le temblaban.

No era una curiosa. Era la madre de aquella niña a la que habían intentado sacarle información sobre su secuestro.

Velasco la reconoció al instante.

La niña que apareció hace semanas. La que no habló. La que supuestamente escapó.

Se acercaron.

—Soy la inspectora Lara —dijo ella con calma—. ¿Qué ocurre?

La mujer tragó saliva.

—Mi hija… ha hablado.

Velasco notó cómo algo se tensaba en su interior.

—¿Cuándo?

—Hace unas pocas horas. Lo vio en televisión. Dijo que era él. El que se la llevó.

Lara y Velasco intercambiaron una mirada breve, pero cargada de interés.

—Cuéntenos exactamente qué le ha dicho —pidió Velasco.

La mujer se sentó sin que nadie se lo ofreciera. Las piernas no parecían poder sostenerla mucho más tiempo.

Respiró hondo.

—Dice que estaba en el parque cuando vio cómo ese chico… —se le quebró la voz— agarraba a otra niña. A Noa.

Lara se inclinó un poco hacia delante.

—¿Qué hizo exactamente?

—La golpeó en la cabeza. Con algo. Mi hija dice que fue rápido. Que Noa cayó al suelo y él la arrastró hasta dentro de un coche.

Velasco sintió una presión en el pecho.

—¿Un coche?

—Sí. Dice que era oscuro. Que estaba mal aparcado. Y que dentro había un hombre mayor.

Gabriel.

No necesitaban que lo dijera.

La mujer continuó, ahora casi mecánicamente, como si repetirlo ayudara a mantener la compostura.

—Mi hija se quedó paralizada. Dice que quería correr, pero no podía moverse. Y entonces… —cerró los ojos— alguien la agarró por detrás.

Lara apretó los labios.

—¿Quién?

—Dice que fueron los dos. Que el chico abrió la puerta trasera y el hombre la levantó. Que la metieron en el mismo coche. Con la otra niña inconsciente en el asiento.

Velasco dejó de apoyar el peso en una pierna. Se irguió completamente.

—¿Está segura de que su hija ha dicho que eran los dos?

—Sí.

Un silencio pesado cayó sobre la sala.

La madre miró a Lara, como buscando permiso para seguir.

—Dice que durante el trayecto escuchó discutir al chico con el hombre.

—¿Sobre qué? —preguntó Lara.

—Mi hija recuerda las palabras exactas… —respiró hondo— El chico dijo: La niña no es culpable de nada.

Velasco cerró los ojos un segundo.

—¿Y el hombre?

La mujer dudó antes de repetirlo.

—Respondió: Mi hija tampoco era culpable de nada. Y murió.

Lara sintió un frío recorrerle la espalda.

Gabriel.

—¿Qué más? —preguntó con suavidad.

La mujer empezó a temblar.

—Mi hija dice que la tuvieron en la casa. Que escuchaba cosas. Que el hombre gritaba a veces. Que el chico parecía más tranquilo. Que le llevaba agua.

Velasco y Lara intercambiaron una mirada incómoda.

Eso encajaba demasiado bien con la mente fracturada que habían visto.

—Y un día… —continuó la madre— cuando el hombre no estaba, el chico la desató.

Lara parpadeó.

—¿La dejó ir?

—Sí.

Velasco dio un paso atrás.

—¿Le dijo algo?

La mujer asintió lentamente.

—Le dijo que ella no tenía culpa. Que no era parte del plan. Pero que si contaba algo… volvería a por ella. Y esta vez no habría segunda oportunidad.

El silencio que siguió fue absoluto. Se escuchaba el zumbido del fluorescente del techo.

Lara procesaba.

Asier había liberado a la niña.

Velasco pasó una mano por su rostro.

—¿Por qué no habló antes?

La madre rompió.

—Porque tenía miedo. Porque cada vez que veía una sombra en la ventana creía que él volvería. Porque pensó que si guardaba silencio se protegía.

Lara se acercó y apoyó una mano firme sobre la mesa.

—Su hija ha sido increíblemente valiente.

Pero su mente ya estaba trabajando.

Gabriel y Asier.

Y mientras la madre se secaba las lágrimas, una certeza empezó a instalarse entre ambos:

Asier no solo estaba obsesionado con Velasco y era el culpable de todo, Gabriel también estaba muy involucrado en todo.

EPÍLOGO

Madrid los recibió con ese ruido constante que, después de semanas de tensión, sonaba casi reconfortante.

El tráfico que en algún momento lo habían descrito como peligroso en la ciudad, ahora los reconfortaba.

El piso de Lara estaba exactamente como lo habían dejado. Una taza olvidada sucia en el fregadero debido a las prisas. Un libro abierto boca abajo en la mesa del salón. La normalidad esperando.

Velasco dejó la maleta junto al sofá y respiró hondo.

—Se acabó —dijo, más para convencerse que para afirmarlo.

Lara no respondió. Se acercó a la ventana y apartó con su mano la cortina. Desde allí se veía la ciudad extendiéndose como si nada hubiera pasado en su ausencia.

Pero ellos sabían que sí.

Tres días después, la notificación llegó al correo.

Velasco estaba en la cocina preparando café cuando escuchó el sonido del correo electrónico entrando en el portátil de Lara.

Ella lo leyó en silencio.

No dijo nada durante unos segundos.

—Ya está —la escuchó murmurar.

Velasco se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Ambos?

Lara asintió.

La sentencia era clara.

Gabriel, culpable de secuestro agravado y asesinato. Coautor del homicidio de la primera mujer encontrada. El informe forense había confirmado lo que la investigación terminó de desentrañar: la víctima estaba embarazada. De Gabriel.

Eso explicaba demasiadas cosas. El móvil. La obsesión. La rabia descontrolada.

Asier también fue condenado como coautor en el asesinato y responsable directo del secuestro de Noa y de la segunda menor. Internamiento en centro psiquiátrico de menores con revisión periódica, dadas las conclusiones del informe clínico.

La investigación reveló lo que ya sospechaban. Asier había descubierto la relación extramatrimonial de la primera víctima con Gabriel. Lo supo antes que el marido. Antes que nadie. Había visto mensajes. Había escuchado conversaciones. Y fue él quien alimentó el resentimiento de Gabriel. Quien lo empujó al asesinato.

Lara cerró el portátil.

—Se acabó de verdad.

Velasco dejó las tazas sobre la mesa.

—¿Sabes qué es lo que más me inquieta? —dijo él.

—¿Qué?

—Que Asier sigue convencido de que esto forma parte de un proceso.

Lara sostuvo su mirada.

—Ya no está en nuestras manos.

La niña de nueve años estaba recibiendo apoyo psicológico. Noa se recuperaba. La madre de la primera víctima pudo enterrar a su hija sabiendo toda la verdad. Y eso, en un mundo donde tantas veces la verdad llega incompleta, era algo.

Velasco se sentó.

El silencio entre ellos ya no era tenso, era como si descansaran.

—¿Te arrepientes de haber vuelto a ese mueble? —preguntó él.

Lara sonrió levemente.

—Había una lámpara sin enchufe.

Velasco negó con la cabeza.

—Nunca volveré a mirar un recibidor igual.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo del sofá.

—Nunca volveremos a mirar nada igual.

Porque esa era la consecuencia inevitable de enfrentarse a lo oscuro: ya no puedes fingir que no existe.

Pero también habían comprobado algo más. Que incluso dentro de una mente rota, incluso dentro de una casa construida sobre mentiras y trampillas ocultas, la verdad termina encontrando una grieta por la que salir.

AGRADECIMIENTOS

Como muchos sabéis este no es un género donde yo me mueva demasiado cómoda, no obstante he salido de mi zona de confort y con un esfuerzo sublime he conseguido escribir la bilogía Arregui. Solo pasaba por aquí para daros las gracias por haber confiado en una autora nada conocida en este género tan complicado en el que hay enormes escritores. Garcias, de verdad.
Si queréis dejar una opinión en mis redes sociales, o compartir algún detalle de vuestra lectura, estaré encantada de leeros. Siempre se sigue aprendiendo, incluso de las opiniones que menos nos gusta escuchar...

Me podéis encontrar en instagram, o facebook, bajo el nombre de MCL autora. Un saludo.